

EL COJO ILUSTRADO

AÑO IV

15 DE SEPTIEMBRE DE 1895

Nº 90

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA

DIRECTORES: J. M. HERRERA IRIGOYEN—MANUEL REVENGA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

Al frente de estas cortas líneas publicamos la venerable efigie del General Antonio

Valero que luchó gloriosamente por la independencia de tres naciones: España, su patria, contra las agueridas huestes de Napoleón; Méjico, al lado de Iturbide, por la creación de la Nacionalidad patria; y Colombia la grande, á las órdenes de Bolívar en aquel cenit esplendoroso que alumbró á Junín, Ayacucho y Pichincha, y dio desenlace completo al terrífico drama iniciado en 1810.

Muchogrande y honroso hay que decir de este ilustre prócer de la libertad; y al efecto habíamos preparado una biografía tan ex-



GENERAL ANTONIO VALERO

COPIA FOTOGRAFADA DE UN RETRATO AL ÓLEO

tensa como lo permitiesen nuestros límites, con datos que el señor Landaeta Rosales tuvo la bondad de proporcionarnos; pero habiéndose publicado en el *Diario de Caracas* y en *El Republicano* un trabajo del propio género escrito por el mismo autor, nos consideramos dispensados de repetir esta grata tarea, que como tributo al héroe y obsequio á su familia habíamos emprendido.

Los restos del General Valero reposan en Bogotá, donde fue acogido con respeto y afecto, en nombre de la antigua confraternidad colombiana, desde su incorporación á la patria que fue capital de la más alta nacionalidad que pudo crear un Genio—hasta el momento de rendir la vida á la ley inexorable de la muerte.

EL GENERAL JOSÉ LAURENCIO SILVA

UOCANOS hoy ofrecer á nuestros lectores una de las figuras más notables de nuestra historia y más características de nuestra guerra de independencia.

El valor no es admirable si no sirve á la justicia y si no brilla con la magnanimidad. Todos nuestros próceres militares pusieron su heroico arrojo al servicio de una causa justa en alto grado, cual fue la de nuestra emancipación; pero entre los que en ella se distinguieron por sus sentimientos humanitarios, nadie puede negar al General José Laurencio Silva un puesto en primera línea. Son éstos una cualidad fundamental en el hombre de armas, que realza las otras dotes suyas, y

da á todos sus actos la elevación propia del alma que es superior á todas las sugestiones del odio y la venganza, aun en las ocasiones mismas en que todo se hace incentivo de tan ciegas pasiones.

El General Silva nació en el Tinaco el 7 de Setiembre de 1792, del legítimo matrimonio del señor José Dámaso de Silva, Alférez Real, y de la señora María C. Flores.

Hemos dicho que la figura de Silva es característica de nuestra guerra de independencia, porque en la vida pública de aquel resaltan las mismas condiciones que tuvo como distintivas esta lucha homérica. Fue ella principalmente de heroica constancia y de infatigables esfuerzos para crear, casi de la nada, todos los elementos que constituyen un beligerante poderoso, ser, digámoslo así, persona bélica, hacer luego formales campañas, y triunfar definitivamente en ellas. Silva, entrando en actividad desde los primeros movimientos de aquella guerra, no dejó de

obrar poderosamente en toda ella, siguiendo todas sus transformaciones y adaptando su genio y su valor á todas las necesidades. Con acción no interrumpida, se le ve figurar siempre de una manera notable desde la aurora de 1810 hasta la culminación del astro de la libertad en el cenit de Ayacucho.

La exposición de la vida de Silva sería brevísima si en vez de manifestar dónde estuvo durante nuestra guerra magna, indicáramos más bien dónde no estuvo; pero aunque reducidos al estrecho espacio que á este lugar corresponde, debemos presentar rápidamente los hechos notables de su historia.

*

A las órdenes del marqués del Toro tomó parte, como sargento, en aquella campaña inicial de 1810 sobre la ciudad de Coro, ineficaz ensayo de las inexpertas fuerzas patriotas. En ella comenzó á distinguirse, y quedó sirviendo en la guarnición de Siquisique y en la de Carora á la retirada del marqués. En

1811 hizo á las órdenes de Miranda la campaña sobre Valencia, y en seguida marchó nuevamente á Coro, batiéndose en Baragua y en Carora. En 1812, cuando el terrible terremoto y el no menos aterrador Monteverde se hicieron sentir á un tiempo como dos hermanos gemelos, hijos del arcano, padres de desolación, é igualmente pacificadores ambos por el exterminio, se hallaba Silva con Palacios en Barquisimeto. Escapando allí á la muerte, se retiró á San Carlos, donde combatió junto con Carabao en los Colorados, y vencidos allí, vino á luchar en Guaica y Güigüe y Patanemo, hasta que al fin, en la capitulación de Miranda, exhaló Venezuela el último aliento de esperanza.

La primera reacción realista había triunfado plenamente, y extendía por todo el país su ferocidad y sus venganzas. El espíritu de la independencia se había retirado á lo íntimo de algunas almas bien templadas; los servidores de la temeraria empresa no pudieron vivir sino lejos de los hombres; y Silva huyó á las llanuras del Guárico, donde pudieran guardarle independiente su lanza y su caballo. Desgraciadamente no sucedió así, sino que fue sorprendido y hecho prisionero, bien que por buena suerte puesto pronto en libertad. Desconfiando entonces de la protección que ofreciera la misma inmensidad de las llanuras, internóse por vírgenes é intrincados montes donde, unido con el llamado López, combatió hábil y tenazmente á los realistas.

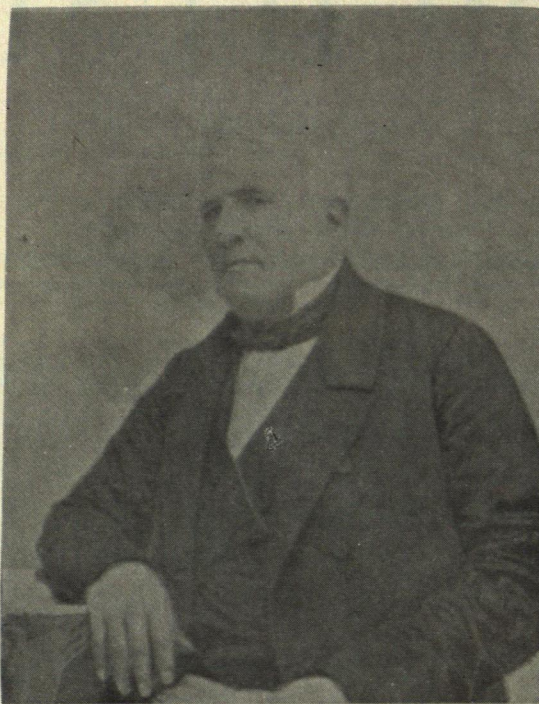
La invasión de Bolívar en 1813 le halló presto, y en la memorable acción de los Taguanes, combatió ya valerosamente en un cuerpo de ginetes. Envió Bolívar á los llanos de Camatagua, y cumplió victoriosamente su cometido, alejando de allí á los realistas y derrotándolos luego en Guanayén. Regresó al lado del Libertador cuando éste, obligando á Monteverde á salir de Puerto Cabello, le escaramentaba en Las Trincheras, y llegó á tiempo de tomar parte en el combate de Bárbara donde vio triunfar y morir á Girardot.

Una nueva comisión de Bolívar le da ocasión de hallarse en Mosquitero donde le cabe la gloriosa satisfacción de derrotar á Boves bajo las órdenes de Campo Elías. De vuelta en el cuartel general del Libertador, marcha con él á Barquisimeto, combate allí con su acostumbrado denuedo, y verifica luego con el ejército aquella retirada cuya causa es un misterio todavía para la historia.

En 1814 sale Boves de Calabozo en su primera campaña, que hizo infructuosa el heroísmo de los patriotas, y allí está Silva ocupando entre ellos puesto distinguido en La Victoria, en San Mateo, en Aroa y en el primer triunfo de Carabobo. Atacado entonces de grave enfermedad, hubo de retirarse al Tinaco; mas, no bien se hubo repuesto, cuando se dio de nuevo á la lucha, combatiendo en las regiones de San Carlos al Pao y al Tinaco.

Con 5.000 ginetes de las llanuras de Apure y Calabozo y 5.000 infantes abrió Boves por aquel tiempo su segunda campaña, que debía efectuar el triunfo de la segunda reacción realista. Cuando tan tristes días llegaron, la desolación parecía irremediable: Bolívar huyó á Oriente y luego tuvo que abandonar á Venezuela; Urdaneta, en una retirada admirable buscó refugio en San Antonio de Cúcuta; Ribas, fugitivo, fue capturado y asesinado; Boves, llenando el país de muerte y de terror, había perecido; pero no sin dejar su obra consumada, que cupo á Morales rematar.

¿Dónde se hallaba Silva entonces? Retirado por segunda vez á lo más incógnito de vírgenes selvas por las cercanías del Pao, erraba entre las fieras salvajes, más blandas



GENERAL JOSÉ LAURENCIO SILVA

y humanas que los triunfadores! Allí pasó largos meses, hasta que al fin, desesperado, todo lo arrojó para volver á su hogar. Llegó á él; pero fue descubierto, preso y sentenciado á muerte, salvando la vida por una de esas insignificantes é inesperadas circunstancias en que á las veces esconde todo su poder la Providencia: el influjo monetario de un amigo de su padre, que por ventura se halló presente, salvó aquella preciosa existencia!

Perdonado, no hizo sino volver á las selvas, y unido allí con el capitán Rosales, permanecieron ambos en tan penosa vida y en tan graves peligros hasta 1816, cuando llegó á sus oídos el renombre de Páez. A su lado voló Silva, quien debía armonizar por su alma grande y por su extraordinario valor con el titán de las llanuras, como sucedió en efecto, creándose entre ellos vínculos, no sólo de compañerismo militar, sino de leal amistad. Grandes servicios prestó en aquella mitológica campaña, y los prestó después incesantes en todo aquel período hasta 1821, durante el cual la revolución, adulta, pudo llegar á hombrarse formalmente con su adversario. Hombrarse con él era vencerlo, y esto acaeció en Carabobo. En esta célebre batalla, la gloria de Silva le dio derecho á participar de los mejores lauros.

Había terminado, puede decirse así, la guerra de Colombia; pero no el ardor patriótico de Silva, que le lleva todavía á Bomboná, á Pichincha y Ayacucho, brillando siempre en primer término por las más distinguidas dotes militares. Alcanzado este último triunfo, Silva fue proclamado por Sucre General de Brigada, en el mismo campo de batalla.

En 1827, después de terminada la obra grandiosa de la redención de Sud-América, Silva, como la mayor parte de aquellos próceres, pensó en el hogar; el hogar es la manifestación concreta de ese ideal llamado Patria. Una sobrina del Libertador, la señorita Felicia Bolívar, fue la llamada á ser la sacerdotisa del nuevo santuario del honor y de las virtudes privadas.

En la vida civil de la naciente República la sirvió varias veces Silva con su espada. En 1828 fue enviado á Guayana para reponer el orden perturbado; en 1835 creyó deber suyo luchar en pro del movimiento que se

llamó de las Reformas y en 1849 tocóle salir al frente á Páez, hallándose entonces como adversarios en el campo de batalla los que no por eso dejaban de ser fieles á la amistad personal. Fue la suerte adversa á Páez, el cual hubo de rendirse á Silva en capitulación: no había otras manos que hubieran podido recibir tan dignamente como las de Silva aquella espada que había sido consagrada por el valor y el patriotismo y lo era entonces por la desgracia. En 1853 y 1854 sirvió también al Gobierno constituido; en 1855 desempeñó la cartera de Guerra y Marina y después fue nombrado miembro del Consejo de Gobierno. En todo este tiempo puede decirse con justicia que no desmintió en ningún momento su magnanimidad.

Después de tan larga como gloriosa carrera pública, se retiró á la tranquila vida del campo, y más tarde, privado de la vista, pasó en la ciudad de Valencia sus últimos días, y murió en ella el 27 de Febrero de 1873, dejando á sus hijos un nombre ilustrado por notables virtudes y á los venezolanos un ejemplo de verdadero patriotismo.

CALÉNDULAS

Las aromadas flores purpúreas
Con que ornaba tu frente mi ternura,
Mudaron su color y su fragancia
En secos tallos y corolas mustias.

No extrañes, no, que pálidas se tornen;
Ellas no son para quien duelos junta:
Esas flores, emblema de alegría,
Un momento no más lozanas duran.

Despidámonos ya de esos despojos;
Y luego con las brisas errabundas
Vayan, como el que muere en el destierro,
Al seno de ignorada sepultura.

Mas yo un valle conozco, donde, en calma,
Cuando la tarde su fulgor oculta,
Es más dulce la voz de las palomas
Y más sereno el rayo de la luna.

Allí los saucos armoniosos mecen
Su ramaje sombrío; allí susurran
Las auras con acordes inefables
De supremo descanso y paz augusta.

Allí resbalan fuegos vagarosos
Entre las sombras de la noche oscura,
Y en esas luces del color del cielo,
Piedras y losas cándidas se azulan.

Allí en la soledad el giro manso
De suspirantes hálitos se escucha:
Cual gemidos que suben de la tierra,
Cual promesas que bajan de la altura.

Allí las ilusorias vanidades
Desaparecen que la vida enturbian,
Y callan sobre el césped silencioso
La voz que miente y el cantar que adula.

Allí la cruz, en símbolo apacible
Que el gran misterio del dolor alumbra,
Acompaña las flores del recuerdo
Y abre sus brazos á las almas puras.

Allí viene á los tristes la esperanza;
Allí de eterna dicha está la cuna;
Allí nacen las flores amarillas
Que el alma mía en sus anhelos busca.

Ellas, como luceros perdurables,
Me enseñan ya la suspirada ruta
Donde coros angélicos el himno
Del infinito amor ledos modulan.

Yo las arrancaré; y ellas entonces,
Como lágrimas de oro en negra urna,
Puestas sobre mi pecho, á tu retiro
Conmigo llegarán para ser tuyas.

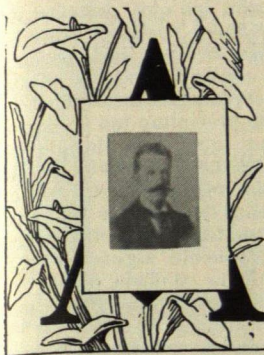
Tú las recibirás sobre tu seno;
Y yo seré, cuando en tu seno luzcan,
El jardinero fiel que noche y día
De su fragancia cuida y su frescura.

Y vivirán por siempre! Que las flores
Nacidas en el valle de las tumbas,
Si las guarda el afán de un alma triste,
Y las riega el dolor, no mueren nunca.

Para mí vivirán..... pues cuando yerto
Rendido caiga en la postrera lucha,
Ellas, si las rocías con tu llanto,
Serán las flores que mi huesa cubran.

JACINTO GUTIÉRREZ-COLL.

DOCTOR MANUEL MARIA PONTE



NADE EL COJO ILUSTRADO á la galería de venezolanos notables con que han venido adornando sus páginas, el retrato del sabio facultativo y excelente ciudadano señor DOCTOR MANUEL MARIA PONTE.

Concedida á nosotros la

honra de trazar estas líneas pocos días antes de abandonar el territorio venezolano, no nos fue posible entonces llenar el cometido; y hubimos de exigir á nuestro fino y caballeroso amigo señor D. Jesús María Herrera Irigoyen, que nos permitiese enviarlas desde el primer lugar á donde la suerte nos condujera.

Dando hoy tregua por un momento á los dolorosos recuerdos que abrumaban nuestro espíritu, emprendemos gustosos la tarea que nos impusimos, lamentando, sí, que nuestras aptitudes no sean suficientes para coronarla del modo cabal que exige asunto de suyo tan grato para nosotros.

Alejados de esa tierra querida,—Venezuela,—que, cual madre amorosa, nos abrió los brazos cuando á su puerta llamamos y no ha hecho distinción alguna entre sus nobles hijos y nosotros; que nos dio preferente lugar en su mesa y ha tenido siempre alguna frase de consuelo para nuestros infortunios, por razón natural todo cuánto con ella se relaciona encuentra en nuestra alma eco de cariñosa simpatía, y al rendir tributo de admiración á uno de los hijos que la enaltecen, creemos cumplir con un deber sagrado: deber que nos imponen la gratitud y el amor que la profesamos.

Nuestros labios, al pronunciar el nombre del Doctor Ponte, lo hacen siempre con respetuosa veneración: motivos especialísimos alimentan en nuestro corazón el afecto que por él sentimos; y si acaso nuestras apreciaciones pudieran tildarse como faltas de imparcialidad, semejante censura dejaría de tener razón, al considerar que en Venezuela, de ello estamos seguros, son muy pocos, sin duda, los que, en el asunto que nos ocupa, no participan de nuestra manera de pensar.

Por otra parte, ¿cómo no aprovechar la ocasión que se nos presenta para poner de manifiesto la consideración y aprecio que al DOCTOR PONTE nos ligan?

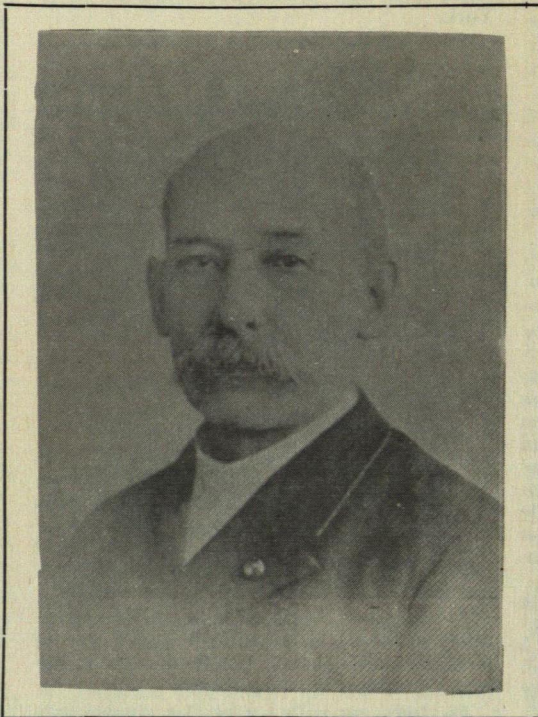
Seáenos permitido avivar por un momento la más cruel y terrible de las heridas de nuestra alma para disculpar, si preciso fuere, la forma en que van escritas estas líneas; y perdonémosenos que en ellas mezclamos algún recuerdo que sólo para nosotros puede tener interés: ¿mas, qué venezolano no guardará en lo más recóndito de su sér inagotable acopio de sentimientos purísimos?.....

Rayaba la alborada de un hermoso día de octubre: sus rosados matices disipaban las oscuridades del cielo y encendían en nuestro espíritu claridades infinitas. Sobre nuestro feliz hogar descendía la bendición de Dios; enjambres de ilusiones dulcísimas revolaban en el ambiente de la risueña estancia, y envuelto en los cendales de la inocencia y batiendo las alas de armijo que la fe cristiana prende en las espaldas de la niñez, abrió los ojos á la luz el ángel que

venía al mundo á ceñir nueva corona á nuestro amor.

A nuestro lado, compartiendo nuestra angustia y nuestro regocijo, estaba el incomparable amigo que escuchó con paternal interés, las primeras palpitaciones de vida de aquel sér que descubría á nuestra alma los horizontes de una dicha sin nombre.

Pasaron veintitres meses!..... La aurora de otra mañana nebulosa y triste, principiaba á recoger las tinieblas de la noche



DOCTOR MANUEL MARIA PONTE

para cobijar con ellas la fugaz ventura que en no lejano día colgó su nido en nuestro hogar.

Envidioso el destino de nuestra felicidad quiso troncharla: la ciencia luchó y luchó en vano; y en medio de los inolvidables compañeros que con esfuerzo cada vez mayor pugnaban por arrebatarnos á la muerte la codiciada presa, había uno que con ávida mirada y desesperación creciente seguía el curso de la enfermedad.....

Aquella cabecita rubia se desplomó al fin; aquellas pupilas azules se apagaron para siempre, y el grito de horrible angustia que se escapó de nuestro pecho, se sintió ahogado entre dos brazos que nos estrechaban: al llanto que brotó de nuestros ojos vinieron á unirse dos lágrimas silenciosas con que el noble amigo respondía á nuestro dolor!

Ilusiones y creencias, esperanzas y dichas, todo rodó al abismo de lo desconocido y lo sombrío: nuestra vacilante fe sintió los estremecimientos de la agonía, y pálida y doliente, como las blancas flores que formaron lecho mortuario al pedazo de nuestro sér que nos abandonaba, huyó con él y no ha vuelto á posar el vuelo en el desierto altar de nuestro antiguo culto!.....

Y sin embargo, como gota de benefactor rocío ha continuado cayendo en la profunda herida la voz de la amistad: la palabra consoladora del que ha sabido acompañar nuestro infortunio y no abandonarnos un instante en nuevas horas de tribulación y sobresalto.

Hé ahí porqué al hablar del Doctor Manuel María Ponte, nos sentimos impulsados por la gratitud y el cariño; hé ahí porqué en medio del reciente golpe que la infiden-

cia ha descargado sobre nosotros, pedimos para estas líneas la natural mirada de simpatía que la desgracia inspira, por calumniada ó mal comprendida que sea; y hé ahí porqué antes de proseguir nuestra tarea, hemos querido enlazar al justo homenaje que EL COJO ILUSTRADO tributa al distinguido venezolano, los dos más hermosos sentimientos que pueden palpar en el corazón del hombre: la patria, símbolo de la familia; la amistad, emblema de las virtudes generosas.

Pertenece el Doctor Manuel María Ponte á esa generación de médicos que tanto lustre han dado á la ciencia venezolana, y á cuya sombra se ha levantado la brillante juventud que, con no común inteligencia, llega hoy, llena de magníficos ideales, á ocupar en el profesorado y en la práctica puésto de honor, para reponer los vacíos que van dejando los que por más de diez lustros han venido batallando para disputar víctimas á la muerte.

Espíritu observador, talento analítico, virtudes especialísimas para el profesorado, consagración en la práctica de su sacerdocio, carácter caballeroso y suave, susceptible de amoldarse á las inevitables intransigencias de los que sufren, todas estas y las demás condiciones que la ciencia reclama á sus escogidos, dan derecho al señor Doctor Ponte para figurar en primera línea entre los más aventajados facultativos de Venezuela.

Resultados de sus investigaciones y de su larga y provechosa labor, ha llevado á feliz término trabajos científicos de tal naturaleza importantes, que docenas de sociedades de Europa y América no han vacilado en discernirle las más altas recompensas.

Sus trabajos sobre *Ginecología*, y su tratado de *Terapéutica*, acaso los más completos que, en su género, se han publicado en Sud-América, pueden lucir con orgullo en cualesquier biblioteca; y es de esperarse que cuando le sea dado dar á luz las obras inéditas que tiene, serán acogidas con el aplauso unánime de sus comprofesores.

El Doctor Ponte se ha dedicado preferentemente al difícil ramo de la *Obstetricia*: el laborioso estudio que de él ha hecho y la asidua práctica que ha tenido, nos permiten aventurar una opinión, para la cual pedimos toda la paternidad: en ese ramo lo juzgamos como el más distinguido profesor de Sud-América. (*)

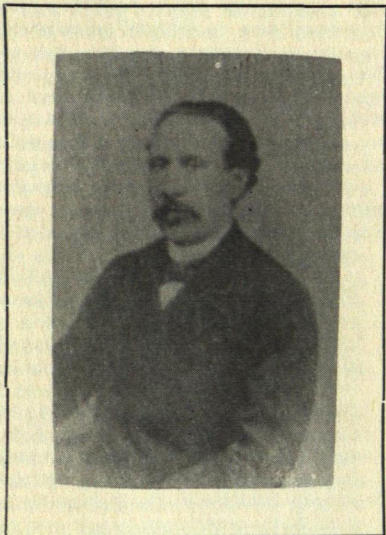
Sus pocos ratos de descanso los dedica al cultivo de las Bellas Artes y á los halagos de su ejemplar familia, de manera que las personas que frecuentan su amistad, se complacen en ver reunidos en el santuario de ese hogar modelo, cuantos elementos pueden contribuir á la satisfacción de la vida y cuanta ciencia es necesaria para alejar los sufrimientos.

Quiera el cielo conservar largos años su existencia, para consuelo de la humanidad doliente, para brillo del profesorado y para honra de su patria; y sea para él el recuerdo que desde lejanas playas le consagramos, justiciero homenaje á su merecimientos, tributo de nuestra amistad agradecida y un testimonio más de la deferente simpatía que nos inspira.

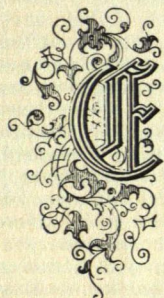
ALIRIO DIAZ GUERRA.

New York, agosto de 1895.

(*) Permítanos el señor doctor A. Díaz Guerra que protestemos contra lo absoluto de su afirmación en este caso, aunque reconocemos la competencia del señor doctor Ponte, como uno de los más; pero no como el más distinguido profesor de Sud América.—(NOTA EDITORIAL.)



JESUS MARIA MONASTERIOS VELASQUEZ



L joven poeta cuyo retrato ofrecemos hoy á los lectores de EL COJO ILUSTRADO, ha conquistado un puesto bien merecido en la literatura patria. A sus dotes de imaginación añade las personales de integridad y modestia que generalmente le son reconocidas.

Monasterios Velásquez ha vivido del trabajo, y ha compartido sus horas entre las ocupaciones á que le obligan los deberes domésticos, y el estudio. Por natural tendencia quiso verter sus impresiones al lenguaje de los dioses: por educación y por carácter eligió asuntos generosos y cantó la patria, la religión, la virtud en sus más bellas manifestaciones, el campo, el amor puro, el carifio filial.

Sus versos son armoniosos, fáciles, raudos, y suenan como el aura en el follaje. Para él no se inventó la sinalefa, ni el apócope, y si emplea la metáfora ó el símil es copiando la naturaleza, de tal modo que apenas se percibe. La literatura irradia como luz sobre la estrofa, y nada más. Todo el éxito es del poeta.

La Academia correspondiente de la lengua premió su oda á León XIII, y es notorio que sus composiciones todas han alcanzado aplauso del gusto público y de la gente docta.

Dedica la colección que ha publicado á sus padres, y á fe que tiene razón; porque fueron buenos y amaron las artes. En esa antigua y larguísima familia, que mereció respetos y consideraciones sociales desde el tiempo de la colonia, se cuentan artistas, hombres de ciencia y hombres de bien; ahora viene el poeta y cuelga sobre la memoria de sus ascendientes la corona de laurel y mirto que se acordó á los trovadores en días por desgracia ya remotos.

Goza además Monasterios Velásquez, como filántropo y progresista, de grandes simpatías en la numerosa falange de laboradores de la idea, que sirven á la caridad, al decoro, á la enseñanza y al trabajo, como el más fuerte apoyo de la dignidad personal. Es en fin un hombre cuya vida ha sido útil á sus semejantes; por todo lo cual merece colmadas nuestras felicitaciones.



ESCENAS NEOYORKINAS

EN LA CALLE 14

Pocas ciudades en el mundo ofrecen menos atractivos en la época de verano que New York.

Unos cuantos teatrillos de variedades,—á los cuales más se va por respirar el aire fresco de las noches, que por escuchar orquestas anémicas y ver desabridas pantominas,—abren sus puertas á la multitud ávida de espectáculos.

Los salones en donde se expende cerveza, y los *restaurants*, disponen, por lo general, de animada concurrencia; mas no ofrecen otro incentivo para quien sin relaciones vive en esta ciudad, que el de una comida que se paga á precios demasiado altos ó una bebida que debe tomarse rápidamente para despejar el mostrador á los que vienen detrás.

Y como las familias acomodadas, y muchas que no lo son, pasan en el campo la rudeza del verano, y á lo sumo vienen al mediodía á New York para atender á sus ocupaciones y regresan por la tarde, resulta que el que quiere distraerse sin necesidad de hacer gasto alguno, no tiene más que situarse en una de las esquinas que cuentan con estación de elevados, y á donde forzosamente llegan los centenares de personas que buscan este cómodo elemento de locomoción.

A la esquina de la calle 14 en la 6ª avenida, se puede ir entre 5 y media y 6 de la tarde para divertirse por largo rato la vista y dar solaz á la imaginación.

En toda esa calle, y en las muchas que le quedan próximas, están situados grandes almacenes que tienen á su servicio centenares de dependientes, de los cuales la mayor parte pertenecen al sexo femenino.

Tan pronto como llega la hora de suspender el trabajo, los compradores ó curiosos que llenan los almacenes se precipitan á las puertas, y tras de éstos principia la salida de los empleados.

Aquí comienzan á sucederse excesos que necesariamente llaman la atención del observador.

Entre empujones, gritos y denuestos, se abre paso por entre la multitud una robusta jamona, quien, al exceso de carnes con que la dotó naturaleza, agrega la infinidad de paquetes de diversas formas y tamaños, resultado de sus compras, con los cuales, después de atropellar cuanto halla por delante, va á ocasionar nuevos estorbos á los tranvías ó elevados.

Grupos incontables de alegres muchachas, vestidas con trajes de cuantos colores se puede imaginar, obstruyen las aceras; y en una efervescencia vivaz de picarezcas sonrisas y miradas comprometedoras, no dan descanso á la lengua comunicándose sus esperanzas y temores, sus proyectos de diversión para la noche y las locuras que cometieron en la velada anterior.

Y con la misma facilidad y rapidez con que se juntaron, disuelven la reunión. Unas van, ó á la mitad de la calle para detener el tranvía que pasa, ó á la escalerilla del elevado para ganar la estación; otras, que no disponen de los cinco centavos para pagar el vehículo, se resignan á caminar quince ó veinte millas; y las más, favorecidas por la suerte, se apresuran al lugar de la cita amorosa, en donde esperan encontrar al cándido Tenorio que á trueque de un apre-

tón de manos ó de un beso sin calor, les pague la comida y la entrada después á un *roof garden*.

Quiénes buscan con los ojos miradas de correspondencia; quiénes, víctimas acaso de dolores y desengaños, ocultan sus facciones con tupido velo y siguen su marcha presurosa; las feas atemorizadas ante su impotencia conquistadora, se precipitan tan de ligero, que tal parece que quisieran llevarse de bruce la felicidad ó las ilusiones de las que no lo son; no faltan ojos en cuyos párpados se ven las huellas de recientes lágrimas; tal vez á la siguiente tarde no volverán llevando á su hogar elemento alguno de subsistencia; al lado de la confiada madre, va la hija apuesta y elegante, tendiendo la mano hacia atrás para recoger el diminuto billete que con asombrosa viveza deposita el enamorado galán, que pasa á su lado como una exalación; entre el crujido de la seda y de las camisetas almidonadas, entre la fulguración de los diamantes y los variados matices de plumajes y de flores; entre la mezcla de aromas apacibles y perfumes excitantes; entre las emanaciones de alegría y los destellos de esperanza; entre las cabelleras teñidas por la mano de la noche y las esmaltadas con rayos de oro por el angel de la tarde; entre semblantes que brillan y labios que sonríen, entre el bullicio, la algazara, el apifiamiento, la agitación; entre carruajes que se cruzan, carretones que se atascan, vendedores ambulantes que ase-dian, pilluelos que con agudo diapason anuncian los periódicos y los agitan en las narices del transeunte, músicos de esquina, que en cambio de un centavo ejecutan un repertorio de piezas; floristas y fruteros que se mueven sin cesar hacia uno y otro lado; entre la interminable serie de tranvías que pasan haciendo resonar la campana de prevención y los trenes aéreos que se cruzan minuto por minuto; entre hombres de todas las edades y de todas las estaturas; entre aquella explosión de vida, en fin, arrastra la miseria su cortejo de desgracias y manos descarnadas imploran y labios convulsos suplican. Y el torbellino los empuja, los agobia, los comprime, y desfallecidos, al cabo, se rinden á su propio peso, y aquellas manos tal vez se regocijan ante la idea de un puñal, y aquellos labios acaban, tal vez por prorrumpir en anatemas horribles.

La oleada humana que llega es impulsada por la que viene detrás, y nuevas escenas se suceden y nuevos personajes aparecen.

Como gusanillos jugueteros, por entre tal apifiamiento se escurren los velocípedos, con sus farolitos rojos y sus sutiles armaduras de alambre; y por espacio de más de hora y media ofrece aquella esquina plétora de movimiento y vida. La cascada de gente que allí afluye, no se serena hasta tanto que las primeras sombras de la noche son disipadas por los focos de luz eléctrica; y todavía, en medio del relativo descanso que se observa, no falta la despedida de la apasionada pareja; las últimas voces de los vendedores fatigados; la frase resbaladiza y juguetera; el pañuelo que se agita y el ósculo alado que la coqueta dama, al pisar el estribo del tranvía, manda, con la punta de los dedos, al entristecido mancebo que, con la rigidez de una estatua, mira su felicidad desvanecida por las sombras que se ennegrecen y los carros que se alejan.

ALIRIO DIAZ GUERRA.



PEDRO CESAR DOMINICI



A amistad es muchas veces un sentimiento estorbo. Aquí por ejemplo, se me presenta una ocasión en que tengo que hablar de un compañero inseparable de infancia y de juventud y no sé qué decir que no parezca dictado de fraternal intimidad, elogio excesivo á un amigo que es al mismo tiempo un escritor que en breve ha ocupado puesto de honor en la vanguardia del Batallón Sagrado que cantó el poeta.

Situado en apurada disyuntiva procuraré acercarme á aquella imparcialidad que exige el análisis de un carácter, tratando olvidar, siquiera sea por un momento, los lazos que nos han unido durante largos años.

La crítica contemporánea que considera la obra de arte como revelación de un estado de alma, se presta á investigaciones atrevidas que muchas veces conducen á consecuencias erróneas, pues que al tratar de comprender sensibilidades extrañas no podemos prescindir del propio temperamento, y la imaginación nos hace la jugarreta de ponernos ante los ojos cristales claros ú opacos á través de los cuales vemos el mundo exterior, á nuestro yo coloreado por el prisma de la fantasía. No sé con cual de esos cristales me engañará la loca de la casa al juzgar á Pedro César Domínicí; pero desde luego declaro que ahora ni nunca pretenden mis palabras autoridad de dogma.

*

Cuando conocí á Pedro César Domínicí, y hace de ello sus diez años, era un muchachote gordo é inquieto, con un aire desenfadado, casi desdén, reía á plena boca y el sol le entraba hasta la campanilla, por los poros echaba salud y por los ojos alegría de vivir.

Desde el primer encuentro hicimos buenas migas, como se dice; juntos nos *jubilábamos* del colegio y en compañía de otros vagabundos apostábamos á la carrera bajo las rumorosas frondas; ninguno mas ágil que él á pesar de su grueso volumen y sus escasas piernas. Otras veces burlando la vigilancia del portero nos colábamos en los ensayos de un teatro, en donde la soñolienta penumbra y la amarillenta luz de las candelillas, nos hacía algo fantásticos los artistas que tarareaban en el prosenio y las mujeres que con sólo hacer chasquear coquetamente las varillas de sus abanicos, poblaban de ensueños nuestras infantiles imaginaciones; amenudo, en el escondrijo desde donde con las manos frías de miedo acechábamos la vida de la escena, vi á Domínicí con los ojos llenos de lágrimas, siguiendo en voz baja y emocionada el tema sentimental de la orquesta.

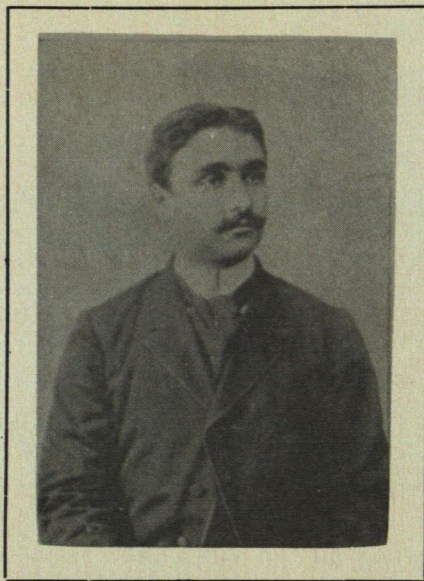
Con el tiempo, nuestro entusiasmo por el teatro nos llevó hasta presentarnos audazmente en público, y mientras yo realizaba una de mis ilusiones de entonces, representar un papel de viejo de piernas temblorosas, con una gran calva y muchas arrugas en la cara, Domínicí, con una voz bastante desahogada y un frac bastante holgado, lacrimaba romanzas italianas.

(Nuestras vidas se hallan tan entrelazadas que no puedo hablar de mi amigo sin hablar un poco de mí; mutuamente hemos influido uno en el otro, de tal manera que es probable que si no nos hubiésemos visto nunca, seríamos ambos bien distintos de lo que somos.)

Domínicí tenía á su disposición la excelente biblioteca de su padre: los clásicos antiguos y modernos, las obras de Shakespeare, el Fausto y la

Divina Comedia; pero las que él arrancaba á los estantes eran las que satisfacían su sensibilidad tierna y apasionada, los libros que son como un copioso manantial de sentimiento. Leyó á Graciela y á Atala, á Mireya, María y Marianela, libros en que los poetas han vertido el amor que no tiene sitio en la tierra. El me inició en esa lectura acariciadora y armoniosa como un manantial de los grandes bosques.

Luégo nos intoxicamos de novelas de intrigas y aventuras; y era tal la fiebre con que las saboreábamos, que llegamos á considerar como reales los ficticios personajes y hasta querer imitarlos un tanto. Yo me sentía un poco Chicot



PEDRO CÉSAR DOMINICI

y Domínicí, creyéndose tal vez el caballero D'Artagnan, embozándose en una rafá capa, y poniendo una pluma á un destartado y cómico chambergo, tomaba las posturas de un héroe del viejo Dumas.

*

No es por entregarme á la triste voluptuosidad de desenterrar inolvidables recuerdos que saco detalles aparentemente insignificantes y si se quiere ridículos, sino porque ellos bosquejan una juventud sedienta de sentimientos intensos, una imaginación exuberante que á fuerza de pasión pierde la noción de la vida real; caracteres estos del ideal romántico, que floreció después de la campaña napoleónica y que produjo en Víctor Hugo el lirismo más genial que ha visto el mundo y, ya en sus postrimerías, en Gustavo Flaubert y sus discípulos el pesimismo y el nihilismo intelectual, que son lo que alguien llama el mal del siglo, atmósfera de estos días en el seno de la cual el hombre torturado se empeña en crearse un ideal que satisfaga sus necesidades; tortura que se manifiesta tanto en artes como en ciencias bajo las formas más inesperadas y á veces extravagantes, y en las que la crítica patológica de última hora cree encontrar un signo de degeneración cuando quizás no sea sino natural esfuerzo del espíritu por recobrar la salud.

Pedro César Domínicí, por causas determinantes de raza, (desciende de esos italianos febriles y soñadores), de temperamento y de educación, estaba destinado á recibir un trato amable de la realidad. La literatura romántica exasperó en él la sensibilidad, ya de por sí demasiado exquisita, y es esta la que está más propensa, á recibir el primer choque de la existencia, á volverse hacia dentro y clavarse como una garra en el corazón, produciendo ese estado morbooso generador del pesimismo. Podría afirmarse, casi con la seguridad de acertar en el mayor número de casos, que el grado de optimismo está en razón directa del grueso de la piel. Domínicí tiene una epidermis delgada; unid

á esto una tendencia á deducir de un grupo de fenómenos ó de sensaciones una idea general, y ya tenéis el conflicto psicológico; el estudio de las matemáticas y de la filosofía había desarrollado en él la facultad de llegar á las concepciones abstractas.

Un alma sensible y una inteligencia curiosa son dos elementos que no pueden vivir en paz en un mismo cuerpo; la inteligencia va preparando poco á poco la bancarrota de la sensibilidad insatisfecha, como tiene que estarlo toda vez que el medio en que obra es fatalmente inferior al anhelo interior. "El hombre que sueña en su destino con una máquina de complicados sucesos, tiene todas las probabilidades de encontrar las cosas en desacuerdo con su ensueño" observa un eminente crítico. Desde este punto de vista, el ideal romántico es altamente inmoral; los efímeros goces que nos proporciona se los cobrarán luégo con creces las brutalidades de la realidad, embellece nuestros primeros días para hacernos caer más tarde entre los brazos inmisericordes de la existencia verdadera.

En los primeros meses de 1893 sufrió Domínicí, todavía en la efervescencia de sus ilusiones, el inmenso dolor de la muerte de una mujer amada, amada como á María, Efraín. Este rudo golpe fue como un brusco impulso que lo hizo caer del lado del pesimismo, pero de un pesimismo empapado en lágrimas que debía transformarse más adelante en absoluta incredulidad.

La exuberancia de dolor y de vida interior se resolvieron en pasión literaria; tomó la pluma y escribió, y como sentía mucho y sólo quiso darse placer á sí mismo, escribió cosas hermosas, de una vigorosa personalidad. *Delirio, Ante un retrato, En el cementerio, Extasis*, fueron sus primeras obras, en las que palpita un subjetivismo desolado; mas sin darse cuenta iba dejando de ser el amante eternamente abandonado para convertirse en literato; la fiebre del arte se había apoderado de él; con *El Alcázar del Tiempo* entraba en la escuela moderna y se afiliaba en una de las sectas literarias de este turbulento fin de siglo.

Pero la fama que pronto adquirió entre los jóvenes escritores, parte de su tesis desarrollada en la Facultad de Filosofía, en abril de 1894. "El egoísmo es la base de la sociedad," exclamó; una verdad muy vieja que siempre parece nueva; sus palabras levantaron una polvareda, y sus enemigos le crearon una aureola. Mas lo que no vieron ó no quisieron ver era que en el fondo de la tesis, en la manera de exponerla, subsistía el joven romántico; su tesis era más bien una protesta que una aceptación de las eternas leyes de la naturaleza.

En *Cosmópolis* logró una rápida y prestigiosa reputación de pensador y de prosista; las revistas literarias de América reprodujeron sus artículos y la juventud de Caracas lo eligió para presidir el tumultuoso Centro Científico-Literario.

Pedro César Domínicí ama la ciencia con la misma pasión con que amó las dulces mentiras de su infancia; ama la ciencia con el mismo *romanticismo* con que amó otras cosas creyendo que en ella ha de encontrar la felicidad; acepta la verdad, pero con un disimulado sentimiento de odio, que se trasluce á través de sus párrafos sonoros y luminosos, como culpándola, tal vez, de ser una de las manos sombrías que se entraron en su pecho para arrancarle las ilusiones. ¿Qué hacer? Hay que someterse á la naturaleza tal cual es; á fuerza de comprenderla puede llegarse á amarla. La suprema sabiduría consiste en la resignación; es lo que decía el autor de los *Pensamientos* el admirable Marco-Aurelio: "Es necesario conformarse á la naturaleza durante este instante fugaz en que vivimos; es necesario partir de la vida con resignación como el olivo maduro que cae bendiciendo la tierra su no-driza y dando gracias al árbol que lo ha llevado en sus brazos."

PEDRO-EMILIO COLL.

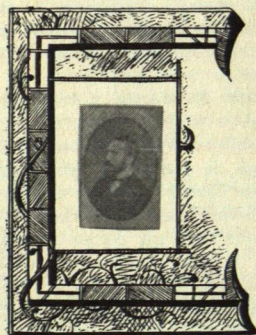
Septiembre de 1895.



EL VAPOR "LOS ANDES" DESCARGANDO CAFÉ EN EL MUELLE DE MARACAIBO—(Fotografía del señor A. Lares)

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA



N mis anteriores revistas he hablado de los últimos libros publicados por Pérez Galdós y por Valera: justo es que á esos dos nombres ilustres añada hoy el de Pereda, y diga algo de su última novela *Peñas arriba*. Tiene esta novela lo que todas las del in-

signe escritor: lenguaje correcto, semejante, en lo castizo, al mejor de nuestros clásicos: hermosas descripciones de la naturaleza; un enredo ó argumento sencillo, y, aun cuando en el fondo resulte poco verosímil, hay pasmosa exactitud en los detalles y están estos tratados con tal arte, que el conjunto resulta con unidad lógica y perfecta. Pero, lo que más caracteriza al nuevo libro de Pereda, es lo que ahora llamamos tesis: en ninguna de sus novelas falta intención moral, religiosa y hasta política, pero en la de que hablo, esta intención se determina más clara y ampliamente.

Se trata de preconizar las excelencias de la vida y costumbres en las pequeñas poblaciones rurales, en oposición á las dominantes

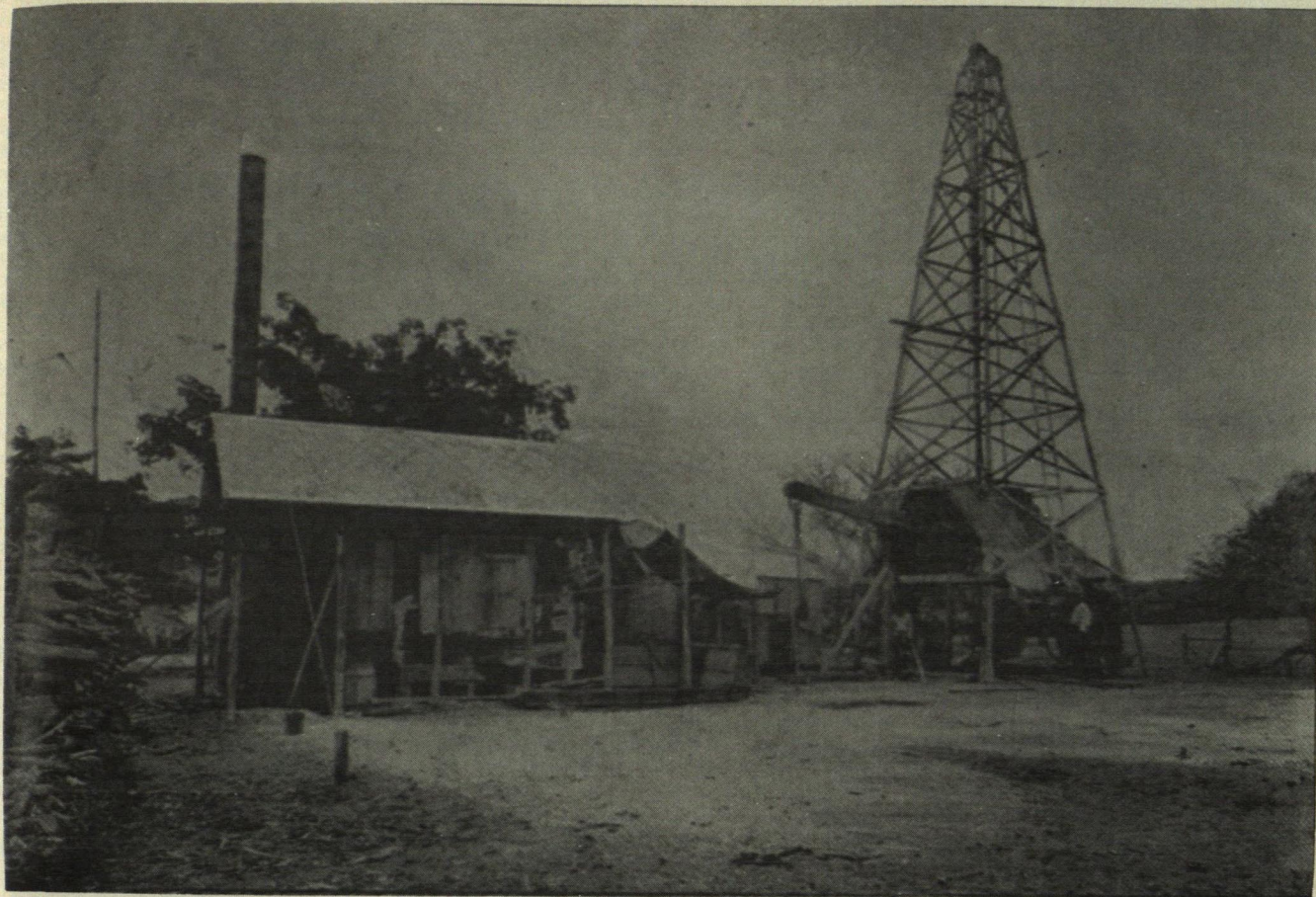
en las grandes ciudades, y la independencia ó, cuando menos, la autonomía del Municipio, como base de toda organización política y administrativa.

Siempre ha sido Pereda regionalista, poco amigo de la centralización; pero en la propaganda de esta doctrina, no había llegado á donde ahora. Vacila, sin embargo, en algunas ocasiones, y, atento á las deficiencias que la falta de cultura en los pueblos rurales, pudiera producir en la marcha de aquel régimen, el señor Pereda idéa en su última novela un medio que él cree sencillo: propagar la necesidad y la conveniencia de que el hombre ilustrado y bueno, abandone la ciudad y vaya á vivir al campo entre los labradores, y procure adaptarse al medio social en que estos viven, elevándolos hasta él por medio del consejo y del ejemplo.

Está bien; pero la lógica del razonamiento conduce á otro extremo que olvida el señor Pereda: á la necesidad y conveniencia de que el hombre del campo vaya á la ciudad, con el objeto de infiltrar en ella la savia de sus costumbres sanas y puras, y contrarrestar la corrupción del espíritu individual y social que, fatalmente, trae la cultura en los tiempos que vivimos, lo mismo que en los siglos pasados y probablemente en los que vendrán. Sólo así se completaría el pensamiento regenerador. Además no hay que olvidar la multiplicidad de funciones en la vida social. Tiene aptitudes y funciones propias la ciudad y las tiene la aldea. Dejando que se ejerzan libremente, se contrabalancean los daños y los beneficios, las virtudes y los vicios, y surge, naturalmente, la armonía. Nuestro gran novelista, en su honrado propósito de ponderar las ventajas de la vida rural, por encima de la urbana, señala como argumento

que en Tablanca—pueblo por él ideado para realizar su teoría sociológica,—no hay miseria. Y, convirtiendo á todos los pueblos en Tablancas, ¿sería esto una solución del pavoroso problema social? Démos por bien empleado el trabajo que se ha tomado en el desarrollo de su tesis nuestro eximio escritor. Las utopías expresadas en lenguaje correcto, con estilo majestuoso y sencillo á la vez cual cumple á un hombre de la talla intelectual de Pereda, son verdaderas obras de arte, y un buen novelador debe ser artista. Y cuando, como Pereda, se es artista que ama y siente la naturaleza, entonces, la utopía hasta puede llamarse, como quieren algunos, el sueño de hoy y la realidad de mañana.

Otro de los libros, digno de mención, ha poco publicado en Madrid, es el titulado: *Locos y anómalos*, escrito por el sabio alienista, doctor Escuder. Crece cada día en España la afición á esta clase de estudios, y son ya varias las obras que, originales las menos, traducidas las más, corren de mano en mano. La literatura médico-social-psicológica, tiene sus aficionados entre el vulgo, como las novelas terroríficas y dramas patibularios. Desde que se ha sentado como axioma el principio de que el atavismo es, en la especie humana, causa, no sólo de fenómenos físicos, sino también morales, la curiosidad háse excitado grandemente, y todo lo que supone estudio ó investigación experimental en este sentido, ya puede contar con tener hecho la mitad del camino para encontrar buena acogida en una gran parte de nuestro público que lee libros. Por la herencia neuropática y por la psicopática, hay ya quien explica la existencia de todos los males físicos y morales que afligen á la humanidad, y aun hay quien



POZO ARTESIANO EN MARACAIBO — (Fotografía del señor A. Lares)

de esos males se consuela. Según el doctor Escuder, la locura es hereditaria: cuando un loco no tiene antecedentes hereditarios, es porque es el primero de la serie. En la herencia debe buscarse la solución etiológica de la locura y del crimen. "Las diátesis degradan la especie humana; los que las padecen, colocan su cerebro en aptitud pasiva y receptiva de la génesis ocasional del delito y la locura." Locos y criminales, en casi su totalidad, son degenerados, y, por lo tanto, de difícil curación los primeros y de corrección los segundos. Es curioso el estudio que el doctor Escuder hace de la degeneración en sus diferentes grados: el idiota, el imbecil, el loco lúcido, los ligeros, los lunáticos, etc; pero este estudio, aun siendo muy atractivo, como lo es cuanto acerca el mismo asunto han dicho, antes que el nuestro, otros eminentes alienistas nacionales y extranjeros, no llega á convencer á los hombres realmente observadores, á no admitir que sólo los mortales que tienen la suerte de nacer perfectamente formados de cuerpo, y no padecen enfermedad alguna, son equilibrados y sanos de espíritu. Las personas de constitución débil, los que padecen reumatismo, gota, diabetes y cálculos, van en camino de perdición moral: todas las enfermedades nerviosas y crónicas, conducen al crimen y la locura. ¿A donde vamos á parar si no se encarrila esa dirección de la ciencia médica? Al fatalismo más negro y desconsolador.

El estudio del sanscrito ó lengua clásica de la India, tiene, desde hace años, en España, bastantes aficionados, algunos de ellos con verdadera pasión: no obstante se observa que hay pocos traductores de los viejos libros en aquel idioma. Hace unos veinticinco años, el doctor señor Eguilaz y Yanguas, publicó, vertidos al castellano, algunos de los trozos más interesantes del *Ramayana*, de Valmiki,

y del *Mahabharata* de Vigasa, en un tomo editado con lujo y acompañando al texto muy eruditas y curiosas notas. Ahora se ha publicado otro trabajo de la misma índole, la *Hitopadesa*, por el señor Alemany y Bolufer, catedrático de lengua griega en la Universidad de Granada. La *Hitopadesa*, es una colección de fábulas escritas hace veinte siglos. La traducción, á juicio de las personas competentes, está admirablemente hecha, y revela en su autor una posesión completa de todos los secretos de aquel difícil idioma. Tan bueno como el libro es el prefacio, escrito por el doctor don Pedro Roca y López, uno de nuestros más notables miembros del cuerpo de Bibliotecarios, Archiveros y Anticuarios. Es ese prólogo una magnífica disertación acerca del estudio lingüístico en general y, muy especialmente del sanscrito, desde el último tercio del siglo pasado hasta nuestros días. El libro del señor Alemany tiene además una circunstancia especialísima: Cualquiera, al leer el título del mismo, creará que su autor es un hombre encanecido en el estudio y que ha pasado su vida en las bibliotecas. Nada tan lejos de la realidad. El señor Alemany hace diez años era un joven trabajador del campo que sólo sabía leer y escribir. Llegada la edad de servir en el ejército, no pudo redimirse por ser pobre, é ingresó, como soldado, en uno de los regimientos de guarnición en Barcelona. Llevado por su afición al saber, destinó las horas que le dejaban libres las obligaciones de su profesión, al estudio, y, en tres años, como alumno de enseñanza libre, cursó los diez ó doce que son necesarios para obtener el título de licenciado en filosofía y letras. Doctoróse en Madrid y, después tomó parte, y triunfó, en las oposiciones á la cátedra que actualmente desempeña. Esto, como dice muy oportunamente un periódico de donde tomo este detalle de la vida del docto catedrático, no quita ni añade mérito á la traducción de la *Hitopadesa*, pero

da un nuevo interés á la aparición de este libro.

Hablemos un poco de poesía. Manuel Reina, con Ferrari y W. Querol, constituyen, en España, una trinidad de poetas viriles selectos, de forma y fondo, como quizás, en su género, no hemos tenido otros mejores en nuestro Parnaso. Si toman, como algunos suponen por modelo á Núñez de Arce, no será temerario decir que no sólo llegan hasta donde este ha llegado, sino que le superan. Le superan en espontaneidad, en imaginación, y, á veces, en exactitud y trascendencia de la frase y del concepto. Núñez de Arce sólo les aventaja en concisión. Manuel Reina ha publicado, durante estos últimos seis meses, dos tomos de poesías: *La vida inquieta* y *La canción de las estrellas*. (poema). Forma el primero de esos volúmenes, una colección de composiciones de diversos géneros y de asuntos varios, pero que todos tienen un fondo subjetivo, íntimo, la queja amarga del alma pura que se lanza al torbellino del mundo y siente destrozar sus alas al rozar contra los obstáculos de la vida real. Son esas quejas las mismas que profieren los poetas melancólicos desde que el mundo es mundo, y, muy especialmente, desde nuestro siglo que, al lado de las grandezas, tan en relieve muestra las miserias individuales y sociales; pero hoy precisa advertir que Manuel Reina las exhala con un arte especial que hace aparecer las tristezas de la vida en medio un ambiente risueño y lleno de esperanzas consoladoras. El otro tomo recientemente publicado, *La canción de las estrellas*, no tiene el carácter tendencioso del primero: pero, como obra artística, es una joya, una preciosidad. En él, Manuel Reina, aparece todavía más espontáneo, más brillante y al mismo tiempo más elocuente que *La vida inquieta*. No huelga en aquella composición ni una idea, ni una palabra, y el canto primero, escrito en verso libre, hasta

hoy poco usado por nuestros poetas castellanos, es un alarde felicísimo de maestría en el manejo del lenguaje poético.

Reina es andaluz, y no lo parece en sus versos. Pone en ellos el calor y la luz de la atmósfera de su tierra, pero no la hojarasca y la ampulosidad abrumadora ocasionadas á los rios de todo género que distinguen á los poetas de la escuela sevillana. Es conciso, exacto y á menudo profundo, pero su pensamiento se agita siempre en grandes espacios y luminosos horizontes.

En un suelto publicado en casi todos los periódicos de Madrid, se dice que "don Emilio Castelar se ocupa sin descanso, en escribir una obra verdaderamente monumental que, como todas las suyas y más que ninguna otra, ha de fijar la atención del mundo civilizado." Paréceme que estas líneas, algo rimbombantes, tienen toda la apariencia de un reclamo editorial, y que se han escrito y publicado sin anuencia del gran escritor, que no necesita de esta clase de anuncios para sus libros. Cónstatame que el señor Castelar va á publicar una obra suya en varios volúmenes, pero no puede decirse que ahora se ocupa en escribirla, pues hace tiempo que lo hace. Se trata sencillamente de una recopilación de todos los artículos que ha escrito; de cuatro ó seis años á esta parte, en las Revistas españolas y extranjeras, tratando con la profundidad y elevación de ideas y maestría en el decir en él peculiares, todas las importantes cuestiones de política y algunas especiales de arte y literatura. Como la adquisición de esas Revistas, no entra en los gustos ó no está al alcance de la generalidad de las gentes, bien puede calificarse de inédita la obra que el señor Castelar prepara. En ella se coleccionarán, debidamente escogidos, aquellos trabajos políticos y literarios que, además de su valor histórico y crítico, con relación á sucesos contemporáneos, forman, pudiera decirse, un cuerpo de doctrina en donde se reflejan fielmente las transformaciones que en determinado sentido, de algunos años á esta parte, se han operado en la luminosa inteligencia del eminente escritor y gran estadista.

Dofia Emilia Pardo Bazán ha ido á veranear á Francia, y se propone dar conferencias en un centro científico de Burdeos y tal vez en los de algunas otras ciudades, para lo cual ha sido invitada. Antes de dejar España, ha visitado Barcelona, en donde cuenta muchos admiradores de su talento, y ha recogido datos para hablar de nuestra literatura regional en una de esas conferencias dedicada al estudio de las lenguas romanas. Con este motivo, habla obsequiado grandemente los que en Barcelona forman la legión independiente ó modernista que ve en las audacias de pensamiento y de forma, en el naturalismo elevado que en sus libros muestra, más cada día, la Pardo Bazán, cierta tendencia hacia aquella escuela. La eminente escritora ha visitado las más hermosas poblaciones situadas en aquella parte de la costa mediterránea, completamente helénica, y llevada como en triunfo por sus admiradores, ha ido al *Can ferrat* (madriguera férrea) extraño originalísimo museo de pinturas y hierros viejos y obras de arte medioeval que en la antigua Subura, hoy la blanca Sitjes, ha fundado el genial artista y escritor barcelonés, Santiago Rusiñol.

Y á este propósito he de decir algo de la nueva escuela artística-literaria de que Rusiñol es propagandista y jefe.

Cataluña, por su proximidad á Francia y más aún por el carácter emprendedor y activo de sus hijos, se adelanta siempre al resto de España en la adopción de lo bueno y lo malo que aparece en el resto de Europa. Esto se nota, en lo moral, en lo científico, en lo político, en lo literario y en lo artístico, en lo industrial, en todo. Evidenciáralo fácilmente

si pudiera disponer de más espacio en esta revista. Surgió en Barcelona la escuela modernista, casi al mismo tiempo que en París, cuando se empezaba á hablar del novísimo teatro Escandinavo, de las novelas de Tolstoi, de las obras de Mæterlink, del quinteto de César Trandi y de los demás escritores, músicos y poetas innovadores que han vuelto el seso á los parisienses en estos últimos años. Rusiñol es una naturaleza esencialmente artística, un artista siempre en acción, hombre de ingenio, un talento reflexivo y viril, pero algo desequilibrado. Es rico: heredó de su padre,—que era un gran industrial,—una regular fortuna que emplea en satisfacer la pasión en él dominante: la originalidad en todo, el apartamiento de lo trillado, de lo visto, de lo vulgar. Pinta cuadros y escribe artículos de periódico que son *suyos* sin que á los primeros por el color y factura y, sobre todo, por el asunto, y en los segundos por sus giros y adjetivos, puedan confundirse con los de pintor ó escritor alguno. Pero ¡qué es la escuela *modernista ó decadentista*—que así también se llama—para Rusiñol y sus adeptos? Una especie de romanticismo menos espontáneo y atractivo, menos humano y popular que el que agitó al mundo en el primer tercio de este siglo: una evolución del naturalismo que tiende á fundirse con el viejo espiritualismo, formando un arte y literatura nuevos que hasta ahora sólo consigue crear un ser híbrido, extraño, indeterminado completamente fuera de la realidad. Los independientes, por regla general reniegan de los progresos de este siglo, suponiendo que en nada contribuyen á la felicidad del hombre; de aquí nacen—dice el mismo Rusiñol—"los artistas que protestan, narrando las tristezas de la moderna humanidad, cantando sus miserias con lenguaje amargo y crudo: este arte simbólico, buscando el misterio del enigma y su poesía para dar alma á las cosas y estética á los objetos." Habla también de la reacción idealista que se observa, de algún tiempo á esta parte, del cansancio del naturalismo triunfante, de un deseo de profundizar el hombre, huyendo de lo exterior y de los accesorios, así en arte propiamente dicho, como en ciencias y literatura. Divide Rusiñol á los modernistas ó independientes en varios grupos. Los idealistas que lloran y los que veran. Los que describen fríamente á modo de espectadores, con la sonrisa de piedad en los labios, el fango de la sociedad que muere, como lo hace Strinberg; los que protestan airados, despreciándola y lanzándola á la cara sus bajezas y egoísmos, y los que buscan las flores de un arte puro en mundos imaginarios, soñando solos y dedicando su arte, como Mæterlink á los devotos del ensueño. "Todos—dice—protestan, en su interior de artistas, de una sociedad que lucha por derribarse unos á otros, sin cuidarse para nada de su arte, que consideran inútil; todos desprecian lo existente, sin fe en los programas nuevos de los hombres que han de gobernar mañana, y sólo se aprestan á fundar un arte que sea una religión: la religión de la belleza, gozada á solas, en el claustro del pensamiento."

Pues todo eso lo han dicho y lo han hecho, substancialmente, antes que nuestros modernistas, los entusiastas de la escuela romántica, con la particularidad que el movimiento por estos realizado, surgió más vívido, más generoso, más expansivo, más trascendental para el arte y aun para el bien de la humanidad, que el ahora iniciado. Todo lo que dicen, ó quieren decir en sus cuadros, estatuas y versos, nuestros independientes místico-idealistas, lo dijeron más bellamente, los artistas, escritores y poetas románticos hace cincuenta años; con la diferencia que lo hicieron con menos pretensiones y poseídos además de un sentimiento noble y generoso en favor de las grandes colectividades, en bien del *vulgo*, del cual se aparta desdeñosamente la nueva escuela. Manifestaron una tenden-

cia revolucionaria activa, que están muy distantes de mostrar los innovadores de ahora, cuando dicen que quieren vivir "tan apartados de los hombres que se van, como de los hombres que llegan, que se sienten molestos ante las muchedumbres, que anhelan vivir solos, soñar solos, no producir más que goces del espíritu, no ejecutar más que esencias de ideas madres y extasiarse en la contemplación de esas visiones que sólo están al alcance de los que viven abstraídos del mundo material."

Por supuesto que todo eso debe tomarse como exageración de una doctrina que si se predica con fe no se practica con gran celo, por la sencilla razón de que es impracticable. No se conoce el modernismo en Madrid: en Barcelona lo forman una pléyade de jóvenes que no tienen nada de la complexión moral, escética y tristona de que nos habla Rusiñol. Todos muestran en sus semblantes y en sus palabras y acciones, la *joie du vivre*, como dicen los franceses. Lo que más ha conseguido Rusiñol es agrupar á esos jóvenes, algunos de talento, todos ingeniosos y ávidos de notoriedad, en una especie de secta protestante en la iglesia del arte, que tiene por dogma y disciplina, la realización de lo imposible, mezclar lo grande y lo pequeño, lo místico y lo sensual, lo viejo y lo nuevo: que aspira á salirse de lo usual y corriente, rompe los moldes preceptistas y busca formas de belleza en donde nadie las ve; todo lo cual, si de vez en cuando produce alguna obra de genio, ordinariamente sólo conduce á la confusión y á la perversion del buen gusto, en quienes, por instinto y por educación, pudieran mostrar en sus obras, todos los refinamientos de la moderna cultura.

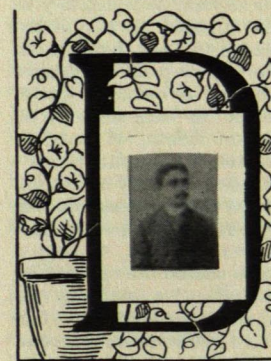
J. GÜELL Y MERCADER.

Madrid, Agosto de 1895.



FRANCIA

EL MUSEO DEL LOUVRE.—SALON CARRÉ



DESDE que se llega al Louvre, el espíritu se concentra en una abstracción sugestiva; y en el primer momento, en vez de admirar las obras de arte que embellecen las galerías del Museo, y que nos invitan al placer intelectual más refinado de la estética moderna:

la muda contemplación de la belleza; nos entregamos insensiblemente á recuerdos históricos, reminiscencias de esas páginas que hemos leído muy de prisa, y que aparecen ahora casi íntegras, aunque de un modo confuso; trayéndonos al poderoso de brazo con el artista, á la nobleza antigua enamorada del genio y protegiendo el arte, á Francisco I, Luis XIV y Napoleón, llevando al Louvre todo lo más escogido del renacimiento italiano, y fecundando el arte francés, para hacer de Francia no sólo el país que más ha luchado por las libertades y por las ciencias, sino el país que ha logrado convertir su índole guerrera en índole artística.

El arte italiano ha influido notablemente en la civilización europea, y los que sueñan con la Belleza, van hasta Italia á arro-



EL FERROCARRIL DEL ZULIA INUNDADO POR EL RÍO CHAMA — (Fotografía del señor A. Lares)

dillarse ante esa diosa trasportada de Grecia como botín de guerra, y que envolvió en sus reflejos al pueblo que ha sabido mejor aceptarla y comprenderla: la pintura, la Escultura y la Música son hijas, conquistadas, de Italia.

Desgraciado el visitante que se introduzca á ver los museos sin un plan fijo, y que comience á recorrer las galerías sin método, y en un torpe afán de mirarlo y entenderlo todo; saldrá de allí al cabo de cinco ó seis horas, medio loco, fatigado, y con una confusión de Venus, batallas, vírgenes, reyes, ángeles, hombres colgados y mujeres muertas, que bailan en su imaginación, entre colores chillones, piernas desnudas y ojos brotados. Con sólo atravesar las salas de pintura, y ver sin siquiera fijarse, aquel enorme batallón de cuadros alineados, de diversos asuntos, de escuelas distintas y de distintos artistas; hay suficiente para salir á la calle entontecidos, sin llevar una idea nueva y bajo la influencia desagradable de una excitación nerviosa que se prolongará por el resto del día inutilizando nuestros mejores deseos de investigar y de estudiar.

No hay nada que fatigue más el espíritu, como buscar le experiencia de lo bello en una contemplación desordenada de cuadros y esculturas, cuyos méritos, las más de las veces, no entendemos á primera vista; y que nuestro orgullo artístico se empeña en descifrar, sacando, casi torcidas, las bellezas ocultas en la tela, ó en las formas misteriosas del bronce y del mármol. El mejor método para visitar museos, es, estudiar poco á poco, y en días diferentes, cada sala ó cada escuela; sin precipitar nuestra evolución artística, sin forzar nuestras impresiones, ni agotar las fuerzas, solicitando sensaciones bruscas y desvaríos de ideas nuevas.

Solamente las galerías de pintura tienen más de un kilómetro de largo, y contienen como 3.000 cuadros. Entremos por el Pabellón Donon, subamos á la sala Duchatel, y llegaremos directamente, al Salón Carré.

*

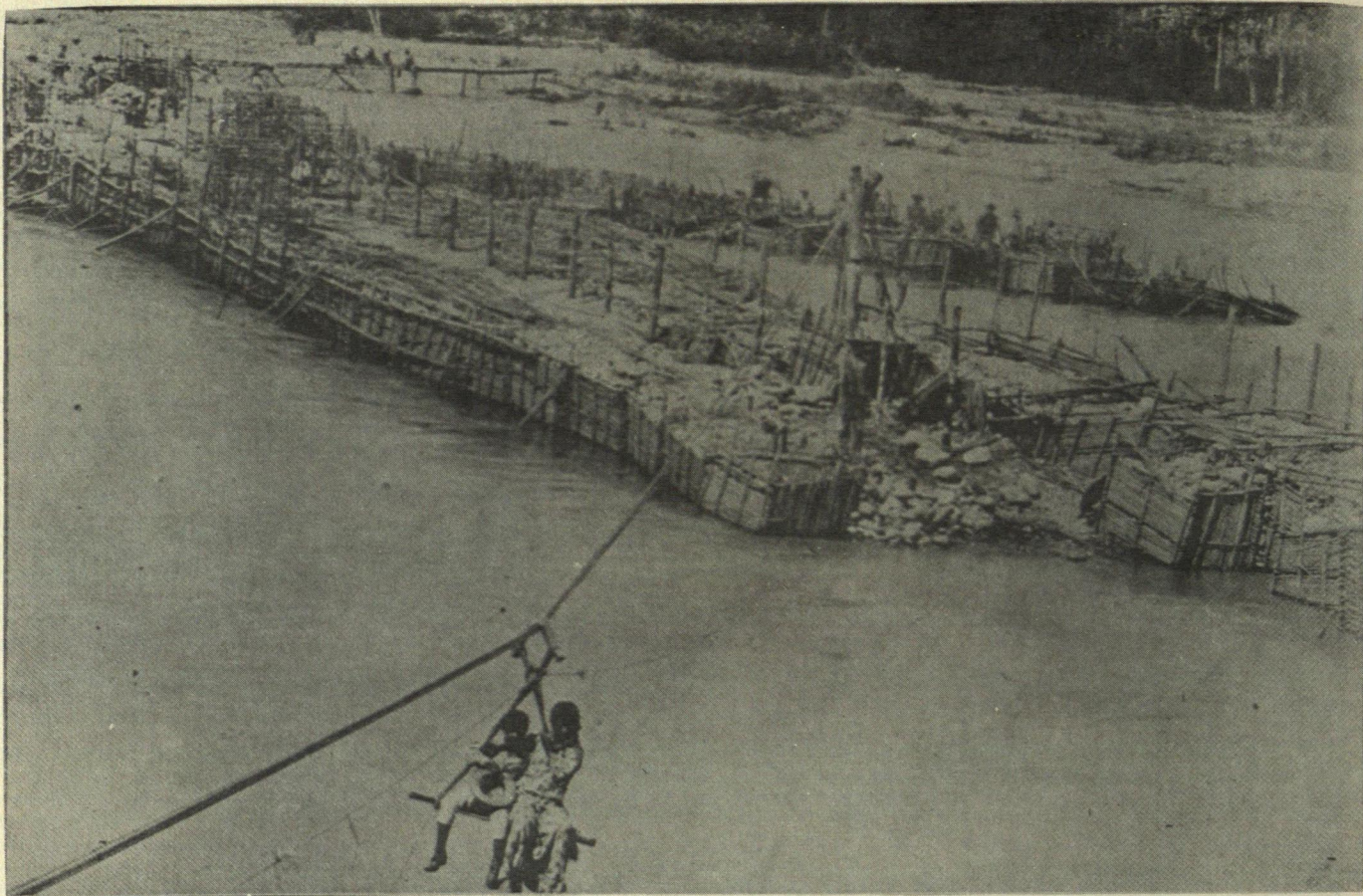
En el Salón Carré están reunidas las obras más notables del Museo; todos los maestros más distinguidos están allí representados: Rafael, de la escuela Romana; Leonardo da Vinci, Sebastián del Piombo y Andrea del Sarto, de la escuela Florentina; Ticiano, Pablo Veronese y Giorgione, de la Veneciana; Guido Reni, Aníbal Carracci y Guercino, de la Bolonesa; Correggio de la Lombarda; Rubens y Vandick, de la Flamenca; Murillo, Velázquez y Herrera, de la de Sevilla; Rembrandt, Ostade, Metz y Terburg, de la Holandesa; Rigaud, Poussin, Claudio de Lorena, Jouvenet y Champaigne, de la Francesa. Todos son maestros del arte que se hizo divino desde el Renacimiento, en que oficiaron Rafael, Miguel Angel, Leonardo da Vinci, Correggio, Andrea del Sarto, y tantos otros. Las obras son grandes, ya por la concepción, por el sentimiento, por el colorido, ó por el dibujo. Merecería cada cuadro una revista aparte, y cada autor, que se le dedicasen unas páginas á sus triunfos y á sus luchas, llenas de datos preciosos para los que aman el arte y se interesan por las palpitaciones del genio.

Allí están los vigorosos retratos de Van Dick, y los célebres paisajes de Poussin y de claudio de Lorena; allí se encuentran aquellas sencillísimas escenas de familia en que tanto ha descollado la escuela Holandesa, y aquellas telas inmensas, llenas de vida y movimiento, que han dado celebridad á Pablo Veronese. Allí está la celeste *Gioconda*

de Leonardo da Vinci, que merece ella sola un libro, para interpretar aquella sonrisa indescriptible y bella, que encierra un poema; no se sabe si de tristes decepciones ó de amores felices; la sonrisa de Gioconda es enteramente sugestiva, en ella se entreven sombras nostálgicas que pasan por su rostro y desaparecen insensibles; el rostro de Gioconda es una historia y su sonrisa es un misterio. El que se detiene á contemplarla, necesita hacer un gran esfuerzo para abandonar á la deliciosa *Monna Lisa del Giocondo*, que apasionó á Leonardo da Vinci, y lo obligó á trabajar cuatro años en ella, sin que el pintor se declarase jamás satisfecho y diese por terminada su obra favorita.

El Correggio tiene allí una de sus obras maestras, uno de sus prodigios de claro oscuro: *Antiope*. La belleza de Antiope fue cantada en toda Grecia, y Júpiter, enamorado de la hija de Vietbreus, rey de Tebas, la sedujo. El cuadro representa á Antiope dormida sobre un césped, en la sagrada desnudez del arte, y á Júpiter disfrazado de sátiro, que la contempla furtivamente alzando el sutil velo que la cubre; el Amor, en el otro extremo del cuadro, finge que duerme. La luz cae voluptuosamente sobre Antiope haciéndola transparente y seductora; la belleza de la madre de Zethus y Amphion nunca estuvo mejor cantada que con el pincel de Correggio; cruel con la esposa de Eopeo.

La Amante del Ticiano y Jesucristo llevado al sepulcro, son los dos cuadros que tiene Ticiano en el Salón Carré; ambos son dignos de su fama, ambos están llenos de verdad y de una grande espontaneidad artística, vigorosa y sana. Andrea del Sarto no tiene allí sino su *Santa Familia*, que hace compañía en el Salón, á las *Santas Familias* de Rafael,



TARABITA SOBRE EL RÍO CHAMA— PARA EL TRABAJO DE LOS DIQUES EN DEFENSA DEL FERROCARRIL

Murillo y Rubens; la Santa Familia de Andrea del Sarto es bella y original, como todo lo del llamado por algunos *maestro sin error*; pero este pintor, lo mismo que los dos Palma, viejo y joven, lo mismo que Guercino, Dominiquino, y tantos otros, civilizadores del Arte; hay que estudiarlos en Italia, en donde viven sus obras en los templos, como santas reliquias, y defendidas por pueblos enteros.

*

Desde que nació en las Catacumbas el arte cristiano; y comenzó en Constantinopla, bajo la protección de los emperadores del Oriente, el arte bizantino, con sus exageradas riquezas y sus fuertes coloraciones; un desbordamiento de tendencias religiosas debía apoderarse de la pintura y algunos años más tarde, los pintores habían abandonado por completo el arte profano, y se entregaban de lleno al misticismo. En Italia, tal vez por el poder absoluto del papado, ó porque se habían hecho ya tradicionales los asuntos religiosos, no se pintaban sino Santos, Angeles, Vírgenes, Cristos, Apariciones y Santas Familias.

En el Louvre, en las salas destinadas á los cuadros más antiguos de la escuela Italiana, no se ven otros temas. Y desde la Virgen de Cimabue, todavía muy bizantina, siglo XIII, la más antigua del Museo; y las Vírgenes de Giotto, el célebre pintor florentino, que rompió de un solo golpe con la escuela Bizantina, fundando el *giottismo*, y dominando por más de un siglo á Italia, sigue una sucesión interminable de vírgenes y creaciones místicas: desde las Vírgenes semi-humanas de Mantegna, Lippi, Grillandajo, Sandro Boticelli, Cima Corregliano, Fray Angélico, Giovanni da Fiesole, Peruggino; hasta las Vírgenes verdaderamente adorables de Rafael y de Murillo.

El Louvre posee muchas obras de Rafael, entre las de más fama están: *Apolo y Marcyas*, *San Jorge*, *San Miguel*, *San Miguel derribando al Demonio*, *La bella Jardinera*, la llamada *Santa Familia*, de Francisco I, y algunas *Vírgenes*; estos últimos cuadros se encuentran en el Salón Carré. Las *Madonas* de Rafael no se parecen á las de ningún otro artista, son enteramente originales: una bondad llena de profundo respeto hacia el pequeño Jesús, y un amor inmenso hacia su Dios, hecho hombre, é hijo suyo, es la mezcla sorprendente que ha colocado en el bellísimo semblante de sus *Marias* el egregio pintor.

Rafael fue la cumbre del renacimiento italiano; discípulo de Peruggino, se hizo dios del Arte, y sus cuadros son todavía tabernáculos hasta donde llegan los maestros á solicitar humildemente inspiración, y á arrojarse ante el genio del dulce artista que creó con su pincel vírgenes madres de dioses, que dio formas á las melancolías del espíritu, y que hubiera creado religiones si no hubiera muerto apenas comenzando á vivir.

Rafael no tuvo sino un rival, que se hizo un trono con sus propias manos, y que también fue dios: Miguel Angel. Si Miguel Angel fue grande como pintor, y concibió los *frescos* de la Capilla Sixtina; fue más grande aún como escultor; aquel carácter altivo dio vida á los mármoles, y había sido hecho para romper bloques con su vigoroso cincel creador de inmortales y dispador de sombras.

Miguel Angel y Rafael son una sublime antítesis del arte en la manera de concebir; concepciones hijas de sus temperamentos; el uno era orgulloso, de fuertes músculos y de un cerebro poderoso; el otro era apacible, tierno y delicado. Miguel Angel sabía que era un genio, y replicaba á los papas y potentados, quienes muchas veces tuvieron que obligarlo á cumplir su palabra, en-

rrándolo á la fuerza donde debía trabajar. Rafael fue siempre el dulce soñador, creador de los idilios del cielo.

*

En el Salón Carré, el cuadro á donde se dirigen con más fervor los visitantes, y que está siempre rodeado de silenciosos apasionados, y de discípulos que lo copian; es una creación de Murillo, que anda por todo el mundo, reproducida bajo diversos tamaños, en láminas, grabados y pinturas: *La Asunción de la Virgen*. El renombrado pintor español, maestro del color y de la luz, parece que se inspiró en aquel paisaje del Apocalipsis: "Apareció un gran prodigio en el cielo, una mujer vestida de sol, que tenía la luna bajo sus pies, y sobre la cabeza una corona de doce estrellas."

Mística, envuelta en una aureola de oro y rosa, vestida de blanco, con un manto azul, y de pie sobre una media luna: se nos presenta la Virgen de Murillo. Flor perfumada de pureza pristina, que exhala de su cáliz una plegaria; y que convierte el pepló que la rodea, en nube de incienso, en vacilaciones de aire místico, que nos incitan á tener fe y á creer en ella. Suelto el cabello, dormidos los ojos, y dirigidos al cielo, la boca ligeramente entreabierta; se diría que de todo su rostro se desprende el hálito desvanecido de un éxtasis de amor. Es la casta, es la seductora de las almas vacilantes. Sus manos, muy pequeñas y sonrosadas, apoyadas sobre el pecho, parece que quisieran sacar de él el corazón para enviarlo al cielo, el lejano país de sus sueños. A sus pies jugueteaban caprichosamente pequeños querubines, puros y candorosos, que levantan sus manecitas y envían sonrisas de luz á la Virgen. Un músico convertiría aquel grupo de ángeles en una delicada melodía de acentos cadenciosos. Un ruiseñor les daría vida en un gorjeo. La



"CANEY" PARA ALMACÉN DE LA ADUANA DE CIUDAD BOLÍVAR

naturaleza nos los haría comprender con la puesta de un sol primaveral.

Hay tal tranquilidad en el conjunto, que al dirigir la vista hacia el cuadro, descansa el espíritu; el semblante sereno de la Virgen, que asciende en el aire, de un colorido muy tenue; aquellas cabecitas enloquecedoras de los querubines, que parecen manojos de tiernas flores; y la luz de oro, azul y rosa, que flota en el espacio, dan á la obra un tono silencioso de inefable dulzura. Allí van á orar los creyentes, y se inclinan con respeto los inspirados del arte.

Murillo y Velázquez han sido los dos pintores sobresalientes de España; Murillo escogió siempre asuntos religiosos; entre sus cuadros de fama se cuentan: *San Antonio de Padua*, *La Anunciación*, *Santa Isabel de Hungría y Moisés*. Velázquez prefirió la naturaleza y lo humano; el Louvre posee muy pocos cuadros de este maestro español, casi todos retratos, género en que lo comparan con Ticiano y Van Dick, por su manera original de pintar la carne y darle expresión á las fisonomías. Entre las obras de más fama de este pintor realista, se cuentan: *El Aguador de Sevilla*, *Los Borrachos*, *Las Hilanderas*, *El Vino de Ballecas* y *Las Fraguas de Vulcano*.

*

Me habría vuelto místico contemplando la candorosa Virgen de Murillo, si al volver la cara no me hubiera encontrado con *Dejanira*, la encantadora virgen pagana, que es robada por el *Centauro Vessus*, y que también tiene allí su altar.

El cuadro es de Guido Reni, afamado pintor de la escuela Bolonesa, que no se cifió á determinado maestro, y que pintaba como se le antojara, siempre audaz y grande en sus concepciones. La escuela Bolonesa fue una escuela ecléctica, que tuvo como Jefes á los Carracci, y en la que tanto se distinguieron Guido Reni, Dominiquino y Guercino;

criticaban en ella el exceso de movimiento, el movimiento atormentador y casi exagerado de sus cuadros. El Guido fue el primero que tomó para sus mujeres, como modelo, el tipo griego, la perfección helénica.

La obra está inspirada en un bellissimo pasaje de la mitología: Hércules y Achelous, enamorados de Dejanira, convinieron en decidir la suerte de la joven princesa en un combate; vencedor Hércules, la obtuvo como premio. Conducíala á su patria, cuando tuvo que detenerse ante las aguas del caudaloso Eveno; el centauro Nessus se ofreció á llevar sobre su espalda á Dejanira; Hércules pasó el río, y vio sorprendido que el centauro se disponía á seducirla en la orilla opuesta. El héroe le atravesó con una flecha teñida con sangre de la hidra de Lerna.

Canta la mitología, que Nessus, ya moribundo, entregó á Dejanira su túnica ensangrentada, diciéndole que hiciera cubrir con ella á Hércules si deseaba que jamás le fuese infiel. Algún tiempo después, Hércules enamorado de Iola, recibió de las manos de Lichas, su esclavo, como presente de Dejanira, el manto de Nessus; pero el hijo de Júpiter y Alcmena, vencedor de dragones y de hombres, tal vez ignoraba que la sangre de los centauros era venenosa; se cubrió con el manto, y desde ese instante lo mortificaron horribles dolores, y el manto se pegaba más y más á sus huesos. Hércules, desesperado, formó una pira, y se quemó en ella; Dejanira, al saber que su amante ya no existía, se dio la muerte; y Nessus, el hijo de Ixion y de la Nube, quedó vengado. De la sangre de Dejanira brotó una planta que se llamó *ninfa*; Lichas, arrojado por Hércules al mar, se transformó en roca; Hércules, llevado por Júpiter al Olimpo, se hizo semi-dios, y se unió á Hebé, la diosa de la Juventud.

Dejanira está sobre la espalda de Nessus, que la sostiene con sus biceps atléticos; el

centauro presenta su poderoso torax, que casi se sale del lienzo; en la cara, sonreída y burlesca, lleva marcada la furia de la posesión y la feroz alegría del éxito feliz. La figura del centauro ocupa toda la parte inferior del cuadro. Y encima, con la angustia reflejada en el rostro, y luminosa, envuelta en luz sensual y tibia: se alza la gallarda virgen pagana, delirante y voluptuosamente hermosa. Es la forma triunfante que seduce. Su busto resalta sublime, y el claro-oscuro que acaricia la frente, lleva á sus ojos una mirada que atrae, y á sus labios ardorosos el deseo de estrecharla y darla un beso de fuego muy largo y prolongado.

Dejanira va vestida de amarillo y púrpura; sus cabellos son negros, tan bellos como sus bellos ojos, que abrasan con el fulgor sensual de sus pupilas. El cielo es de un azul pesado, con nubes blancas de bordes tormentosos. Sobre el lomo del centauro está el funesto manto. Y en el fondo, muy lejos, del otro lado del Eveno, se ve la figura de Hércules, hecha casi de fuego, que lanza la flecha envenenada; una de aquellas, con que tiempo atrás, en su arrogante vanidad, pretendió herir al Sol.

*

.....Ya en la calle, al abandonar el Louvre, al contemplar desde fuera sus ricas fachadas, sus columnas corintias, sus pórticos, sus cariátides, sus innumerables estatuas y grupos alegóricos; se experimenta cierta tristeza silenciosa; tal vez la nostalgia de la patria ausente, comparada y humillada ante el palacio colosal; tal vez la tristeza interior de todo lo que ignoramos todavía.No sé; pero en aquel recinto ha quedado algo de nuestro espíritu, que vaga solitario en el tibio ambiente de aquellos salones eternamente misteriosos.

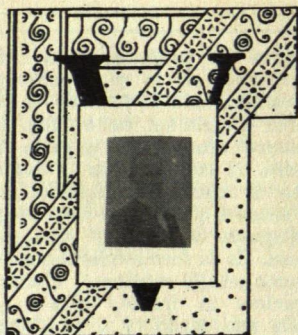
PEDRO CÉSAR DOMINICOL

París: agosto de 1895.



"CANEY" PARA ALMACÉN DE LA ADUANA DE CIUDAD BOLÍVAR

EL SOMBRERO



OCABLOS hay cuyo sonido es imitativo de la cosa que significa.

Esas son las palabras que la Retórica llama onomatopéicas; y sabido es que la onomatopeya es la pintura de los objetos por los sonidos.

Existen así mismo palabras que parecen derivadas de otra voz, por razón de la semejanza ó identidad de sílabas entre ésta y aquellas. No sé en qué grupo las haya colocado la Retórica.

Esto ocurre con el sustantivo sombrero.

No sé tampoco que los filólogos hayan investigado y descubierto su etimología; pero no puede negarse que con la palabra en cuestión tiene afinidades maternas el sustantivo *sombra*.

¿Quién, al oír la palabra sombrero, no siente frescor, cual si sombra benéfica descendiera de pronto á guarecerlo de los rigores del fuego que viene de lo alto?

Sombrero se traduce al francés por *chapeau*, palabra ésta que, si no me equivoco, viene de la voz latina *caput* que significa *cabeza*; y por ende, se me antoja creer que el sombrero sirve para darle sombra.

De seguro que por eso usaban los hombres, allá en remotos siglos algo de grandes dimensiones que los guareciera de la inclemencia del sol. Fue su intento, sin duda, evitar por medio de la sombra que les daba aquel sombrero, el tabardillo que pudieran acarrearles los rayos del astro luminoso; y parece, por lo tanto, que la palabra sombrero viene de la palabra *sombra*, aunque no lo hayan dicho, ni lo digan jamás los etimologistas.

El sombrero que se usó en aquellos tiempos era de alas anchísimas que daban sombra, llevando así el objeto para que fue creado.

Comprendido esto por uno de mis amigos, hombre de arrogante estatura que aduna á su valentía y táctica militar su renombre de literato y de poeta, se cubre ordinariamente con sombrero *de verdad*, esto es, con sombrero de anchas alas, guareciendo así, no sólo la cabeza, sino también todo lo que hay en ella de grande y de hermoso y de magnífico.

También lo comprendió perfectamente uno de aquellos hombres notables de hace largos lustros, notable por su arrogancia, por su rectitud, por su sapiencia. No usó nunca sino amplio sombrero de jipijapa, verdadero refugio contra las congestiones cerebrales.

Y ya que á la memoria me ha venido el recuerdo de aquel honorable ciudadano, no me es posible resistir á la tentativa de referir un incidente de su interesante vida.

Desavenencias políticas lo lanzaron de la Patria; y allá en el ostracismo recibió muy luego la noticia de que su familia, casi toda, había perecido, víctima de una enfermedad terrible.—Habiendo averiguado el nombre del médico que le prodigó sus cuidados, escribió á éste la carta siguiente: "Aquí en esta isla á donde me han traído las desgracias de mi patria, he sabido que usted asistió con todo interés á mi mujer y á mis hijos que yacen hoy bajo la losa del sepulcro. Doy á usted las gracias. Pero me ocurre una reflexión que no quiero dejar entre la tinta. O la ciencia médica carece de recursos para combatir algunas enfermedades, caso en el cual, maldigo la ciencia médica, ó posee ella esos recursos, que usted, señor doctor, no supo utilizar, caso en el cual, lo maldigo á usted, como maldigo su ignorancia."

¡Qué hombre aquél!

Perdóneseme la digresión y volvamos al sombrero.

Errónea es la definición que de esta palabra hacen los diccionarios, por cuanto consideran el sombrero como adorno de la cabeza; siendo así que no es otra cosa que un apa-

rato para abrigar la *cúspide* de esa pirámide irregular y defectuosa que se llama hombre.

Pase ese adorno en cuanto al sombrero de la mujer, el cual, á la verdad, no es sombrero, sino monísima galanura de tamaño mínimo.

Pero no lo dejo pasar en cuanto al sombrero del hombre. ¿Para qué diablos necesita éste llevar adorno en la cabeza? Lleve, en hora buena, los que el destino le imponga: esos son inevitables.

Sombreros diminutos, breves, invisibles..... Muy buenos para las damas, de suyo caprichosas en materia de galas. Y nada hay que decir de sus caprichos, por más que algunos carezcan de esa gracia encantadora que ellas saben comunicar á todo. Uno tienen que es atroz, capricho nuevo con ribetes de ridículo, que bien podrían cambiar por cualquier otro. Salga usted á la calle, y ya verá que todas, sin necesidad, andan recogiendo el traje..... Y si encuentran en el tránsito á algún amigo, no por eso dejan de darle la mano, tal como la tienen, allí donde está puesta.

Caprichos femeniles..... y como tales, dignas de disimulo, aunque no por eso excluyen la advertencia.

Pero que un hombre tenga el capricho de llevar sombrero de mentira, sombrero de muñecos, sombrero *camarita* que ni cubre ni abriga..... eso no me lo explico.

El que lo lleva, no sólo está al aire y al sol, sino que hace la figura de un monigote con bonete.

Y aquí vienen bien, por conclusión, aquellos alejandrinos de Molière:

"Je veux une coiffure en dépit de la mode
Sous qui toute ma tête ait un abri commode."

J. J. BRECA.





)))
LATONA

POR F. CARO

—

Salón de los Campos Elíseos (1895)



CHANZAS Y VERDADES

EL "QUE DIRAN"



o es un sér anónimo, puesto que todo el mundo lo conoce por su nombre. No tiene existencia material, pues que nadie lo ve. Y, sin embargo, es lo más temido para todo el mundo.

El que no les tiene miedo á los muertos, le teme á él, que no vive.

El que tiembla ante los vivos y se ríe de aparecidos "se mide" cuando él le viene á las mientes.

Al que se mofa de las visiones de ultratumba y es capaz de "enfrentársele", él solo, á cuatro ó cinco, le preocupa, cuando menos, su opinión.

A todo el mundo le mete el resuello para adentro, menos á los políticos, que no les temen á los muertos, ni á los vivos, ni á él, con ser tan poderoso.

Cuántos hay que, por miedo á él, fingen valor ante vivos y muertos! Casi sin temor de propasarme, podría asegurar que la mayoría de los valientes lo son por miedo á él.

Regla general: *El valor es relativo. Quien no teme á nadie ni á nada, teme al "QUE DIRAN."*

Esta regla tiene, como ya he dicho, entre otras excepciones, esta: los políticos de todas partes. Quiero hacerme la ilusión de esa universalidad, y perdonen ustedes mi patriotismo.

Cuál sea el poder de eso de que vengo hablando, queda revelado con el hecho siguiente: hasta los criminales convictos rehúsan frecuentemente confesar su crimen, porque comprenden que casi no cabe en lo humano decirle á él, cara á cara y frente á frente: "yo he cometido un crimen; bueno, y ¿á mí qué?"

Ese él, puede también ser ella, según el caso. Pero no se crea por eso que cambia de sexo ó que es común de dos. El que sea masculino ó femenino depende de como se concrete.

A los políticos no se les presenta él, sino ella. Quizás á esto se deba el poco caso que suelen hacer de la opinión pública.

A las mujeres se les presenta siempre él, y, cosa singular, las solteras le atienden más que al novio, las casadas más que al marido, y las viudas no piensan más que en él; sin que ello obste para que unas y otras le vuelvan la espalda cuando les viene en gana.

Puede aplicársele lo que dijo Tejera de Micolao y Sierra: "es una especie de Mágico 'prodigioso, que lo veís y no lo veís y lo tenéis presente y jamás lo conocéis.'"

Lo raro es que todo eso es, y todo eso hace, antes de efectuarse, cuando sólo está en potencia. Después es peor aún, pero ya no es el mismo: se presenta como realmente es, vario, contradictorio, y en las más de sus manifestaciones mortífero.

En efecto, el "qué dirán" cuando deja de ser una presunción, cuando pasa de la potencia al acto, se transforma, y el "qué dijeron" toma el nombre de censura, si no el de difamación, ó lo que es peor, el de calumnia.

Personalizémosle, figurémonos que es un personaje enmascarado que discurre por todas partes, armado de ese chisme óptico moderno llamado "impertinente" que asesta aquí y allá

para mirarlo todo con el par de ojillos picarescos que se asoman por los agujeros del antepecho. Tratemos de verle en acción.

Un padre de familia, retado á cambiar una bala en el campo del honor con un desalmado, contempla, presa de indecible angustia, el doloroso cuadro de una viuda inconsolable, rodeada de hijos huérfanos; y mira el hogar de sus encantos, de sus desvelos, lanzado de súbito, como nave sin piloto á los furores del océano, sin jefe y sin amparo al combate de la vida. Tiembla, gime, vacila, y ya á punto de renunciar, en fuerza de santísimo deber, al acordado lance, advierte que el personaje enmascarado le dirige los lentejos; y vuela el infeliz al sacrificio, y perece, y la tragedia del desolado hogar, que empieza con tan terrible escena, tendrá fatal y no menos terrible desenlace. Y ¿qué hace el "qué dirán"? Desaparece, cede el puesto á la Crónica, dama que charla hasta por los codos, sin substancia, que aprueba y desaprueba á un tiempo mismo, que tan pronto dice: "muy bien; dejó el honor bien puesto," como exclama: "¡qué barbaridad; hacerse matar por una tontería!"

El *qué dirán*, convertido en *qué dijeron*, no ha hecho sino devorar en el platillo de la crónica el sabroso tema de una desgracia irremediable.

Es el verdugo de la sinceridad, el aro de hierro candente dentro del que se aísla el hombre entre sus semejantes, la pauta absurda de casi todas las acciones de los que no llevan en el alma la luz de la moral genuina.

Se cierne invisible sobre los mortales, ya para apagar en los ojos de la doncella amante la mirada en que puso el alma entera, ya para detener en el borde de los labios la palabra que salía con el calor del corazón; ahora para hacer caer con desaliento los brazos que efusivos se tendían, ahora para hacer que se estreche la mano que se quisiera ver cortada. Dé velar un relámpago de odio en tal pupila, pasa á arrancar de cuáles labios la mentira, y es la principal de sus funciones la de engendrar la hipocresía.

El es quien, llamándose "respeto humano," prohíbe á los creyentes tibios el culto franco y la pública y enérgica confesión de la fe, que acaba por desvanecerse; y quien guía á la madre desnaturalizada y criminal hasta la puerta del templo ó de la inclusa, para que al abandonar al que llevara en sus entrañas de hielo, añada el crimen á la deshonra y luego cubra á entrambos con el velo de la virtud mentida.

Es al mismo tiempo la amenaza permanente de una reprobación que ni razona ni suele fundarse en la justicia; el temor de un fallo antojadizo en causas nunca sustanciadas.

Pero suprimámosle del mundo y asistiremos al derrumbamiento definitivo de la sociedad. Aislado y mudo ante la magnitud de la catástrofe quedaría el grupo de los que llevan en la conciencia la norma de sus propios actos é informe de justicia para los ajenos.

Suprimid el *qué dirán*, y así como párate veloz y ruidosa la locomotora, apenas se da al vapor libertad para moverla, correrá triunfante, rauda, escandalosa la desfachatez de un extremo á otro de la tierra, con lo cual establecido quedará el reinado de la desvergüenza y el cinismo en insolente maridaje.

Sucediera acaso al mundo lo mismo que á un pueblo donde resultara falsa la mayor parte de la moneda circulante y esta se recogiese de improviso sin que quedase al punto sustituida con legítimo valor. Ni quedara piedra sobre piedra del edificio económico, ni quedara piedra sobre piedra de la bábélica torre de la sociedad presente, suprimido el *qué dirán*.

El temor al *qué dirán* es el conocimiento instintivo de la propia talibilidad; la voz íntima que se esfuerza en revelarnos la existencia de suprema ley. Pero la ignorancia y la vanidad desvían nuestro juicio y hacen que coloquemos la ley en la unidad imposible de múltiples y en contrados pareceres.

EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA.



DE ARGELIA Á PARIS

FOR MARGARITA DE PIMENTEL
(Margot)

Argel.

FEDERICO Á EUGENIA



Querida hermana:

Ayer me incorporé al ejército. El General Berg me ha nombrado su ayudante de campo y me demuestra grandes consideraciones.

Ah! qué largos me parecen los días desde que nos separamos! Cómo borrar de la imaginación los acontecimientos que han pasado! El

único consuelo que me queda, es hablar contigo de ese pasado, que no puedo, ni quiero olvidar! ¡Cuán presentes tengo en la memoria, todos los sucesos de nuestra vida desde la más tierna infancia!

En mis momentos de desesperación, me pregunto; ¿por qué Dios permite que haya seres destinados á sufrir sin tregua? ¡Pobres seres que jamás han gozado de un solo instante de felicidad!

¿Te acuerdas, Eugenia, de nuestros queridos padres?

¿Cómo olvidar nunca sus últimos instantes!

Me parece aún ver á mi padre cuando con voz trémula y turbada ya por la agonía, volvió hacia nosotros sus moribundos ojos y exclamó:

¡Infelices hijos míos! ¡Me voy y os dejo abandonados sobre la tierra! ¡Cuántas amarguras presiento para vosotros! Desearía arrancaros de este mundo falaz y transitorio, y llevarlos conmigo más allá de la tumba!

¡Cuán presentes tengo siempre esas palabras!

¡Y nuestra tierna y santa madre!

¿Cómo palpita mi corazón de entusiasmo y de dolor á un tiempo, al recordar sus virtudes!

¿Qué abnegación tan sublime!

¡Te acuerdas, cuando en los cortos momentos que le dejaba libre el continuo trabajo á que se veía sometida, llevándonos de la mano, se dirigía hacia el mar? Me parece verla, vestida de negro; sus largos cabellos trenzados le caían sobre la falda; la mirada melancólica de sus ojos pardos se fijaba allá á lo lejos, donde el horizonte se confunde con las nubes. Tú, á sus pies, jugabas con las piedrecitas de la playa; yo, saltando de peña en peña, cogía, ya un caracol, ya un puñado de musgo que arrancaba de algún peñasco. Cuando alegre y bullicioso volvía hacia vosotros, al verla suspirar tristemente, colgándome de su cuello, le preguntaba: ¿En qué piensas mamá? Por qué estás triste? Entonces ella abrazándonos con ternura me decía:

¡Ay, hijo mío! Quiera el cielo cambiar vuestra suerte, y que nunca podáis medir mi dolor por el vuestro!

No creo que nadie haya tenido más valor para luchar con la desgracia que aquella santa mujer! ¡Cuando pienso en lo que sufrió aquel sér tan noble, viéndose próxima á dejar la vida!



UN TALLER DE PINTORAS EN FLORENCIA

En su semblante demacrado se advertía un dolor profundo; sus ojos brillantes por la fiebre, se fijaban con ansiedad en la puerta de la habitación. A cada instante se dirigía con entrecortado acento al sacerdote que la auxiliaba, murmurando: Padre mío! ¡Permitirá el cielo que muera antes de tener el consuelo de entregar mis hijos al fiel amigo de mi esposo!

Ah! cómo no querer, cómo no bendecir, á nuestro noble protector!

Cuando pienso cómo se presentó en aquella humilde morada á llevar la tranquilidad á nuestra madre moribunda!..... Cuando recuerdo los consuelos que le prodigaba, y aquel acento de bondad con que le decía: No temáis nada, amiga mía; los hijos de mi querido Carlos lo son míos, de hoy en adelante, en vez de uno, tendré tres, y os juro por la memoria de mi querido compañero de la infancia, que no haré diferencia alguna entre ellos..... Entonces, me siento con fuerzas para sacrificarle de nuevo, si fuera necesario, mi único y ardiente amor!

Mi querida Eugenia, escíbeme siempre, porque sin tí, sin tus consuelos, no sé qué sería de mí.

París: Convento de las Ursulinas.

EUGENIA Á FEDERICO

Querido hermano:

¡Cómo he sufrido al leer tu carta! ¡Qué se ha hecho de aquel valor que demostraste durante la prueba á que nos sometió la Providencia!

Es verdad que hemos sufrido con exceso, que nuestro corazón se ha destrozado en la lucha; pero en cambio, podemos gozar de la satisfacción de haber cumplido nuestro deber.

Tú mismo ¡No sientes, que te sacrificarías de nuevo por nuestro querido protector! Y si es así ¡por qué desesperarnos? Yo creo firmemente que con nuestro carácter, con los sentimientos que nos legaron los seres privilegiados á quienes debemos la vida, y con el cariño y gratitud que tenemos por nuestro segundo padre, si nos hubiéramos dejado arrastrar por nuestro amor, causando de ese modo la desgracia de aquel hogar sagrado que nos cobijó en su seno, entonces sí, debiera haberse apoderado de nosotros una profunda desesperación!

¡Por qué dudas de la bondad del Creador? ¡Por qué te atreves á juzgar sus acciones? No procedas como la generalidad de los hombres que, al sentirse desgraciados, se revelan contra Dios. El no nos prueba nunca más allá de donde alcanzan nuestras fuerzas.

Y, además, hermano mío, ¡puede el hombre asegurar que lo que anhela con tanto afán, una vez logrado, cause su verdadera felicidad?

Después que me retiré de todo y que me he entregado á meditar en la fragilidad de las cosas humanas, siento que sufro, es verdad, pero sufro en calma, esperando con tranquilidad, el instante de la partida hacia ese mundo ignorado, donde espero encontrar la verdadera felicidad!

Adiós, querido Federico, ten fe, y espera en Dios, que él no abandona nunca á los que sufren.

FEDERICO Á EUGENIA

Argel.

¡Pobre hermana mía! ¡Pretendes engañarte á tí misma! ¡Sufres tanto como yo. La diferencia que existe entre los dos, es que tu dolor, templado por la fe que te anima, no asoma á la superficie, tiene sus tempestades internas; mientras que el mío, no encontrando nada que lo mitigue, se desborda como iracunda catarata!

Tú sabes la lucha que se estableció durante mucho tiempo, entre mi pensamiento y mi voluntad. ¡Y qué conseguí con eso, querida Eugenia? Agotar mi fatigado espíritu, y entregarme por completo á mi funesta pasión!

¡Qué de variedades tiene el dolor!

El tuyo te desprende de la tierra y te hace pensar en un mundo superior á éste; el mío, me encierra en un círculo estrecho, donde no encuentro otro mundo que el de mis recuerdos!

¡Te acuerdas de los primeros años que pasamos en casa de nuestro bienhechor!..... ¡Cómo olvidar las delicadas atenciones, las constantes pruebas de ternura que nos prodigaron, á nosotros, pobres huérfanos desvalidos sobre la tierra!

Ah! querida Eugenia! como esas aves marinas que, al emprender el vuelo hacia las nubes, rozan apenas con sus temblorosas alas la espuma de las ondas, así también nosotros, ántes de abandonar el nido que nos dio calor en la orfandad, sonreímos apenas un instante á la felicidad en la aurora de la vida!

Ya el día toca á su término; los celajes de la tarde van tomando esos pálidos matices con que se viste la naturaleza para recibir la noche.

Sentado á la puerta de mi tienda de campaña, oigo el ruido y la algazara que hacen mis compañeros de armas. ¡Qué contentos están con la victoria que hemos alcanzado sobre el enemigo! Y yo, en cambio, con cuánta indiferencia he visto colocar sobre mi pecho la condecoración de honor, después de terminada la batalla! Y cómo no! ¡Acaso merece premio el valor que nace del desencanto de la vida!

Si supieras el ardor con que me lanzo á la pelea! El ruido del combate me atrae!

Cuando veo tantos infelices caer bajo las balas que, llenos de ilusiones y esperanzas para lo por venir, entran con temor en aquella lluvia de fuego, y me veo á mí, que no las evito, salir ileso, siento impulsos de revelarme contra las injusticias de la suerte!

Al llegar la noche, en esa hora en que todo está en calma y mis compañeros descansan de las fatigas del día, entonces me entrego á pensar en mi amada!

¡Qué llenos de encantos se presentan á mi imaginación los días que pasé á su lado, ántes de conocer mi fatal amor! Y la angustia que se apoderó de mí, al descubrir que la amaba con todas las fuerzas de mi alma! Qué continuo tormento!

Cuando sus hermosos ojos azules, me miraban con ternura, cuando su voz impregnada para mí de todas las melodías de la tierra, me decía con dulzura: ¡Qué tienes, Federico? Por qué has variado conmigo? ¡No eres feliz? Ah! entonces mi corazón se partía, al verme obligado á sonreír, á mentir, sabiendo que, con una sola palabra, habría sido mío aquel amor que encerraba para mí, tesoro inagotable de ventura!

Pero ¿cómo aceptar una felicidad, que mi gratitud y hasta mi dignidad me prohibían? ¡Quién era yo? ¡Y qué podía ofrecer á la heredera de tantos millones? ¡Acaso era posible que la hija mimada de la fortuna se enlazara al naufragio de la suerte?

Además, nuestro querido bienhechor, me había confiado varias veces sus proyectos para lo por venir: no aceptaría nunca para su hija sino un hombre que perteneciera á la nobleza.

Cuando á fuerza de fingir á aquel ángel adorado, logré desvanecer el cariño que, sin darse cuenta ella misma, se había ido apoderando de su sér, entonces resolví partir, alejarme para siempre de Carlota!

Eugenia, ruega á Dios que tenga piedad de tu infeliz hermano!

¡Por qué te entregas de ese modo á la desesperación? ¡Crees que eres el único sér desgraciado sobre la tierra? Te olvidas que yo también, fui arrastrada á este santo asilo por la violenta tempestad que te arrebató en sus ráfagas!

¡Piensas que no derramé muchas y amargas lágrimas al ver destruída mi felicidad, mis esperanzas de ventura, desvanecidas con la rapidez de un sueño!

Cuando descubrí que Carlota amaba al Conde, no vacilé un instante en cumplir con mi deber, deber sagrado, que exigía de la hermana el mismo sacrificio del hermano! Rechacé con aparente frialdad el amor que me ofrecía el Conde, amor en que cifraba yo mi única dicha: con estudiada crueldad disipé una á una todas sus ilusiones, hasta que él, mortificado en su orgullo y llevado por el despecho, pidió á nuestro protector la mano de mi querida hermana adoptiva.

¡Dios era el único que podía llenar el vacío de mi alma! Resolví entrar al convento y de ese modo completar mi obra. Esperaba que el Conde, perdida para siempre la esperanza de conquistar mi afecto, sentiría, poco á poco, brotar en su alma apasionada verdadero carifio por la que va á ser su esposa.

¡Recuerdas cuando llegamos al convento!..... Rendida por tantas emociones, caí en tus brazos sin fuerzas para decirte adiós!

Y bien, hermano mío ¡qué hice entonces? Por un esfuerzo supremo de voluntad, desprendí mi espíritu de la tierra, y elevándolo hacia el Eterno por medio de constante y fervorosa oración, conseguí darle una paz, una tranquilidad inalterable!

El cambio que se ha efectuado en mi sér, me hace el efecto de un torrente que, desbordado por la tormenta, arrastra en sus aguas todo lo que encuentra en su camino, y que retenido luego por dique infranqueable, se desliza al fin con tranquila mansedumbre!

Piensa, querido Federico, que la existencia es fugaz, tan fugaz, que cuando creemos estar al principio, llegamos ya al fin de la jornada!

Entonces si nos espera la eternidad, y es para ella para la que debemos prepararnos!

Orán.

FEDERICO Á EUGENIA

Eugenia mía:

¡Pocas horas me quedan de vida!

El exceso de mi dolor, al llevarme demasiado lejos, va á terminar mi triste existencia!

Hoy, al despertar, he visto el día levantarse radiante de luz, de flores y de perfumes! La naturaleza entera tomaba parte en los desposorios de mi adorada Carlota!

¡Sólo yo tenía la muerte en el alma!

Inconscientemente, contemplaba los últimos preparativos que se hacían para dar la batalla decisiva.

De improviso, no me culpes hermana mía, no sé lo que pasó por mí, me dirigí al General en Jefe y le dije: Desearía que me dierais el mando de una columna.

Bien, me contestó, pero os recomiendo que moderéis vuestro valor.

Poco después entramos en batalla.

¡Cruel sarcasmo de la suerte!

Con mi valerosa columna alcancé la victoria. Ah! si supieras los esfuerzos que hice entonces por contenerme! Era imposible! La sangre hervía en mis venas; las palpitaciones del corazón me ahogaban, sentía como si una mano de hierro me oprimiese fuertemente el cerebro. Solté las bridas y apretando con fuerza los ijares de mi caballo, corrí con ímpetu extraordinario á estrellarme en las bayonetas enemigas!

¡Estoy prisionero y herido de muerte! Carlota no se borra un instante de mi imaginación! ¡Me parece verla sonreír como en los días fugaces de nuestro amor!

Ya el sol esconde sus últimos rayos; las sombras de la noche se aproximan!..... A mí también, querida Eugenia, me abandonan las fuerzas!

¡El destino me persigue hasta más allá del sepulcro!

¡Ni una humilde losa marcará el lugar donde dormiré el sueño eterno!.....

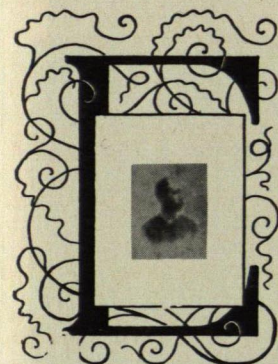
Desearía, hermana mía, haberte comunicado todos mis pensamientos hasta el último instante de mi vida; pero imposible, mi temblorosa mano se niega ya á sostener la pluma!..... Eleva al cielo una plegaria por tu infeliz hermano!

Siento un frío glacial que corre por mis venas!

Ya no puedo más!..... Eugenia..... Carlota..... amor mío..... adiós!



MAGNANIMIDAD



RA Cristina bella y agraciada. Pero no voy á dibujar una forma de mujer—que ni da ni realiza merecimientos. Voy á contar la breve y sencilla historia de una joven ingenua, y la de un hombre cuya generosidad rayó en abnegación.

La niña, aunque pobre, de fina educación, se había dejado amar de Pedro, mozo honrado, pero tosco, habituado á las recias labores del campo y ajeno á las aficiones cultas de la buena sociedad. Se querían con la inocente pasión de las almas á quienes mueve el casto aliento del amor primero como á la temprana rosa la fresca brisa de abril.

Acertó á establecerse en la vecindad un labrador acomodado, de maneras cultas, airoso porte y conversación fácil y amena; el cual llegó á prendarse de las gracias de Cristina, á quien solía ver los domingos en la misa del pueblo. Procuró, no obstante, contener su inclinación, porque no quería bajar de su rango social, dándole mano de esposo, ni se avenía su honrado carácter con el odioso intento de engañar á la inocencia, hollando sus fueros, sagrados sobre todos los fueros.—Bien sabía él que la probidad no consiste tan sólo en guardar la propia honra, sino así mismo, en no lastimar la de otros, mucho menos la de una mujer, y que no puede llamarse hombre de bien el que para seducirla le promete lo que no ha de cumplir, y engañándola le prepara los amargos sinsabores que la vergüenza hace probar.

Empero, si los estorbos que otros oponen á una pasión naciente suelen ser nuevo y más eficaz incentivo para el ánimo alterado, los que uno á sí propio se forja, también avivan la llama hasta convertirla en incendio. En aquella lucha consigo mismo, quedó pues vencida, no la virtud de Carlos, que se mantuvo incólume, sino la preocupación que le apartaba de ofrecer su mano á la aldeana.

*

Con expresivas miradas dejó conocer desde lejos á Cristina su afición, siguiéndola al templo y á los demás lugares que ella solía visitar; y por último presentándose un día en su casa, le dijo de improviso:

“Cristina vengo á saber si queréis recibirme por esposo.”

Atónita, y como fuera de sí quedó la joven. Siguióse un silencio mortal que dejó oír distinta y separadamente la respiración de cada cual, con esta diferencia: la de él iba lentamente sosegándose; como que había aliviado su alma de un gran peso; la de ella, antes regular y pausada, aceleraba sus palpitaciones, ahogándola casi.

“No puedo, no puedo, señor,” dijo al fin con voz entrecortada y débil.

“No os precipitéis,” replicó él con ademán de súplica. “Oídmeme: mi afecto no es de ahora; hace más de seis meses que estoy amándoos! Habéis de saber que he luchado con mi emoción continuamente, porque he pensado que no debía amaros, pero he sido abrumado por este sentimiento tan irresistible como honesto! Respeto y admiro vuestra finura y discreción. Oh! Cristina, yo os he observado cuidadosamente, he analizado con escrúpulo mis propios afectos, y puedo aseguráros que nada hay de irreflexivo en el deseo de haceros mi esposa! Decidme, queréis serlo?”

Turbada Cristina, dejó pasar como inadvertida aquella expresión tan encendida é ingenua.

“No rehuséis, por piedad,” imploró Carlos. “Nos iremos de esta pobre aldea, donde vuestras prendas no pueden brillar. Os presentaré en la buena sociedad, y allí, sin los fatigosos traeres de esta oscura vida lugareña, podréis dedicaros á vuestras aficiones artísticas. Haré cuanto pueda contribuir á vuestro bienestar. Tendréis carruaje, flores, pájaros, y todo género de goces honestos. Decid Cristina, queréis ser mi esposa?”

Cristina muy joven y sencilla: el estímulo muy fuerte: el tentador apuesto, honrado, rico, generoso. Urgentísimo trance para la debilidad de una mujer; mucho más para aquella imprevisiva criatura. Contestó, pues, con trémula y apagada voz: “Si quiero.”

“Dios os bendiga, Cristina!” y quiso el venturoso joven estrechar la blanca mano de la niña; pero ella, retrocediendo bruscamente exclamó con lágrimas en la voz: “dejadme.... hay cosas.... pero la tentación es muy grande.... no puedo resistir.... hay algo.... pero no puedo deciros ahora. Necesito pensar.... no puedo acostumbrarme á la idea de ser vuestra prometida.” Y apoyándose en una mesa, cubrióse el rostro con las manos, y rompió á llorar gritando desesperadamente: “Dejadme.”

“No os angustíéis, por Dios! Después me diréis con calma lo que tanto os apesara. Para colmar mi dicha bastame por ahora vuestra promesa.”

“Bien, pero idos, por favor!”

“No será mientras que no os vea tranquila.”

Entonces dominando aquella intensa emoción é irguiéndose ella repitió: “Dejadme.”

Moviósse él lentamente hacia la puerta murmurando: “volveré mañana. Adiós!”

*

Amaneció el día siguiente, y ufano andaba Carlos, llevando á la estafeta una carta en que anunciaba á su familia la feliz nueva de su pensado enlace, cuando se encontró con Pedro, que se iba, también de festivo humor á su tarea.

“Hola, Pedro, qué satisfecho me pareces,” dijo el caballero. “Vamos al afán de cada día, no? andando, pues, juntos, amigo. No te ví en la iglesia el domingo.”

“No señor, tuve que acompañar el entierro de un compañero de infancia. Junto con otros amigos debía yo portar el féretro al camposanto; pero sabe Dios cuánto me hubiera complacido en la misa!”

“Por supuesto, mi querido, el servicio del coro estuvo espléndido!”

“Ya me lo figuro, como que no me es enteramente desconocida la organista.”

Ruborizóse Carlos, y repuso: “Sí, sí,” aunque sin comprender lo que quería decir Pedro, que con su ufanía de amante venturoso, siguió diciendo: “Supongo que me comprendéis, señor? ¿No habéis oído hablar de mi noviazgo con la guapa Cristina?”

Palideció Carlos, y mirándole de hito en hito:

“No, nada he oído, respondió, turbado.”

“Pues bien, es mi novia, y nos casaremos cuando venga la cosecha. Yo bien quisiera que fuese ahora mismo, porque de aquí allá falta mucho pan que rebanar, pero mi viejo no quiere que sea antes, y naturalmente tengo que someterme. Pero ya pasará el tiempo!”

“Sí, pasará rápido, sí.” Pero Carlos pronunció estas palabras como inconsciente, y poseído de temblor nervioso. No pensaba sino en que la criatura que había atado tan estrechamente su albedrío era menos ángel que mujer!

“Y bien considerado,” continuó Pedro, “así es mejor, pues para entonces habrá buena provisión de granos en la troje, y las tres vaquitas nuevas serán ya de leche. Yo cruzo por aquí el río, supongo que seguís hacia arriba?” “Sí, adiós.”

Estúvose Carlos junto al parapeto del puente, viendo correr el agua sin mirarla y maravillado de que ella siguiese su curso, saltando por sobre las raíces de los árboles, que en la corriente se bañaban, y rodeando las asperezas de las piedras que pretendían contrastarla. Pasados diez minutos, sacó la carta del bolsillo, la hizo pedacitos que echó al agua, donde remolinaron, desapareciendo luego. Por último se alejó, tomando la vuelta de su casa, y allí, reprimiendo con intenso esfuerzo su agitación nerviosa, escribió;

“Señorita: El sentido de vuestras palabras y de vuestras lágrimas que no comprendía me ha sido revelado por casualidad. Hoy sé lo que ayer ignoraba: que no sois libre. ¿Por qué no me lo dijisteis? Suponíais acaso que yo lo sabía? Pues nó. Si yo lo hubiera sabido, mi conducta habría sido reprensible. Pero tal vez no merezcáis censura; no lo sé. Aunque la opinión que de vos tenía ha cambiado de un modo que no acierto á expresar, os amo y tenéis mi palabra. Pero, en justicia ¿creéis que es honroso abandonar á un hombre de bien que ha confiado en vuestra palabra? Soy vuestro sincero Carlos.”

Apenas había enviado esta carta á su destino, cuando un mensajero le llegó con otra. Con trémula mano rasgó el sobre y leyó:

“Estimado señor: He estado pensando toda la noche en vuestra proposición y en mi respuesta. Como mnjer honrada no debí daros la que obtuvisteis. Es propio de mi índole, acaso de la de toda mujer, el dejarme deslumbrar por el espejismo de una esfera más elegante y lujosa que ésta en que vivo. Sorprendísteis mi debilidad con vuestros halagos, y la lisonja me desvaneció. Sólo la impresión de estas cosas motivó mi respuesta: ambición y vanidad! Espero que después de esta franca explicación, me dejaréis recoger la promesa que tan inconsideradamente os hice. Otra súplica, señor: reservad lo que ha pasado entre nosotros. Si llegara á saberse, anublaría para siempre la dicha de un hombre confiado y generoso á quien amo, y amaré toda la vida. Soy vuestra sincera amiga, Cristina.”

La última réplica de Carlos fué esta: “Confesádselo todo. El os perdonará.”

*

Llegó el tiempo de la cosecha. No exhalaban los cafetos, los naranjos y los limoneros el fragante aroma de sus blancos azahares, sino el más suave de los maduros frutos, que iban ya á resarcir los largos afanes de la gente campesina; y había también en el aire el cantar “sabroso y no aprendido” de pájaros de variados colores, y zumbido de afañosas abejas, y rumor de aguas en que se quebraban jugueteando las luces alegres del asoleado trópico. Parecíale á Pedro que la naturaleza se engalanaba más que otros años; que las aves dilataban sus gorjeos; que los insectos alados acompañaban mejor con sus notas prolongadas y graves el timbre agudo de la parlara tribu; que el agua corría más pura y más ligera, para no dejar sus voces cristalinas fuera del otoñal concierto; y todo, en són de celebrar la ventura de los enamorados novios, cuya feliz unión había bendecido el Preste en nombre de Dios. No hay para qué decir que Cristina lucía también sus galas de más primor, como para confirmar una vez más el concepto del bardo hebreo: “Puede acaso una novia olvidar sus atavíos?”

De camino ya para su casa la enamorada pareja, dijo Pedro: “Cristina, somos felices, porque hay la más absoluta confianza entre nosotros. No tendremos nunca secretos, el uno para el otro, “no es verdad?” “No, desde hoy respondí Cristina.” Hizo bien: segura de su virtud y de su amor ¿por qué había de poner la más ligera nube en aquel cielo todo azul y dorado?

CRISTOBAL L. MENDOZA.

CUENTO

DIOS LO QUISO!

(POR XAVIER MARMIER)

Un día, el soberano de un rico país, durante una partida de caza, se alejó demasiado de su escolta, persiguiendo un ciervo.

En la tarde se encontró solo en medio de los bosques, no sabiendo á qué lado dirigirse. Después de haber vagado á la ventura, vibrar, en la oscuridad de la noche, una luz que le sirvió de guía para llegar á una cabaña.

Llamó á la puerta. Un hombre de franca y honrada fisonomía vino á abrirle y le interrogó con la mirada.

—Yo soy, dijo el rey, un gentilhombre de la vecindad, que me he extraviado cazando. Querría que tuviérais la bondad de concederme posada por esta noche.

—Con mucho gusto. Pero, es preciso que seáis indulgente con mi humilde condición. Trataré de preparar lo mejor que sepa nuestra comida. No tengo sino un lecho y está ocupado por mi mujer, que está próxima á dar á luz.

—¿A quién pertenece esta selva?

—Al rey, y yo soy su guarda-bosque.

Para cumplir sus deberes de hospitalidad, el leal guarda-bosque condujo á la cuadra el caballo fatigado y le dio una buena ración de avena. Luego sacó del armario las mejores provisiones para la comida de su huésped, y, pidiéndole de nuevo perdón por no poder atenderle mejor, le preparó en un soportal una cama rústica sobre un montón de heno. El rey se durmió y en su sueño oyó una voz que le decía: "El niño que va á nacer subirá al trono después de tí." Tres veces la voz misteriosa le repitió las mismas palabras.

"No, se dijo, es imposible! El hijo de un guarda-bosque no puede llegar hasta el rango supremo, y yo lo impediré."

En la mañana, al levantarse, le dijo al guarda-bosque:

—Yo soy tu rey.

—Ah! exclamó el honrado campesino todo confuso; estoy avergonzado de haber alojado tan mal á Vuestra Majestad!

—Has hecho lo posible. Te doy las gracias. Pero me hablaste del alumbramiento de tu mujer.

—Sí, señor: desde esta noche tenemos un hijo.

—Quisiera verlo.

El guarda-bosque fué por el niño. El rey lo observó atentamente; pareció notarle un signo particular en la frente y le dijo al padre:—Dentro de seis semanas me lo enviarás. Yo me encargo de su educación."

—Ah! señor, exclamó el pobre hombre prosternándose; no merezco tal merced. Que pague Dios vuestra generosidad!

En aquel momento llegaron los oficiales del rey, á quien buscaban por todas partes. Volvió con ellos á palacio.

Seis semanas después, el rey llamó á tres de sus servidores, en quienes tenía particular confianza y les dijo:—"Id en casa del guarda-bosque: él os entregará, como quedó convenido, el niño que nació la noche en que me hospedé allí. Tomad á ese niño y traedme su corazón. Marchad. Que mis órdenes sean puntualmente cumplidas; en ello os va la vida."

Los tres agentes partieron resueltos á cumplir las órdenes de su señor. Tomaron al niño y lo llevaron al bosque para degollarlo; pero la inocente criatura los miró tiernamente y levantó hacia ellos sus manecitas sonriendo. El corazón se les enterneció y uno de ellos dijo:—"Yo no puedo cometer el crimen que se me ha ordenado."

—Yo no puedo tampoco, dijo uno de los compañeros.

—Ni yo, añadió el tercero. Se me ocurre una idea. Depositemos al niño en un árbol, de modo que pueda verlo el que pase; matemos un cervatillo y llevémosle el corazón al rey. Así se hizo.

El mismo día uno de los señores del país, un noble conde, cazando en el bosque, descubrió al niño abandonado. Como no tenía hijos, le pareció que aquel se lo enviaba la Providencia para aliviarlo de sus sinsabores. Le tomó en los brazos y lo llevó á su mujer, que, como él, se apresuró á adoptarlo y le dio el nombre de uno de sus ilustres antepasados: Conrado.

El niño creció y llegó á ser un hermoso y gallardo mancebo, querido y justamente distinguido.

Llegó el día en que el padre adoptivo creyó deber presentarlo en la corte. El rey lo recibió afablemente y, examinándolo, creyó reconocer en su frente el signo particular que había notado en la frente del hijo del guarda-bosque. Llamó aparte al conde y le dijo:—Quién es ese joven?—Es mi hijo.—Cuidado con eso: vuestro deber de súbdito y vuestro honor os obligan á decir verdad.—Bien, repuso el conde, si es preciso confesarlo, yo no sé fijamente de quien es hijo. Lo encontré por casualidad en una rama de un árbol, lo adopté y me felicito de ello.

El rey hizo venir entonces á los tres hombres á quienes había prescrito el oficio de ver-



PRUDENCIA



JUSTICIA



FORTALEZA



TEMPLANZA

LAS VIRTUDES CARDINALES

dugos, les ordenó declarar qué habían hecho del hijo del guarda-bosque, advirtiéndole que si no habían cumplido sus órdenes, les perdonaría; pero que quería saber absolutamente la verdad. Los hombres contaron cómo se habían sentido conmovidos por el candor del niño, y cómo, no teniendo valor para matarlo, lo habían dejado abandonado en un árbol.

—Ah! se dijo el rey: este es el niño cuyo destino se me reveló en una noche que no he podido olvidar. Es el hijo del guarda-bosque que ha de subir al trono. Yo lo impediré.

Volvió á su conversación con el conde y le dijo:

—Me es muy simpático vuestro Conrado: dejádmelo algún tiempo en la corte.

El conde se separó de Conrado con dolor, pero deseaba asegurarle el favor del rey y se resignó á regresar solo á su castillo.

Al día siguiente el rey llamó á Conrado y le dijo:

—La reina está con su hija en un reino extranjero. Le escribo para un negocio importante y quiero que seáis vos quien lleve la carta. Partid, y entregádsela vos mismo.

El joven caballero se puso en marcha, muy

satisfecho del honor que le hacía su soberano y deseoso de cumplir pronto su comisión.

Una tarde, después de haber andado todo el día por penosos caminos, se detuvo en un castillo para pasar en él la noche. El castellano le sirvió esmeradamente, le condujo á una cámara en que le mostró un buen lecho, y minutos más tarde volvió á ver si su joven huésped se encontraba bien y si no le faltaba nada.

Conrado dormía profundamente, y la cartera que él creía haber colocado bien debajo de la almohada se había caído. El castellano la recogió y vio con indecible emoción la carta dirigida á la reina. Esta carta que el soberano enviaba, no con un correo ordinario, sino con un gentilhombre, debía ser de alta importancia. Debe contener probablemente una gran noticia, quizá la revelación de un grave proyecto, algún secreto que interesase á toda la nobleza del reino. Le daba vueltas á aquel sobre fascinador; luego trató de abrirlo. No pudo dominar la curiosidad y lo abrió sin romper el sello. La carta decía: "Querida reina: haréis degollar sin misericordia al portador de esta carta. Tal es mi absoluta voluntad."

—Qué horror! se dijo el honrado castellano.



CAMPAMENTO DE CAZADORES — OCAMPO



GRUPO DE CAZADORES

OCAMPO — CASA DEL SEÑOR TIBURCIO RODRÍGUEZ ESPAÑA
Fotografías del señor Guinand

Cómo! ese joven inocente,— estoy seguro de ello,—condenado á muerte y él mismo lleva su sentencia! No; aquí hay sin duda un espantoso error, y es la Providencia la que me ha hecho abrir esta carta para evitar un crimen monstruoso.

Reflexionó un poco; después, con mano firme, escribió: “Querida reina: recibiréis afectuosamente al portador de esta carta; lo casaréis con nuestra hija y celebraréis solemnemente el enlace. Tal es mi absoluta voluntad.”

La colocó en la cartera, puso esta debajo de la almohada y salió convencido de haber ejecutado una buena acción.

A la mañana siguiente Conrado se levantó alegre, dio gracias cordiales á su posadero y algunos días después llegó al término de su viaje. La reina leyó con viva emoción la misiva de su esposo, vio sonreída al joven mensajero y, alargándole la mano:—“Sed bienvenido, le dijo; las órdenes de mi esposo me causan regocijo. Pronto serán ejecutadas.”

En efecto, el matrimonio se celebró solemnemente. Algún tiempo después se anunció la llegada del rey. La reina salió á encontrarle con su hija y su yerno. Pero, al ver á Conrado, el rostro del déspota se contrajo; volviéndose hacia su riente compañera y le dijo colérico:

—Debísteis hacer morir á ese joven. ¿Por qué no obedecisteis mis órdenes?

—Nunca he recibido tales órdenes; recibí una carta en la cual me decíais que era necesario casar al joven mensajero con nuestra hija.

—¿Conserváis esa carta?

—Sí.

—Me la mostraréis.

—Héla aquí.

Cuando el rey leyó la bendita misiva, exclamó:

—¡Insensato el hombre que no obra según la voluntad de Dios!

Al decir estas palabras, abrazó á Conrado y le confió un alto destino.

Cuando el rey murió, Conrado le sucedió.

A LA PARAULATA



Arrebata
Tu voz grata:
Jamás otra igual of.
¡Y te llaman paraulata!.....
¿Hay nombre más baladí?

La canora,
La sonora,
Por el dulce modular
Con que tu pico enamora,
Tal debíerante llamar.

Que otro nombre
Te dé el hombre;
Otro digno de tu sér
Como del alto renombre
Que disfrutas por doquier.

Si es tan llena,
Si enajena,
Tu voz al ir y venir,
Pedir te llamen sirena
De las aves, no es pedir.

Que ora suaves,
Ora graves,
Son tus notas al igual,
Concierto para las aves,
Concierto para el mortal.

La floresta,
Con su orquesta
De volátiles sinfín,
Es, si faltas tú á la fiesta,
Como sin rosa un jardín.

Quando canta
La garganta
Del jilguero, del turpial,
Y tu trino se levanta,
Es de entrambos para mal.

Que aunque luchen
Y reluchen
Por subir su diapasón,
No impiden que más se escuchen
Tus gorjeos cuantos son.

Yo celebro
De tu quiebro
La dulzura singular
Y partos de tu cerebro
En el arte de imitar.

Que si suena
Cantilena,
Retornelo, variación,
Presto las das á la escena,
Con pasmosa precisión.

Es por ello
Tu descuello
En la música vocal:
Y posees, ¡oh, qué bello
Repertorio musical!

Si le abona
Su corona
De tenor al ruiseñor,
La tuya de primadona
Es con mucho superior.

Y ¿hay alguno?.....
No hay ninguno
Que á tu estampa, acá ni allá,
Niegue aplausos; mientras uno
La de aquí nunca olvidará.

Dizque es bella
Cual tu estrella,
La de tan claro cantor;
Que cual la tuya destella,
Que es intenso su fulgor.

Pero el cetro,
¡Vade retro!
Nunca ha de quitarte aquél,
Ni aun con su dulzor de metro.
¿Qué á ti sus notas de miel?

Pues tu canto
Vale tanto,
Que no admite emulación,
En un solo, con espanto,
Trina el fin de tu canción:

¡Gente ingrata!.....
La arrebató
Mi do, re, mi, fa, sol, si,
¡Y me llama paraulata!.....
¿Hay gente más baladí?

BERNANDO MORALES MARCANO.

PARA VIAJES.....



siquiera tenía en mientes.

A mí me hizo venir á Galicia Luis Taboada, porque yo iba directamente para Portugal..... y de paso por estas opulentas tierras gallegas. Pero desde el día que salí de Madrid empecé á tropezar obstáculos.

A la estación del Norte llegué yo "retrasado," no sin sufrir antes las maldiciones del impenitente auriga que quería más de dos riales de propina. —"Méndigo—me dijo—ojalá te escarrires!"—"Gracias!"—le contesté riéndome y me dirigí como una flecha al despacho de billetes.

—Uno para Vigo!: ida y vuelta—exclamé con voz ahogada.....

—Déme usted la cédula—aulló el de la ventanilla.



—Le daré á usted el dinero. ¿Para qué quiere usted la cédula?

—Para eso, para darle el billete. Ahora no se despachan pasajes sin cubrir ciertas formas.....

—Pues yo no tengo nada que cubrir, no tengo formas: déme usted el billetito. Además no uso cédulas y no hay tiempo para sacarla.

El hombre que si quieres. No hubo medio de sacarlo de sus trece y corrí desesperado en solicitud de la cédula á la calle de Tetuán; de esta me mandaron á la de Ceres; y aquí al callejón del Perro. Y en el *Despachó* del Perro me encontré con cuatro sujetos que tenían cara de asesinos y que me inspeccionaron de pies á cabeza.

—¿Cómo se llama usted?

—Menganes.

—Y de dónde es usted?

—Del Japón.....

(Mirada indescriptible del que pregunta.)

—Y á qué vino á España?

—A lo que me dio la gana.....

(Otra mirada infernal.)

—Sí señor, no me mire usted con esos ojos y déme la cédula.

—Su profesión?

—No tengo.

—Pero tiene usted camisa de seda.

—Y á usted qué le importa?

—A mí lo que me importa es saber de qué vive usted.

—Del aire!—grité ya impaciente.

—Bueno: pues por vivir del aire le cuesta la cédula cincuenta reales.

Por fin regresé á la Estación, precipitadamente, como un loco y cuando empezaba á pitar la máquina; y me instalé como pude, á prisa y corriendo en el primer departamento que encontré á mano.

Todavía hubo algunas señoras más retrasadas que yo, las cuales señoras mandaron á parar el tren como si fuera un tranvía, mientras se "besuqueaban" con sus amigas del andén. Luégo, cuando subieron á mi departamento (había de ser el mío!) tuve que encomendarme á Dios, porque aquellas mujeres traían á Madrid entre las maletas; diez cajas de sombreros, un mazo gordo de sombrillas, dos chiquillos de los que empiezan ya á hacer "pelmas," un bebé con su ama de cría, un perro rapado á medio cuerpo y un gatito que era "el encanto de la casa." Aquella gente se disponía á amenizarme el viaje.

El mayor de los niños se sentó á mi lado y á poco empezó á tutearme: me quitó el bastón para jugar á soldado y me pidió el sombrero para meter el gatito, porque mi sombrero blando parecía un nido y en él estaría muy bien el *misifú*; el otro, el chiquitín berreaba que era un contento; y tanto y de tal



manera "berreó" que yo me ví obligado á jurarle al ama que cerraría los ojos mientras ella le daba "eso" al becerro..... que tenía en brazos.

Y apenas cerré los ojos me quedé dormido; y soñé que mi novia me comía á besos, pero estos menudeaban ya de un modo atroz, y claro, me desperté al cabo de una hora: la novia que me besaba era el gatito carifoso de aquellas damas, que no contento con lamerme toda la cara á su sabor, se había acurrucado entre mi abrigo, dispuesto á dormir la siesta á mi lado. Al extraño percance se agregaron otras peripecias de carácter íntimo, como el de alguna pierna fenomenal que salía por debajo de la falda del ama; los ronquidos de la jamona que yo tenía enfrente y el divertido juego de uno de los muchachos que se la pasaba subiéndolo y bajando el cristal de la ventanilla para que uno se constipara con aquellas poderosas ráfagas de viento que entraban bruscamente al coche; sin contar con ciertas operaciones, no ya de carácter íntimo, sino de carácter harto higiénico, y harto poco edificantes que realizaban los niños.

Así salí yo en Segovia, como un loco furioso, para otro departamento.

Y como en Segovia hubo veinte minutos de parada y fonda, yo que traía un hambre respetabilísima, decidí darme aquel "atrachón" de veinte minutos que me deparaba la suerte. Y llegó la hirviente sopa despidiendo humo sabroso y le dí la primera dentellada al "blond" panecillo; y..... ya estaba en la quinta cucharada, cuando el malvado del conductor, que sin duda notó mi apetito, dijo para su gloria:—Ahora te fastidias. Y me *fastidió* de ve-



ras, porque apenas le había echado una ojeada al segundo plato, gritó aquel hombre con su ronca y despótica voz:—¡Señores viajeros, al tren!..... Y al tren corrí yo con el último bocado.

Pero apenas puse el pie en el estribo de mi nuevo coche ¿con quién dirán ustedes que me encontré? Con otra emperifollada señorita que ocupaba mi asiento..... Tuve que ir sobre un pie, apoyado en un rincón hasta Monforte. Y en Monforte hubo "trasbordo" y se equivocaron los maquinistas y en vez de llevarnos á Vigo nos metieron en Pontevedra y de Pontevedra tuvimos que regresar.....

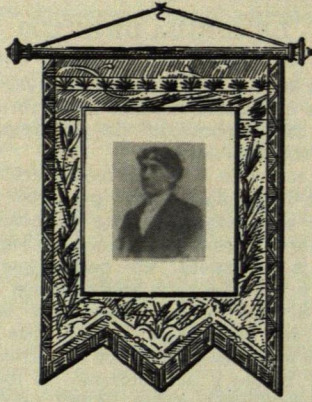
Cuando digo que es una delicia viajar en los ferrocarriles españoles!

Aquí en Vigo, al llegar al hotel, hecho una verdadera lástima, con una cara de carbonero incivil, todo lo demás del cuerpo molido por el traqueteo del viaje, y la ropa pidiendo á gritos la jubilación inmediata, se me acercó un dependiente caritativo y me dio un perro grande, creyendo que yo era algún Urrecha venido á menos.

—No señor—le dije—no soy *todavía* lo que usted se figura.

—Y qué es usted entonces? Parece usted un cesante salido de un horno.

—Soy algo menos: soy un pobre viajero que reniega de las Empresas, del administrador, de las comidas de veinte minutos, de las señoras "emperifolladas," de los chiquillos, de las amas de cría, de los gatos, de los equipajes, del Ministro de Fomento y de todo el mundo que tenga que ver algo con los viajes y los infelices viajeros..... Y no quiero abusar más de *mi elocuencia*. Déme usted una habitación y hágame subir dos baños de aseo y un kilo de estropajo.....



EN EL POLO

Sobre témpano enorme de hielo,
Níveo alcázar, de rayos de luna
Construído, y de todas las garzas
Y todos los cisnes con todas las plumas;

Viaja joven pareja de osos:
El, de ríspida estampa y hercúlea,
Ella, ¡amante feliz!—un ensueño
De célibe oso—muy blanca y muy rubia.

Terciopelo felpudo y en rizos
Es la piel de nevadas gardenias
De los grandes corderos. Son cofres
Sus bocas; las joyas: coral en culebras.

¡Cuán felices! Y viajan y viajan
En la góndola blanca. La hembra
En el tálamo yace. Y el oso
Lascivo la mira la muerde y la besa.

De la aurora boreal tras el frís,
Para ellos, al yermo del norte,
Indistinto y audaz sagitario
Dispara saetas de todos colores.

Y los brutos convierten al cielo
Las miradas, que van al que pone
En sus pechos de osos la dicha,
Renuevo en el árbol, y savia en el brote.

¡Cuán felices! Y viajan y viajan
En la góndola blanca. De pronto
Un témpano..... un choque..... rumor de catástrofe
Que invade, que invade, los yermos del polo.

Después oh blasones!
La sangre á rubies en campos de hielo;
Y auroras boreales . . . y más corazones
Que vuelven las plás miradas al cielo.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

SHAKESPEARE

JUZGADO POR PAUL VERLAINE

Hé aquí algunos trozos de un artículo de Verlaine publicado en *Fortnightly Review*:

"Varios jóvenes que se encargan de velar por lo que tienen á bien denominar mi reputación, han afirmado con toda su buena fe, pero algo inconsideradamente, que en un *restaurant* he juzgado á Racine superior á Shakespeare.

Cada cual es libre de tener su opinión; pero yo no puedo, en el terreno del arte, preferir un hombre á otro, cuando ambos pertenecen al *reino de los iguales*, según la frase de Víctor Hugo.

Escribo esto sin libros á la vista, pues no tengo más que uno, y un ligero ataque de gota me impide consultarlos en la Biblioteca.

Lo que diga será, pues, completamente sincero, sin preparación alguna, escrito con el desaliño de la improvisación en la alcoba de un enfermo, pensado entre dos crisis y sazonado con algunos ayes.

Acaso porque soy francés amo á Shakespeare cuanto no es decible, sobre todo como á un gran *apasionado*; y admiro á Racine

como á un hombre de más entendimiento que pasión, pues está fuera de duda que Racine ha superado á Shakespeare en la pintura de la mujer, descubriendo algunos de los secretos más recónditos de su naturaleza.

La imaginación divina de Shakespeare ha visto á la mujer bajo una forma ideal é impersonal. De aquí, lady Macbeth, símbolo de la ambición; Desdémona, la criatura tímida; Ofelia, la joven, un sueño; todas son *tipos*. ¡Y cuán diferentes de las mujeres de Racine, todas las cuales son *caracteres*! Racine tiene á la mujer en su mano, Shakespeare en su cabeza. ¡Qué talentos tan poéticos y tan maliciosos son los dos! Uno y otro la tenían en su corazón también; pero, seguramente, Racine es quien más la ha amado. En toda la literatura no encuentro sino Molière que la haya conocido, aborrecido y amado más que él.

En fin, este es un debate agotado mucho tiempo há gara todo el mundo, excepto para los poetas jóvenes.

Ahora, "¡adelante con la música!", como dice Shakespeare en *El mercader de Venecia*, si no estoy equivocado, pues repito que tengo que apelar á mi memoria."

"Shakespeare era, por esencia, un hombre que disfrutaba de la vida, un vividor que en su juventud se dedicó á todas las profesiones y las conoció todas. Su genio era el resultado de aquella experiencia; de sus dichas y de sus desgracias resultó el hombre ingenuo y espontáneo.

Cierto es que murió joven, á los cincuenta y dos años, rico á fuerza de trabajar incesantemente, después de recobrar, en medio de su vida desordenada, su dignidad y su conciencia personales y todas las cualidades que no podían faltar en él, pues estaba consagrado para la gloria, para aquella gloria que otro poeta de menos genio que él, pero también muy grande, Francisco Villon, conquistó con títulos sociales aún más enojosos.

En Shakespeare todo era excesivo. Basta con el ejemplo de sus facultades afectivas. ¿No se han atribuido á sentimientos de un orden exagerado sus admirables sonetos, cuyo escrupuloso traductor, J. V. Hugo, consideró que debía modificar, para defender una causa que nunca ha estado sobre el tapete? Y además, ¿qué importa esto al arte, ni siquiera á la fama de un gran hombre?

Yo creo que la cualidad dominante en Shakespeare era la alegría de vivir él mismo y de ver vivir á los demás; y mientras su potente cerebro exhalaba sus entusiasmos en un lirismo grandioso, á veces tierno, á veces terrible y en ocasiones, tierno y terrible al propio tiempo, aquella alegría de vivir era lo que daba á su trabajo un sabor incomparable.

Mas no es posible negar que llevó su talento á excesos de todas clases. Tal cual es, á pesar de su prolijidad, que jamás resulta enfadosa, á pesar de algunas faltas de buen gusto, la obra de Shakespeare es siempre amena; amena en la acepción en que Baudelaire aplicó esta palabra á la *Iliada* y á los cuentos de Edgard Poë; interesante como leyenda, como filosofía, casi como teología; y también, y sobre todo, como cuento de hadas, de bandoleros y de aparecidos.

Esta circunstancia de ser siempre *historia* es lo que constituye, en mi opinión, el atributo especial de la obra dramática de Shakespeare."

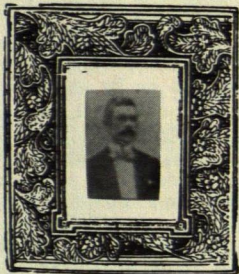


Y me subieron los dos baños, sí señor: dos tazas de agua, porque en los hoteles á cualquier cosa llaman baños. Y figúrense ustedes lo que son dos tazas de agua para un hombre que trae 26 horas de viaje, sudando vulgarmente como un quinto y recibiendo arrobas de carbón por minuto y baños de tierra por segundo.....

MIGUEL EDUARDO PARDO.

En Vigo y después de siete baños seguidos en un día—á 24 de julio de 1895.





“EL COJO ILUSTRADO”

*Echale la cruz á un cojo
y Dios te libre de un calvo:*
pues aunque al calvo no salvo
tampoco el refrán acojo.

Muchas veces pensé yo,
que en justicia y bien mirado,
con este “Cojo Ilustrado”
la regla en cuestión mancó;

pues *Cojo* que trae la luz
del progreso á su nación,
solo en una bendición
se le debe echar la cruz.

Cuando contemplo el primor
de sus páginas impresas,
y sus múltiples empresas
todas á cual más, mejor,

me digo: *¡Cojo* más tieso
que ni en chanza bambolea!
¿pero por dónde cojea?
¿por dónde? ¿por el progreso!

¡Cuánta labor, cuántas tretas
mostró en todas ocasiones,
en las mil innovaciones
que llevaba en sus muletas;!

¡asaltó barrios enteros
de su inventiva á merced;
ya pintaba una pared
y allá le van los letreros!

¡Qué vale eso, dirá usted,
ni qué se gana con eso!
pues anunciar el progreso
y embellecer la pared.

Yo recuerdo que una vez
nos mostró por vez primera,
el primer inglés de cera,
—cosa rara en un *inglés*—

en un teatro fue exhibido
donde á todo el que allí entraba
atento lo saludaba,
como un *gentleman* cumplido;

Me sorprendió en gran manera
de El Cojo la intrepidez:
¡poder fundir un *inglés*
con materiales de cera!

y aunque *cojo*, sin embargo,
qué ligereza de pies,
pues así *cojo* como es
anda siempre á paso largo.

¡Cuánta industria en Venezuela
á nuestros ojos descorre!,
y el espacio que no corre
de seguro que lo vuela,

y en su espíritu inaudito
de probarnos que no es *manco*,
á la par del libro en blanco
nos presenta el libro escrito.

(Aquí me ocurre de paso
hacer un *simil-bosquejo*,
refiriendo un caso añejo
á propósito del caso:)

Una vieja cierto día
por el lodo caminaba,
y su hija que la miraba
asombrada le decía:

—¿por qué se mete en el lodo,
no ve que ensucia la cola?
mas la vieja respondióla:
—hija, por meterme en todo.

Así con razón más grata
“El Cojo” en su grande aliento,
no hay progreso ó noble intento
en que no meta la pata;

y mientras se está en sus trece
yo exclamo al mirar su arrojito:
si tal hace siendo *cojo*,
¿qué haría si no lo fuese?

EDUARDO DIAZ LECUNA.

LA COMIDA DE DUELO

Ante la fosa medio cerrada, Julot, un camarada que había tomado la palabra á nombre de la corporación de comerciantes de vinos, concluía su peróra:

“Sí, mi viejo Bouju, hemos querido acompañarte hasta aquí para probarte que los amigos son amigos! Fuiste un comerciante de vinos que amaba su oficio, un esposo que amaba á su esposa, un padre que habría amado á sus hijos si la suerte se los hubiera dado. Si esto puede consolarte, mi viejo Bouju, ten por seguro que te has llevado contigo á la última morada la estimación de todo el barrio y del sindicato de los comerciantes de vinos. Adiós, Bouju, adiós!!!”

A este último adiós, sábiamente modulado en trémolo, respondió un grito doloroso. Era la viuda, la sentimental Madama Bouju, que se había enternecido!

Pobre señora! amaba tanto á su marido!

Mientras tanto, María, la cocinera del restaurant Bouju, una robusta y rechoncha muchacha, preparaba la comida de duelo.

¡Oh una comida de una sobriedad espartana! Ternera, ensalada y queso. Simplemente con que obsequiar á algunos íntimos que habían acompañado á la viuda á conducir al difunto.—Lo estrictamente indispensable, había dicho madama Bouju. Un día de entierro no es día de fiesta.

A las siete, el cortejo que volvía del cementerio, llegaba frente á la casa Bouju, enlutada, con las ventanas cerradas y la lúgubre inscripción: “*Cerrada por motivo de duelo.*”

Madama Bouju entró primero, con los ojos injectados, sostenida de un lado por el elocuente Julot, del otro por un vecino, frutero.

Los invitados la siguieron: los hombres graves, solemnemente sepultados en sus casacas de domingo, las mujeres llevando todavía en la mano el pañuelo, en señal de condolencia.

En un rincón de la tienda se instaló la mesa.

Todos se sentaron con gran recogimiento y María trajo la ternera.

Los primeros bocados se tomaron en medio de un religioso silencio. Sentada entre Julot y el frutero, con los ojos fijos, la viuda no comía.

En fin, suspiró:

—Pobre Bouju.

Entonces sí se desataron las lenguas para prodigar homenaje á los numerosos méritos que es de ley reconocer en los muertos.

—Decir que hace ocho días él estaba todavía en su despacho!

—Lo que viene á ser de nosotros!

—Un hombre tan honrado, tan afable!

—Tan alegre!

—Tan bueno!

—Oh! dijo la cocinera, el patrón tenía la mano un poco pesada. Verdad, señora?

—Calla, María! replicó severamente la viuda. Si á veces me solfeaba, era porque lo merecía.

—Además, opinó sentenciosamente el frutero, no es á los que se van á quienes es necesario compadecer, sino á los que se quedan.

—Ay! gimió la viuda, estrujándose los ojos.

—Vamos, madama Bouju, es necesario entrar en razón, dijo Julot todo compungido. No será ciertamente vuestras lágrimas lo que resucitará á Bouju.

—Tenéis razón, señor Julot.....! Otro pedacito de ternera?

—Gracias, madama Bouju, en días como el de hoy no hay apetito, bien lo sabéis.

—Es cierto, apoyó el frutero, casi tragándose la copa.

Sin embargo, como madama Bouju insis-

tiera cortesmente, Julot aceptó. La salchichera también. El frutero hizo lo mismo. Entonces los otros no vacilaron en acercarse su plato. Oh! nada más que una tajadita!.... Toda la ternera se acabó.

—María, sollozó la viuda, prepara una tortilla con tocino.

Pero Julot protestó con la autoridad de un hombre que está al corriente de los usos.

Sin tocino, madama Bouju, una tortilla seca..... eso es más propio de un duelo.

La tortilla desapareció con la misma rapidez que la ternera. Una fuente de salchichas corrió la misma suerte.

Estaban tan saladas las tales salchichas, que Augusto, el muchacho, tuvo que bajar dos veces á la bodega.

Los ojos empezaron á encenderse. Ya se hablaba menos de aquel poble Bouju.

La viuda suspiraba siempre, pero ya sentía una pizca de apetito. La viudez, ah! eso produce un vacío!.....

—María, hija, dijo con un tono lloroso, haz calentar el guisado de pollo.

A media noche todavía se comía.

En torno de la mesa todas las mejillas estaban bermejas; la misma madama Bouju pestañeaba, conservando su fisonomía dolorosa de viuda inconsolable.

Julot se había permitido algunos chistes que no fueron mal acogidos. El frutero, ya entusiasmado por los atractivos de la cocinera, había acercado su plato al de aquella y pellizcaba disimuladamente á la rolliza muchacha que lo dejaba hacer.

Y de la bodega subían sin cesar litros de vino!!!

En las conversaciones ya estrepitosas se entremezclaron estallidos de risa. Aun hubo un momento en que, al extremo de la mesa, el portero, puesto de humor alegre, tarareó un poco alto:

*El sol doraba el horizonte,
Zonte, zonte, zon.....*

Hubo un rumor de protesta. ¿Era acaso momento para cantar?

—Era la canción favorita del pobre Bouju, balbució el portero para excusarse. Vosotros os acordáis:

Yo vuelvo del cementerio.....

Julot, el hombre que conocía los usos, declaró gravemente que aquella era una canción de circunstancia, una canción *grand deuil*. Y además, era un homenaje á la memoria del pobre Bouju.

El portero, animado, cantó. Cuando concluyó, madama Bouju bosquejó, en señal de gratitud, una pálida sonrisa.

—Voy á cantaros una más gráfica! gritó el frutero:

Un joven acaba de ahorcarse

Ya esta vez se aplaudió sin escrúpulo. Y como estribillo, todo el mundo repitió en coro, con acompañamiento de cuchillos sobre los platos:

*Lléveslo al comisario.....
De seguro que está vivo.....*

El cotarro se alborotó. Cada uno tiró por su lado. La salchichera, con la mano sobre el corazón, tarareaba:

*Pajarito,
Llévale un besito.....*

Y Augusto subía de la bodega con un cargamento de botellas de cerveza, cuando llamaron á la puerta.

Aparecieron dos agentes de policía.

—Son las dos. Tenéis permiso?

La batahola cesó de repente. Pero Julot se levantó, muy digno, y fué á hablar con los representantes de la autoridad. Les ex-

plicó, con una voz fúnebre, que habían enterrado á ese pobre Bouju, en el medio-día, y que.....

Los agentes comprendieron.

—Eso ya es distinto.....

Y después de haber aceptado un bock, se retiraron discretamente, excusándose de haber turbado en su legítimo dolor á una familia desconsolada.

Cuando los agentes se retiraron, el zipzape comenzó con más brío.

A las tres, todos vociferaban á un tiempo.

Julot había encendido el gas del billar y jugaba en "treinta limpio" con uno de los convidados, á un ponche que flameaba ya sobre el mostrador.

En este momento, la viuda prorrumpió estrepitosamente en sollozos.

El portero se despertó sobresaltado, Julot marró una carambola soberbia.

—Qué tenéis, madama Bouju?

—Y ella, ahogada por las lágrimas:

—Pienso.....en ese pobre.....Bouju.....Me digo:.... Pobre hombre..... si estuviera..... aquí!.....

El recuerdo inesperado de Bouju produjo en los convidados el efecto del espectro de Banquo en el festín de Macbeth.

Se miraron todos confusos, un poco avergonzados.

Ah! continuó la viuda con una recrudescencia de lágrimas, si él estuviera aquí..... cómo se divertiría,..... el pobre Bouju..... él, que le gustaba tanto..... la zambra!



LA VENGANZA DE 'EL DIABLO'



Al mediar la noche del 7 de mayo del año de 1799, tres hombres se ocupaban de levantar en la entrada norte de la hoy plaza «Bolívar», un extraño tablado como de dos metros de altura, sobre el cual aparecían como fantásticos centinelas, dos largos palos unidos en su parte superior por uno trasversal, del cual pendía una gruesa argolla de hierro.

Resonaba el martillo de los trabajadores de un modo lúgubre en medio del profundo silencio en que se encontraba sumida la ciudad Santiago de León de Caracas: el eco devolvía estos golpes que vibraban como la campanada de agonía, anunciando que llega para alguno el momento pavoroso de la muerte.

En efecto, aquel era un patíbulo que levantaba el despotismo para ahogar en un pecho generoso el santo anhelo de la independencia: los tiranos se olvidan siempre de que

la sangre de los mártires es fecundo abono que hace fructificar el árbol sagrado de la libertad.

Durante algún tiempo los obreros trabajaron en silencio, sin descansar. Al fin uno de ellos, el que parecía el Jefe, dijo:—Asegurad la escala, colocad los cordeles; y concluyamos, hijos míos, porque parece que pronto tendremos tempestad.

—No hay tal, mase Pedro, contestó otro; el invierno tarda todavía: esa bruma desaparecerá con el fuerte viento que sopla del Oeste.

A poco las espesas nubes fueron disipándose y allá, tras la cumbre de «El Ávila», apareció la melancólica faz de la luna.

Terminaron los obreros de la muerte su faena; recogieron los hierros; descendieron la angosta escalera y se disponían á partir, cuando oyeron un ruido semejante al lejano galope de un caballo.

Retrocedieron los tres hombres y se ocultaron entre la planta baja del patíbulo y dos pilas que se hallaban en la misma línea, hacia el interior de la plaza.

Pocos momentos después, desembocando de la calle norte, apareció un ginete en la esquina de la Metropolitana: paróse un momento, como indeciso, y luego avanzó hacia «El Principal». No habría andado diez metros, cuando de una garita situada en el ángulo oeste de la plaza, frente á la casa del Ayuntamiento, se oyó el ¡quién vive! del centinela.

El caballero detuvo su cabalgadura, levantó la cabeza con altivo continente, y contestó:—España.

—Qué gente!

—Gente del rey.

Avancen!..... Y del cuerpo de guardia se destacó un bulto, dirigiéndose al ginete.

Cruzáronse algunas palabras en voz baja y juntos se dirigieron á un edificio situado al fondo de la hoy «Casa Amarilla»: aquel edificio era la cárcel.

Desmontóse el ginete; amarró el caballo á uno de los barrotes de la fuerte reja; tocó su compañero de una manera particular á la ancha puerta; abrióse ésta; penetraron los dos hombres en la tétrica morada; atravesaron un largo corredor y se detuvieron frente á la puerta de un pequeño cuarto, cuyos cerrojos descorrió el que los había introducido, diciendo al ginete:—Este es el cuarto del prisionero; podéis entrar.

A la tenue luz de un candel colocado en una de las paredes del reducido calabozo, se pudo ver acostado sobre miserable jergón á un hombre, al parecer profundamente dormido: el misterioso visitante lo contempló un momento con visible emoción; se acercó á él, le puso una mano sobre el hombro y lo llamó:—José María!

Al contacto de aquella mano y al sonido de aquella voz, el prisionero despertó sobresaltado; miró fijamente al que interrumpía su sueño y contestó:—Nicolás:

—He venido á verte y á preguntarte si no tienes esperanzas de salvarte.

—Ninguna: hoy me han leído la sentencia. Mañana de lo que fue un hombre sólo quedarán repugnantes pedazos puestos como espanto en los caminos públicos; pero no importa, si mi muerte ha de servir para despertar en nuestros compatriotas el amor á la independencia. Los tiempos son propicios: por todas partes pueblos que se libertan; tronos que se derrumban; privilegios que se derogan. Mucho se ha maldecido la revolución francesa, sin comprender que no es sino el terrible cauterio aplicado á la úlcera social que amenazaba devorarnos. Soy el primero en condenar sus extravíos pero, ¿qué hacer? El pueblo humillado, escarnecido, abofeteado durante largos siglos, se ha levantado amenazador y terrible: los que se compadecen tanto de la sangre derramada re-

cuerden que ese pueblo que degüella á los reyes y á los nobles, ha sido por largo tiempo la víctima paciente de la canalla dorada, que con no sé qué derecho lo había condenado al poste de la ominosa servidumbre. Arriba alegría, placeres, honores; abajo tristeza, dolor, miseria. Los grandes señores extorsionando al pobre: impuesto sobre la producción; impuesto sobre la industria; impuesto sobre el consumo. Derecho á la vida; derecho á la hacienda; derecho á la mujer.... El labrador regando la tierra con el sudor de su frente; y cuando al cabo de largos años de trabajo, enferma, y no puede pagar al fisco, el procurador del rey le embarga la cama y la mesa y lo bota á empellones para que vaya á terminar su miserable vida en el tronco de un árbol ó en la orilla de un camino..... Y ese hombre tiene hijos; pequeños é inocentes seres á quienes se deja desamparados. Tienen hambre y piden; no se les da pan, y roban; y al fin la necesidad los convierte, á los varones en bandidos y á las hembras en prostitutas..... después el presidio..... el hospital..... la horca! Aquí en nuestra América ¿que hemos visto? robos, escándalos, violaciones, asesinatos. El Indio antes libre y feliz, llevando estampado en la mejilla el hierro de la afrentosa servidumbre: durante tres centurias no se ha hecho otra cosa que vejarnos; ¡inas; ay! que se acerca el día de la justicia; una voz interior me grita:—Muy pronto la América será libre!

—Lo será, José María, y ¡ay de los vencidos! Necesitamos vengar toda la sangre americana que se ha derramado, desde la de Guacaipuro hasta la tuya.

—Nada de venganzas, Nicolás; que la revolución sea solamente un acto de justicia: no acostumbremos el pueblo á la matanza; no hagamos del suplicio un símbolo y de la muerte un espectáculo.

—No estoy de acuerdo contigo: aquí como en Francia se necesita lavar con un mar de sangre los desafueros cometidos; levantar una muralla de cadáveres entre los españoles y los americanos, á fin de hacer imposible toda reconciliación: que sepa el venezolano que no ha de encontrar clemencia; y que muerte por muerte, vale más morir en el campo de batalla que en el tablado del patíbulo.

—No tengo tiempo para discutir ese punto; la hora es avanzada y necesito estar solo por algunos momentos: adiós y buena suerte.

—Adiós hermano: y los dos hombres se unieron en mutuo y apretado abrazo.

Amaneció Dios, como vulgarmente se dice: desde muy temprano los contornos de la plaza se encontraban llenos de curiosos; y sin embargo el rostro consternado de los unos y las sombrías miradas de los otros, demostraban que no era del agrado de los caraqueños semejante espectáculo. A las ocho, dos compañías del regimiento de la reina se situaron formando cuadro alrededor del patíbulo; á las nueve, salió de la cárcel "un grupo confuso que se acercaba lentamente, compuesto de soldados y de frailes de todas las órdenes, rezando éstos, prestas las armas aquéllos; y de Hermanos de la Caridad y de Dolores, con vino y agua en las manos, ó con un platillo en que recogían limosna, al fúnebre són de estas palabras:—"Hagan bien para hacer bien por un hombre que están para ajusticiar." Venía realmente un bulto indefinible sobre una manta levantada por unos hermanos y tirada de vil caballo, con quien hablaban alternativamente dos sacerdotes, y que parecía escuchar con entereza, y dejarse ir voluntariamente hacia donde le llevaban. Era don José María España, que era arrastrado al último suplicio. Tendría como cuarenta años; y sin la blanca mortaja que lo envolvía, habríase admi-

rado á un hombre de ademán resuelto, de agradable y gentil presencia. Por entre el ruido monótono de las armas, la salmodia del clero, los dobles de las iglesias y el dolorido acento de los que pedían por su alma, resonaba la dura voz del pregonero que iba delante leyendo la sentencia que le condenaba. "Los señores Presidente, Regente y Oidores de esta real audiencia, en consecuencia, confirmación y ejecución de las providencias dadas contra José María España, reo de alta traición, mandamos que precedidas sin la menor dilación, las diligencias ordinarias conducentes á su alma, sea sacado de la cárcel, arrastrado de la cola de una bestia de albarda y conducido á la horca, publicándose por voz de pregonero sus delitos: que muerto naturalmente en ella por mano del verdugo, le sea cortada la cabeza y descuartizado: que la cabeza se lleve en una jaula de fierro al puerto de La Guaira, y se ponga en el extremo alto de una viga de treinta pies, que se fijará en el suelo á la entrada de aquel puerto por la puerta de Caracas; que se ponga en otro igual palo uno de sus cuartos á la entrada del pueblo de Macuto, en donde ocultó otros gravísimos reos de Estado á quienes sacó de la cárcel de La Guaira y proporcionó la fuga: otro en la vigía de Chacón, en donde tuvo oculto otros de los citados reos de Estado: otro en el sitio llamado "Quita Calzón", río arriba de La Guaira, en donde recibió el juramento de rebelión contra el Rey; y otro en la cumbre donde proyectaba reunir la gente que se proponía mandar; que le confiscuen todos los bienes que resulten ser suyos, y se ejecute; digno castigo de quien tramó contra el orden público, sin detenerse en la consideración de los males gravísimos que debía esperar de semejante empresa, el derramamiento de mucha sangre inocente, los robos, los incendios, la ruina de las familias, el desorden, la confusión, la anarquía con todos los otros funestos males consiguientes á ella, y especialmente, el agravio y menosprecio de la religión.—Señores, Presidente Don Manuel Guevara y Vasconcelos.—Regente Don Antonio López Quintana.—Oidores Don Francisco Ignacio Cortines.—Don José Bernardo de Antequieta.—Rafael Diego Mérida, escribano real."

Entre los pocos que presenciaron hasta el fin el bárbaro suplicio del primer mártir de la libertad americana, se encontraba el joven que la noche anterior hemos visto en el calabozo del desgraciado España. Cuando todo estuvo terminado y al tiempo de retirarse murmuró entre dientes:—Noble víctima del despotismo, tu sangre clama venganza y te juro que la obtendrás cumplida.

Los que conozcan la historia de Venezuela sabrán si cumplió su juramento; por que aquel joven era Antonio Nicolás Briceño, conocido después con el apodo de *El Diablo*. Para los que no la hayan leído estamparemos aquí la siguiente proposición de un plan que publicó en Cartagena "Sobre el modo de hacer la guerra á los españoles"...... *Se considera mérito suficiente para ser premiado y obtener grados en el ejército, el presentar un número de cabezas de españoles europeos, inclusive los isleños; y así el que presentare veinte cabezas de los dichos españoles, será ascendido á Alférez vivo y efectivo; el que presentare treinta á Teniente; el que cincuenta, á Capitán, etc.*

En obsequio de la causa americana debemos decir que Bolívar y los principales Jefes de la República, condenaron severamente las crueldades de Briceño; la índole generosa de nuestro pueblo odia la sangre, y en medio de sus mayores extravíos siempre ha conservado en su corazón la clemencia: esa santa virtud de las almas elevadas.

JOSE E. MACHADO.



PAGINAS CORTAS

STORA LA AMBICIOSA

(POR XAVIER MARMIER)



ABÍA una vez un pobre pescador que vivía humildemente en una cabaña con su mujer, llamada Stora.

Un día, después de haber hecho inútilmente durante algunas horas su oficio de pescador, sacó de repente del agua un gran pez que tenía escamas doradas y una corona de oro en la cabeza.

—Ah! se dijo el pescador; hé aquí una linda presa. Voy á llevársela al rey y espero que la pagará generosamente.

Pero el pez le dijo: "Dame la libertad; soy un príncipe encantado y tendrás de mí cuanto desees."

—Sea, repuso buenamente el pescador. Es la primera vez que oigo hablar á un pez. Realmente, esto debe ser efecto de alguna brujería.

Arrojó el pez al agua y fuese á su cabaña, á referir la aventura á su mujer.

—Y qué? exclamó aquella: ¿no le has pedido nada á ese príncipe que tal vez tenga el poder de las hadas?

—No, respondió el pescador; no había pensado en ello; por otra parte, ¿qué podía pedirle?

—Cómo! replicó Stora. Aquí estamos en una especie de gallinero. Podías haberle pedido una casita. Vuelve en donde él; en fin, está obligado para contigo; le has conservado la vida; nada puede rehusarte.

El pescador, que era de una índole humilde y suave, no se preocupaba por aquella tentativa; pero acabó por ceder á las instancias de su mujer y se fué á la orilla del mar á llamar al pez.

—¿Para qué me llamas?

—Perdonad, repuso el tímido pescador; obedezco á mi mujer, cuya voluntad no siempre está de acuerdo con la mía.

—¿Y ella qué desea?

—Ah! no está contenta con la casa que poseemos y quiere una más grande.

—Está bien. Vuelve á tu casa. Tu deseo está satisfecho.

En efecto, en lugar del miserable tugurio, se alzaba una hermosa habitación. Stora estaba sentada, radiante de júbilo, en un banco delante de la puerta. Tomó á su marido de la mano y le dijo: "Ven para que veas qué hermosa es!"

En la nueva casa había una alcoba con un buen lecho; una cocina con un juego completo de utensilios; cerca de ella un corral en el que se oían los gritos de las gallinas y los patos; luego un jardín sembrado de legumbres y árboles frutales.

—¿No te parece encantador? preguntó Stora.

—Sí, contestó el pescador maravillado. Y ambos se regocijaban cordialmente de su bienestar.

Quince días después Stora dijo á su marido: "He reflexionado que hemos sido muy reservados en nuestra petición. Esta casa es muy pequeña y carece de un campo cerca del jardín. Quisiera tener una labranza."

—¿Qué tontería! respondió el marido. ¿Qué haríamos con una labranza!

—Descuida. Yo sé bien el beneficio que nos reportaría. Únicamente se necesita que

te decidas á ir en busca de tu amigo el pez de oro.

El pobre pescador, no pudiendo resistirse, bajó la cabeza y se puso en camino.

—¿Para qué me llamas? preguntó el pez coronado.

—Dispensad. Aun no estamos de acuerdo mi mujer y yo: hago su voluntad.

—¿Qué quiere ahora?

—Querría tener una labranza.

—Sea. Tu deseo está satisfecho.

El pescador le dio las gracias y regresó á su casa.

Qué sorpresa! Ante sí tenía una magnífica vivienda, un patio, granjas, cuadras. Su mujer lo aguardaba, vestida con una linda saya de domingo, y lo condujo á las habitaciones. Aquí la cámara de los dueños; más allá una pieza para los criados; una chimenea llena de jamones; una lechería; una granja en donde se encontraban almacenados haces de trigo; un establo en que había vacas soberbias, otro repleto de carneros, en el techo un palomar, sobre la chimenea un cazar de cigüeñas; en contorno de la casa, jardines, campos, praderas.

—¿No es una deliciosa propiedad? dijo Stora.

—Sí, respondió el marido: tratemos de vivir en ella en paz.

Pasaron algunos días. Una mañana Stora dijo á su marido: "Es muy bello poseer un dominio como este. Pero podemos tener algo mejor. Podríamos, por ejemplo, tener un castillo y llevar una vida de señores. Eso es lo que debes ir á pedir al magnífico pez que te debe la vida."

—No, replicó el pescador, de ninguna manera; si le hago tal petición se enojará y con razón.

—Oh! repuso la mujer; te lo ruego: vé en su busca; él no puede rehusarte nada; yo no puedo vivir en este cortijo. Si permanezco en él, caigo enferma. Si no tengo un castillo, me muero.

El medroso pescador obedeció una vez más.

El pez le dijo: "Vé; tu deseo está satisfecho".

Volvió á su casa. Qué cambio! En lugar de la rústica morada había un castillo con una torre en cuya cúpula ondeaba una bandera. Las murallas de aquel edificio señorial estaban rodeadas de fosos, los cuales se salvaban por un puente levadizo. Sobre el puente se encontraba Stora, vestida con una hermosa saya de seda y llevando al cuello una cadena de oro. Tomó á su marido de la mano y lo condujo á los aposentos. Por todas partes muebles riquísimos; vidrieras blasonadas; alfombras mullidas; colgaduras suntuosas. Por todas las entradas, criados de gran librea; en el patio, una carroza que había de ser tirada por soberbia pareja; cochero y lacayo galonados. A lo lejos, un jardín cubierto de flores; un invernadero y una pajarera.

—Y bien, dijo Stora con aire triunfal: ¿qué te parece? ¿No es esto mejor que un cortijo? ¿Estás contento?

—Sí... pero ¡por Dios! quedémonos aquí!

Días después Stora le dijo á su marido: —He subido á lo más alto de nuestro castillo para ver hasta dónde se extienden nuestros dominios y he visto con dolor que su límite no está lejos. No es bastante que poseas un señorial. Es preciso que tengas un reino, es preciso que seas rey.

—¿Qué extravagancia! exclamó el pescador: eso no lo admitiré jamás.

—Bueno, repuso Stora con un aire resuelto: si tu no quieres ser rey, yo quiero ser reina; irás á manifestar mi deseo á tu amigo, á tu obligado, al poderoso mágico.

—No: ha sido ya para nosotros maravillosamente bueno. No quiero cansarlo ni enojarlo.

Pero la ambiciosa Stora insistió, lloró,

rogó, amenazó y el pobre pescador hubo de ceder nuevamente.

El pez lo vio con una expresión de piedad y le dijo con voz triste: "Aún esta vez el capricho de tu mujer está satisfecho".

En donde estaba el castillo señorial se alzaba un vasto palacio, con una fachada magnífica y cuatro torres imponentes.

Por una escalera de mármol, cubierta con rica alfombra, se subía al primer piso. Allí estaba la sala de recepción. Allí se reunían los ministros, los generales, los cortesanos, y allí, en un trono de oro, estaba sentada Stora con un manto de armífo y una corona de diamantes.

—En fin, le dijo á su marido con acento de entusiasmo, hé aquí el esplendor de la fortuna, el poder, la felicidad. Ya no deseo nada más.

—Gracias al cielo! exclamó el pescador.

Algún tiempo después lo tomó de la mano con un aire grave y lo condujo hasta el hueco de una ventana, para hablarle confidencialmente y sin testigos: "Estoy contenta de ser reina, estoy contenta del respeto de mis ministros, de la tranquilidad de mis súbditos. Pero el sol sale á veces demasiado temprano, la luna demasiado tarde en algunas ocasiones y el viento sopla en otras de una manera tal que me incomoda. Querría gobernar á discreción á esos rebeldes. El pez hechicero no puede rehusarte nada. Es necesario, pues, que me conceda esa merced. Será la última."

El ingenuo pescador la miró estupefacto. Se resistía á creer que hablara seriamente. Pero cuando ella le reiteró la petición con un tono resuelto, juró que nunca sería partícipe de semejante insensatez.

Pero el pobre hombre no estaba en capacidad de resistir á las exigencias de su terrible compañera. A pesar de sus protestas, tuvo que consentir. Se puso en camino y fué temblando á cumplir su extraña misión.

En esta vez, el real pez clavó en él una mirada fulminante y le dijo, con voz irridada: "Es ya demasiado! Tu mujer es loca y tu eres un imbécil. De hoy más no tendréis ni uno ni otro castillo ni dominio. Por compasión os dejaré vuestra antigua cabaña. No merecéis más."

Al decir estas palabras desapareció. El pescador regresó humillado y encontró á su mujer, vestida de harapos, sentada en el quicio de la vieja cabaña, llorando los bienes perdidos.

Página de ayer

UNA MALA ACCION

(POR CH. MONSELET)

No estoy contento de mí; he hecho una mala acción.

Uno de estos días de diciembre, á los primeros fríos, salí á la calle: el viento era cortante como un acero; el pavimento, seco y sonoro. Los transeúntes huían más que caminaban.

Enemigo de lo que se llama un bello frío, había tomado prudentes precauciones contra sus ataques. Llevaba paltó y sobretodo; la boca y las orejas abrigadas con una bufanda; las manos metidas en guantes forrados. Así cubierto, iba sacudiendo las suelas contra la acera, con aire provocativo, y formulando deliciosos proyectos.

En la esquina de las calles de Laval y Frochot había una mujer apoyada contra la pared, sosteniendo un niño en los brazos. Extendió la mano hacia mí y murmuró:

—Una caridad, señor!

Pasé sin contestarle, rápidamente, contentándome con pensar que iba de prisa y que

materialmente no podía detenerme, sacarme los guantes, desabotonar el paltó, buscar el portamonedas, á riesgo de atrapar sabaliones, después de todos los cuidados que había puesto en proporcionarme un suave calor.

Y como para apoyar este razonamiento, juzgué á propósito doblar el paso.

Pero la pobre mujer me había seguido; la volví á encontrar á mi lado, extendiendo otra vez la mano y murmurando siempre:

—Una caridad, señor!

Por rápida que fuese mi mirada, tuve tiempo de observar el extremo abatimiento de su fisonomía.

Observé furtivamente al niño. Debo decirlo, tuve un momento de incertidumbre.

Por tanto, seguí de largo.....

Creo, Dios me perdone, que á fin de precipitar mi decisión, ensayé persuadirme de que quizá sería víctima de alguna intriga, de una mendiga de profesión como hay muchas.

Apenas llegué al extremo de la calle de Laval, cuando todo lo que hay en mí de justo, de honrado y de generoso se sublevó.

—Ah! miserable! me dije de repente.

Y volví precipitadamente sobre mis pasos. No concebía cómo era posible que hubiese llevado á tal extremo la indiferencia y la crueldad.

Pero cuando llegué al ángulo que forman las calles Laval y Frochot, no ví á la pobre mujer.

—No debe estar lejos, me dije.

Me informé con un comisionista que estaba parado por allí.

—¿Ha visto usted en este momento una mendiga con su hijo?

La había visto, pero no sabía por qué lado había tomado.

—Quiero encontrarla, y la encontraré! me repetía con agitación.

Subí la calle Frochot hasta llegar al boulevard exterior.

No había nadie, absolutamente nadie.

—Oh Dios mío! pensé: ¿á dónde habrá ido?—Qué habrá sido de ella? Tenía un aire extenuado, se sostenía con dificultad, su voz era trémula; he podido atender á esa voz!..... Sus empeños no son habituales. Sí, es preciso que la encuentre. Y aquel niño..... aquel niño arrollado en arapos, en lucha con el sufrimiento, azul de frío, dormido llorando, con hambre quizá! Para exponerlo á un tiempo tan riguroso y hacer una súplica de piedad, es preciso que no tenga alojamiento, que haya agotado todos sus recursos, que lo haya vendido todo, que no le haya quedado sino lo que lleva encima!

Y yo cerré los ojos! Cerré los oídos! Ruín y malvado!

Estaba desesperado.

Fuí del boulevard exterior á la calle Frochot. Habría dado lo que tenía por encontrar á aquella desgraciada.

Una sospecha terrible me atormentaba.

Suplicándome como lo hacía, había puesto en mí su última esperanza, su última probabilidad de salvación. Sin duda, á la postre de valor y de energía, se había dicho:

"Imploremos aún á éste, después á los otros!"

Después..... á dónde puede ir una mujer vencida por la miseria?

Mis afares fueron infructuosos.

No continué buscando.

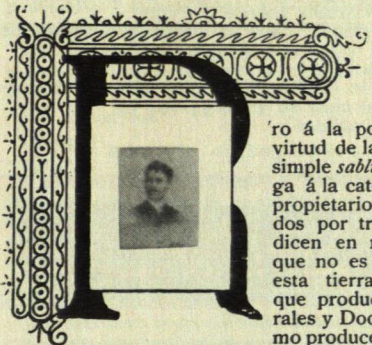
Me fuí á casa, taciturno, sombrío, inclinado la cabeza. No sentía el frío ni el viento. Pensaba sólo en la infeliz mujer y en su hijo.

No estoy contento de mí; he hecho una mala acción.



CRONICAS LIGERAS

LA POLITICA



ENIEGO

de ella.

Pero no

me refle-

ro á la política en virtud de la cual de simple *sablista* se llega á la categoría de propietario, en un dos por tres, como dicen en mi tierra, que no es otra que esta tierra bendita que produce Generales y Doctores como produce mangos.

No reniego de esa ciencia que á los que la cultivan y se avisan les colma de riquezas y honores, (que todo viene á ser lo uno) y de otras gangas nada despreciables.

Van mis anatemas contra esa otra política, que se suele llamar también *cumplimiento*, y á la cual las personas mal avenidas con las conveniencias sociales apellidan hipocresía.

Suponga usted que se le entra por las puertas de su casa una visita, á la hora en que usted almorzaría si tuviera qué; pero ese día no tiene. (Es un decir) usted, naturalmente, maldice al visitante; pero le invita á ocupar un asiento en su mesa, á riesgo de que le conteste: "Bueno; le complaceré" . . . Y le partan á usted por la mitad.

Esa es la política en cuestión. Ella nos obliga á obsequiar con una copa de cerveza á quien quisiéramos darsela de petróleo.

Va usted á un baile, por ejemplo, y la política le expone, entre otras cosas, á caer en manos de una pareja fósil, que venga en usted los adefesios de la naturaleza.

Y este es el punto á donde yo quería venir á parar.

—Hágame el favor de sacar á aquella niña, me dijo en cierto bailecito, efectuado ahora tres noches, el amo de la casa.

—¿Cuál? pregunté; porque las niñas que tenía á la vista estaban todas bailando.

—Aquella del traje rosado. Es una *primita* mía. ¡Santo Dios! Allí, en un rincón de la sala estaba la persona indicada, á la cual se le podían calcular al primer golpe sus cuarenta años. Tentado estuve á preguntar: ¿Y á eso lo llama usted *primita*?

Era la niña seca, delgaducha; pintada al temple; pero la exigencia había partido del amo de la casa, y mi desgracia no tenía remedio. Negarme habría sido *impolítico*.

—Vamos para presentarlo, agregó el anfitrión, tomándome del brazo cariñosamente . . .

—Rita; tengo el gusto de presentarte al señor, que desea bailar contigo.

—¡Infame calumnia! dije para mí, y agregué en voz alta:

—Es cierto señorita, muy cierto. Desde que llegué no pienso en otra cosa.

Entonces ella hizo varios remilgos; agitó el abanico, frunció los labios; disparóme una mirada sugestiva, aunque un poco turbia, y una sonrisa llena de gratitud, dejándome ver una hilera de dientes blanquíssimos; quizá los mejores que han salido del taller de Mortimer.

Indudablemente, me hallaba en presencia de un honorable representante del alto celibato. Una de esas solteronas que luchan bravamente contra la acción del tiempo, y contra las generaciones de chicas guapas; todo con menoscabo de nuestro sexo.

La di el brazo é intenté bailar. ¡Hum! Ni al revés ni al derecho.

Me detuve; tomé aliento, y rompí á saltar por segunda vez en controversia con el compás de la música, en tanto que ella se ocupaba de machucarme los pies, como si hubiera recibido encargo especial de dejarme inválido.

Un golpe aquí, y un empujón allá, llevaba ya brincado, que no bailado, un buen pedazo de polka, y hubiera ido hasta el fin de mi sacrificio; pero de la barra comenzaron á gritarme: ¡Arqueólogo! . . . ¡Escudriñador de antigüedades! . . . ¡Manda eso al Museo! . . . ¡Quítale los zapatos! . . . ¡Mátala! . . . y qué se yo cuántas cosas más.

—Señorita . . . permítame, la dije, y traté de pararme; pero ella, jadeante, y sin dejar de saltar exclamó: ¡No; no perdamos la música!

—¡Canastos! Esta si es buena! . . . Pero ya yo estaba resuelto á todo.

—¡Señora! exclamé airado. ¿Qué edad tiene usted? . . .

Santo remedio. Se sulfuró; me dijo que era una malacrianza inquirir la edad de las personas; que ella estaba acostumbrada á tratar con caballeros; y mil cosas más sobre lo bruto que somos los mozos de ahora. Pero saltó de ella.

—¿Qué le pareció la pareja? me preguntó mi victimario cuando volví al corredor.

—¡Magnífica! ¿Son así todas las primas de usted?

—Todas.

—Pues, le felicito. Y agregué para mí: Ya sabrás tú que clase de enemigo soy yo.

¡Oh, la política!

JABINO.



¿COMO ACABÓ AQUELLO?

(Litigio filológico)

Que cómo acabó aquello? Pues no me es posible contestar, porque lo ignoro; pero me parece muy probable que acabase á farolazos, como solía concluir el Rosario de la Aurora: según dicen, que yo ni lo he visto, ni sé de estas cosas sino lo que me han contado.

Por eso justamente, porque me lo han contado y me lo han contado muy en serio personas formales y fidedignas, sé que en cierta ocasión discutieron muy acaloradamente, durante seis horas ó más, varios personajes políticos, sobre si debía decirse *LA orden del día* ó *EL orden del día*.

De la verdad del hecho, que no presencié, respondiendo como si lo hubiera presenciado; pues hombres de mucho respeto y de mucho crédito me dijeron que podía darlo por seguro lo mismo que si lo hubiera visto con mis propios ojos y escuchado con mis dos oídos; como la heroína de don Ramón de la Cruz.

—Debe decirse *LA orden del día*—gritaba uno.

—No está bien dicho sino *EL orden del día*—vociferaba otro.

—Me parece—insinuaba un tercero en discordia, en tono conciliador, ó conciliativo—que están en lo justo y tienen razón los dos señores preopinantes. *La orden*, bien dicho está: *el orden* no está mal tampoco; de ambas maneras puede decirse, porque la Academia da al vocablo *orden* el género común; de donde se deduce, ó soy un porro en achaque de deducciones (lo cual podría suceder muy bien), que estamos autorizados para decir *la orden* y *el orden*; bien así como se dice indistintamente el puente y la puente, la color y el color, y de una y de otra manera está bien dicho porque.....

—Pues á mí me parece—interrumpió un cuarto que, á fuer de intransigente, escuchaba con visibles muestras de impaciencia las acarameladas razones del consabido;—á mí me parece que se equivocan ustedes todos: no puede decirse *la orden*, ni ha de decirse *el orden*.

—¿Pues qué?—pregunta tímidamente el de las componendas.—¿Vamos á decir *lo orden* desde ahora? Corriente, no me opongo. Ya nos iremos acostumbrando á la cacofonía que.....

—¡Bah! no nos venga usted ahora con sandeces. Nadie ha pensado en que se diga *lo orden*; ¿es que me toma usted por idiota?

—¡Oh! ¡Dios mío! De ninguna manera—respondió el consabido todo atribulado;—¿cómo había yo de osar?.....

—Pues lo parece—repuso el otro sin dejarle concluir;—porque sólo á un idiota podía habersele ocurrido tal dislate. ¡Lo orden! No señor; ni *lo*, ni *la*, ni *el*; hemos de decir solamente *ORDEN DEL DÍA*, así pelado, como se dice *punte colgante* ó *punte del Genil*, ni más, ni menos.

—Resulta, pues—dijo el que presidía, como si tratase de resumir el debate—que hay entre nosotros cuatro pareceres distintos: el de los que pretenden que se diga *la*; el de los que afirman que se ha de decir *el*; el de los que aceptan *el* y *la*, y el de los que no quieren ni *la* ni *el*.

Como entre opiniones tan distintas no caben transacciones, me parece lo más razonable que sometamos el asunto á la única autoridad reconocida en cuestiones de lenguaje: consultemos el *Diccionario de la Lengua*, y lo que él diga y

enseñe lo aceptamos todos, y estamos al cabo de la calle y terminó el pleito.

Sobre si el *Léxico* (así lo nombraba el intransigente) debía ser ó no ser consultado, promovióse nueva zalagarda.

—Protesto—decía, manoteando mucho, el intransigente,—protesto con todas mis fuerzas contra lo que su señoría propone. Yo no reconozco ni acato la autoridad de la Academia, ni puedo creer en la infalibilidad de su *Léxico*; ese librote, en el que ni una vez sola he conseguido hallar la palabra que buscaba.

¿Qué fe puedo prestar á un Diccionario que no contiene la palabra fusilamiento? ¡Aquí donde nos hemos pasado fusilándonos unos á otros la mitad de un siglo!

¿Cómo he de conceder autoridad á una corporación que admite la voz *jefa*, que casi nadie ha usado, y no acepta la voz *jefatura* que empleamos todos?

¿Pues qué me dicen ustedes de haber dado carta de naturaleza al vocablo *cursi*, y no concedérsela, ni condicionalmente, á su derivada *cursilería*?

Pero son, en verdad, extrañas tales pretericiones, cuando no han obtenido gracia en el espíritu de los señores académicos dicciones tan necesarias y al propio tiempo tan conformes con la índole del idioma, como: *vejatorio* (de *vejar*, que si está en el Diccionario); *cuquería*, más generalizada y de significación más concreta y más definida que el exótico y caprichoso *cursi*; *expediente*, tan usual y tan corriente entre nosotros; *esposar*, en la significación de poner esposas á los reos, dicción empleada por excelentes hablistas á quienes la Academia misma ha declarado autoridades: *obstruccionismo*, tan empleado por nuestros más elocuentes oradores políticos; *beligerancia*, voz indispensable á los tratadistas de Derecho público; *bajista*, voz significativa de algo que existe efectivamente, que no tiene otro nombre, que no puede ser designado sino valiéndose de muchas palabras y que tiene su opuesto *alcista*, que la Academia acepta y define: lo que digo de *bajista* lo digo también de *primista*, palabra de uso común y corriente y que, sin embargo, no figura entre las sancionadas por la Academia.

No acabaría nunca, señores, no acabaría nunca, si me empeñase en mencionar las voces castellanas, castellanas legítima y castizamente impuestas por el uso (*el jus et norma loquendi*)—el uso de distinguidos hablistas, por de contado—y que faltan en el Diccionario. No ya todas las que faltan, que de esas no tengo noticia completa, solamente aquellas cuya falta he notado yo sin más que hojear el *Léxico* cuando lo he necesitado, son casi innumerables.

Ni *impedimenta*, ni *policiazo*, ni *millonada*, ni *timo*, ni *timador*, ni *petrolero*, ni *pelotari*, ni . . . ¿qué se yo? Si les digo á ustedes que es el cuento de nunca acabar. Por eso vuelvo á decirles que recuso el testimonio del Diccionario.

Testimonio que, por otra parte, para nada necesitamos. En resumidas cuentas, nosotros somos los que hemos de resolver cómo debe decirse, en lo sucesivo, y para resolverlo es preciso, ante todo, que fijemos bien lo que pretendemos. ¿Para qué vamos á engañarnos? Hablemos todos con franqueza y juguemos á cartas vistas. ¿Se quiere que el presidente pueda poner á discusión lo que bien le parezca, antes ó después, más pronto ó más tarde, según le convenga ó convenga á sus amigos? Entonces hay que decir *la orden*.

¿Queremos que el presidente se someta al turno preestablecido y que no pueda separarse de él para nada? Entonces hay que decir *el orden*.

En el primer caso convertiremos al presidente en dictador; en el segundo le haremos esclavo.

Elijan ustedes.—

No es necesario que yo describa la marimorena que allí se armó entonces. Tal fue, que hasta el intransigente llegó á ponerse de parte del conciliador para lograr que se apasiguasen los ánimos.

Se apaciguaron, en efecto, aunque no sin dificultad, y convinieron unos y otros en consultar el Diccionario, cuya enseñanza se comprometieron todos á recibir y acatar como decisiva.

Lo que sucedió después lo ignoro; las personas que me refirieron la ocurrencia—que es ya muy antigua, muy antigua; no sé de qué año—abandonaron el lugar del suceso antes de que se llevase á efecto la consulta: pero manifestaban sospechas de que los personajes quedarían después de haber consultado lo mismo que se hallaban antes de consultar, porque en el Diccionario de la Academia, edición de 1884—última hasta hoy de esa obra—no están resueltas,

ni bien, ni mal, las dudas que allí se habían suscitado.

De suerte que los representantes del país, así diputados como senadores, se hallan, por lo que respecta á esta cuestión filológica, lo mismo que se hallaba Gedeón cuando ignoraba si él sería tío ó tía; nuestros personajes no saben si son *los órdenes* ó *los ordenes* del día lo que discuten y votan en los Cuerpos colegisladores respectivos.

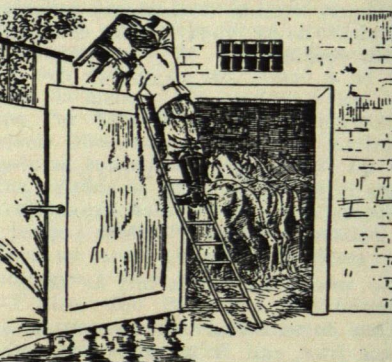
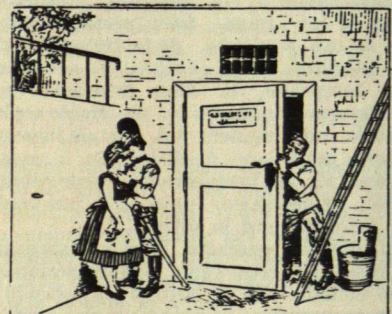
Veremos si la edición próxima venidera del Diccionario nos saca á todos de estas confusiones, que amargan nuestra existencia.

A. SANCHEZ PEREZ.



SECCION RECREATIVA

Estado del tiempo—calor y lluvia:



Las mujeres en Wisconsin

Ha habido un tumulto cerca de Marinette (Wisconsin), en que han jugado papel principal las mujeres. Una sociedad destinada al comercio de maderas de construcción, se instaló en un terreno cuya propiedad fue disputada hasta el extremo de tener que construir cercas que resguardaran los talleres.

Una mañana, cuarenta mujeres armadas de hachas destruyeron las cercas y arrojaron los restos á la bahía de Green.

La compañía ordenó reconstruir la cerca, pero las mujeres volvieron á la carga y derrotaron á bastonazos á los obreros é hirieron gravemente al capataz. El director de la compañía salió á parlamentar con tales furias, pero lo llenaron de improperios y luégo lo rociaron con agua caliente. La población masculina de Schanty-town, alentada con este ejemplo, se unió á las mujeres en sus manifestaciones.

Captura de la serpiente de mar

La famosa y auténtica serpiente de mar que desde semanas atrás era la admiración de viajeros y turistas que pasaban por el estrecho de Long-Island, ha sido capturada en circunstancias dramáticas, en el río Este en New York, y quien quiera puede verla, mediante una pequeña retribución en provecho de una obra filantrópica.

¡Confúndanse los escépticos que insinuaron que las serpientes de mar eran producto de imaginaciones excitadas por el abuso del wiskey! Después de haber recorrido el estrecho, el mónstruo tuvo la fatal ocurrencia de descender el río del Este, y lo que es más peligroso aún, visitar la penitenciaría de Blackwell's Island, en donde hay encerrados tantos borrachos que no ven sino ratas, de bodega sin duda, en sus alucinaciones alcohólicas. Tres de los guardias de Blackwell's Island se encontraban de facción en la orilla, á la caída de la noche, viendo aproximarse al mónstruo. Lo alertaron según la consigna, pero, naturalmente, la serpiente no los comprendió y continuó avanzando hacia la isla. Resonaron tres tiros de carabina simultáneamente; la serpiente, herida mortalmente, después de azotar el agua con la cola y levantar borbotones de espuma, se volteó de abajo arriba y entonces fue capturada por los tres guardias, quienes le pasaron una cuerda al cuello y la arrastraron, no sin dificultad, hasta la presencia del director del presidio. Pero ya el mónstruo estaba muerto.

En el acto de la nueva de su captura se propagó con la velocidad del relámpago y el pobre director estuvo recibiendo durante toda la noche proposiciones de numerosos expositores de curiosidades, quienes le ofrecían sumas inverosímiles por el despojo del mónstruo. Pero un reporter, más listo, logró hacerse regalar la serpiente prometiendo que el producto de su exhibición se destinaría á una obra filantrópica.

Tal es la versión oficial é indiscutible de la captura de la serpiente de mar en New York.

Sin embargo, un comerciante poco escrupuloso y que nó pierde ocasión para un reclamo, amenazó con reivindicar ante los tribunales sus derechos á la posesión de la serpiente. El referido comerciante pretendió que, siendo proveedor de animales exóticos á los circos ambulantes, la supuesta serpiente no era sino un pitón que él hizo traer, con otros siete ú ocho, de la India y que habiendo muerto al término del viaje, fue arrojado al mar. Pero tal historia ha sido desmentida por todos los naturalistas que han examinado el mónstruo y han declarado "que es una serpiente de especie no clasificada aún y provista de aletas natatorias que le permiten viajar sobre el agua!" Tiene 25 pies de largo y 168 pulgadas de circunferencia en la parte más gruesa del cuerpo. La cabeza, aunque de una magnitud extraordinaria, tiene exactamente la forma de una cabeza de serpiente y la boca, de seis pulgadas, próximamente, de abertura, tiene doble hilera de dientes encorvados.

El feliz reporter que se ha hecho regalar la serpiente, la trasportó á la oficina de su periódico en una enorme barrica, en la cual pudo hacerla entrar arrollándola.

Electrización del aire por las gotas de agua

La ciencia ha demostrado que con ayuda de aparatos especiales, el paso de una gota de agua, á través del aire, electriza ligeramente á éste. La acción eléctrica es mucho más intensa cuando la gota de agua encuentra un cuerpo sólido ó una superficie líquida. Se ha observado además que si una gota de agua dulce choca contra una superficie de agua salada ó contra un cuerpo sólido, el aire se electriza negativamente, y que si la gota es de agua salada la electrización del aire es positiva.

El choque de las olas unas con otras da origen también á la electrización positiva del aire en mucho mayor escala que la negativa causada por la lluvia.

De cómo con un paraguas de "El Cojo" se obtiene una piel de tigre



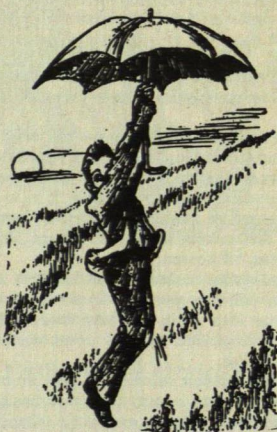
Compra U. el paraguas y se va al campo.—Allí el tigre



Ponga el sombrero en la punta del paraguas, y aguarde el ataque agachado á orillas del precipicio.



Al empuje del animal, ambos caen.



Pero U. abre el paraguas y desciende con su paracaídas.



El tigre queda aplastado



Y usted le saca el cuero.

El automatismo

¿En dónde pararán los progresos del automatismo? Ahora tiempo se hablaba de un maravilloso caballo mecánico que inventó un alemán. Pues hoy Holanda ha creado "el médico-autómata."

El aparato ofrece el aspecto de un viejo médico de peluca, en cuyo cuerpo se ha practicado una serie de agujeros que lleva cada uno el nombre de una enfermedad. Cuando se presenta una afección cualquiera, catarro, por ejemplo, ó lombriz solitaria, no hay sino introducir una moneda de diez céntimos por la abertura correspondiente á las palabras *catarro* ó *solitaria* é inmediatamente sale el remedio apropiado.

Por supuesto que el médico-autómata no es aún perfecto, porque falta darle la facultad de diagnosticar.

Allá llegaremos.

El duelo en Inglaterra

Si en todas partes se castigara el duelo con la severidad que en el Reino Unido, no habría tantos aficionados á acudir sobre el terreno "por un quitame allá esas pajas," para solventar cuestiones de honor, cuando en realidad, la inmensa mayoría va con el único objeto de adquirir notoriedad á cambio de dar ó recibir un sablazo, propiamente dicho.

Cada cual busca la popularidad á su manera.

Hoy los duelos en Inglaterra son considerados como crímenes, y todos los que en un desafío toman partes son severamente castigados.

Epoca hubo también en Londres que menudearon los desafíos políticos.

Trece años después de la batalla de Waterloo, el duque de Wellington se batió á pistola con lord Wichester, á consecuencia de un vivo incidente que ambos tuvieron en el Parlamento.

Este duelo proporcionó un espectáculo altamente cómico, pues se dió el caso nunca visto de que un generalísimo tenía una pistola en sus manos por primera vez.

Sus padrinos, que también pertenecían al ejército, demostraron igualmente su impericia, pues no supieron cargar las pistolas.

Por aquella época hubo más duelos en Inglaterra que en Francia, España, Italia y Alemania, y que en todos los países continentales, donde todavía se toleran. Hubo, pues, manga ancha en Inglaterra para los duelistas hasta 1843. En aquel entonces hubo un desafío seguido de muerte entre el teniente Munroe y el teniente coronel Fawcett, cuyo desenlace trágico sublevó al país entero. Pues á pesar de la lealtad con que el combate se verificó, el teniente Munroe fué ahorcado, no valiéndole de nada ni su alta situación ni sus relevantes servicios. Los cuatro testigos llevaron también su correspondiente castigo. Todos fueron condenados á quince años de trabajos forzados.

La severidad de la ley acabó con el duelo. Once años trascurrieron sin que hubiera ninguno; cuando un día, en 1854, se supo que dos emigrados franceses, Cournet y Barthelemy se habían batido á pistola en el parque Richmond, y que Cournet había sido muerto de un balazo.

¡Duelo épico, digno de las más hermosas épocas de la caballería!

Barthelemy debía disparar el primero. Dos veces le falló el tiro.

Cournet entonces se adelantó hacia su adversario con la sonrisa en los labios, y con exquisita galantería le ofreció su arma, volviéndose tranquilo y reposadamente á su puesto. Diez segundos después había muerto.

La justicia inglesa absolvió al matador y los testigos por la sencilla razón de que eran extranjeros y no tenían obligación de conocer las leyes del país.

Desde esta época tan solo doce duelos se han verificado en Inglaterra. Dos *gentlemen* que tuvieron la desgracia de matar á sus contrarios sufrieron la pena de muerte en horca, y 70 adversarios y testigos fueron condenados á trabajos forzados.

Grecia reconocida

Va á inaugurarse en Atenas la estatua de Byron, para proceder luego á la erección de la de Gladstone. A propósito de esto, un diario francés inserta algunos reclamos de un periódico griego que pregunta, al tratarse de esas manifestaciones de reconocimiento, á los filhelenos, ¿qué se hace en obsequio del ejército francés que libertó el territorio griego? ¿qué en obsequio de Chateaubriand, y de Carlos X y del mariscal Maison?

Mnemotecnica

IMAGE.—Las letras de que se compone esta palabra tienen cierta relación con un poeta de la antigüedad: Son respectivamente las iniciales del país de ese poeta, de su ciudad natal, del príncipe que lo protegió y de sus dos principales poemas.

¿Cuál fue ese poeta?

Historia natural

EL ÁRBOL MARAVILLOSO DEL THIBET

Este árbol tiene un gran renombre en el Thibet oriental.

Se ha dicho que se ha dado el caso de pagar á precio de oro una hoja de aquel árbol sagrado.

Fue señalado por primera vez por el P. Hue en sus *Recuerdos del viaje al Thibet*. Aquel árbol extraordinario tiene escrito un carácter tibetano en cada una de sus hojas; se asegura en el país que el alfabeto aumenta á medida que nacen nuevas hojas y que en los años propicios las letras se ven reemplazadas por imágenes religiosas. El escritor llamó á este árbol misterioso "el árbol de las 10.000 imágenes." Se las encuentra en las hojas, en las ramas y en el tronco. Es visible para todos los exploradores cerca del templo de Boudha, en la aldea de Liou-sar.

En 1891, William Rockhill, que venía de China y de Mongolia, quiso ver el famoso árbol. Fué á Liou-sar, que es una aldea de 800 habitantes y que posee una inmensa congregación de lamas ó sacerdotes de Boudha, 3.000 á lo menos. Estos sacerdotes tienen varios templos. En el mayor se observa, en un trono de tres metros, una estatua de Boudha, de oro puro, según se dice. A diez metros de este templo se encuentra el árbol de las imágenes. Rockhill no pudo verlas, porque llegó en el mes de Febrero y el árbol no tenía hojas. "Volveré," se dijo y por todas partes fué repitiendo que verdaderamente existía el tal árbol: mitad verdad y mitad nó. Monseñor Biet, de las misiones extranjeras, vicario apostólico del Thibet, acaba de dar la clave del misterio. Lo puso al corriente un lama que enfermó en una peregrinación y fue asistido y curado por el obispo: reconocido, abjuró de su religión y se hizo católico.

Para sostener la gran congregación de Liou-sar, se necesita mucho dinero. Ahora, todo espectáculo se paga, aún en el Thibet. Por ello es que los bonzos han imaginado el árbol de las 10.000 imágenes, desde tiempo inmemorial. En la primavera, y aún en estío, un lama provisto de una prensa de mano, imprime durante la noche, en cada hoja, uno de los caracteres de la fórmula: *Om mané padomé om* (Gloria á Boudha en el loto). Igual operación hace en la corteza y ésta, como las hojas, se vende á los visitantes.

El abuso del piano

El doctor Waßzold, miembro correspondiente de la Academia de Medicina de París, ha dirigido á aquella corporación una memoria en que sostiene que la clorosis y la neurosis de que sufren tantas niñas, deben ser en gran parte atribuidas al abuso del piano.

Sería necesario acabar, al ser cierto, con la odiosa costumbre de obligar á las niñas á sentarse al piano antes de los quince y diez y seis años. Aun á esta edad, no se les debe permitir el estudio sino á las que tengan una decidida vocación y un fuerte temperamento.

En un cuadro estadístico que acompaña á su memoria, el doctor demuestra que por cada millar de niñas que se dedican al estudio del piano antes de los doce años, seiscientos se ven atacadas de enfermedades nerviosas antes de llegar á la mayoría, en tanto que el número de enfermedades del mismo género es solo de doscientas en las que han comenzado sus estudios más tarde y únicamente de cien en las que no se han acercado nunca á un teclado.

El estudio del violín, según el mismo sabio, produce efectos más desastrosos aún.

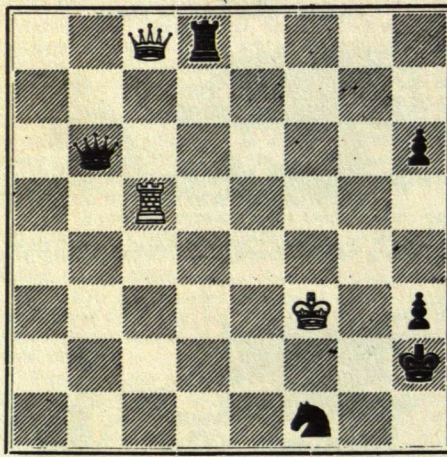
Es una advertencia importante, no para los fabricantes seguramente, sino para aquellos padres que resultan demasiado entusiastas por favorecer el desarrollo de algún genio musical hipotético, condenando á sus hijas, desde la más tierna edad, al suplicio de la cuerda harmónica.

Caso de sugestión

Un especialista belga comunica á una asamblea de sabios, un caso de sugestión de los más extraordinarios. Se trata de una niña de once años que tenía la costumbre de seguir á su primo, médico rural, en sus visitas profesionales. La niña había adquirido de esta manera algunas nociones de medicina. Un día la niña enfermó, pero no de cuidado; durante la convalecencia caminaba penosamente, llevada de la mano por la madre.

Hubo ocasión en que el médico exclamó, al verla: "Vaya! Por lo menos no quedará paralítica." Inmediatamente la chica se sintió incapaz para moverse; pero una simple sugestión, en estado de vigilia, bastó para volverla á su estado normal. Algún tiempo después, como no se restableciera tan pronto como el médico lo deseaba, éste olvidó el caso anterior hasta decir: "Ahora, solo falta que se ponga tísica." Al oír estas palabras, la niña comenzó á toser y escupir sangre.

NEGROS



El blanco juega y da mate en dos jugadas.

Del Pacífico al Atlántico

En un periódico europeo encontramos descrita una curiosa extensión de agua que se encuentra en la región del Yellowstone, en la línea divisoria de las aguas de la América del Norte. Alimentada por las lluvias que se acumulan en una especie de gran laguna, ofrece la particularidad de verter sus aguas en dos arroyos que se separan y conducen su caudal el uno al Pacífico y el otro al Atlántico. El hecho es curioso, no sólo desde el punto de vista geográfico, sino desde el de la fauna; porque esta comunicación podría explicar el hecho de hallarse ciertos peces en aguas dulces que van al Atlántico, á cierta distancia de la línea divisoria, cuando es evidente que tales peces (truchas) no han podido remontarse desde dicho Océano. Lo probable es, pues, que las truchas del Pacífico, después de atravesar la línea divisoria por Tivo-Ocean Pass, hayan seguido las corrientes que van al Atlántico hasta el lago en que actualmente se las encuentra y á donde no hubieran podido llegar directamente desde el mar últimamente citado.

Para mujeres solas

Se construye actualmente en Nueva York un edificio que será exclusivamente destinado para uso de mujeres solas.

En el "Womans building," que tal es el título que llevará este establecimiento, que será instalado con lujo y confort extraordinarios, habrá en el piso bajo baños de todas clases y salones de peluquería.

En el principal se encontrará un club femenino que contará con restaurant, salón de lectura, salas de reunión, de juntas, biblioteca, etc.

En los demás pisos habrá departamentos reservados para familias exclusivamente compuestas de mujeres.

Para dar una idea de lo que será este edificio, baste decir que el presupuesto para la construcción monta á 3.750.000 bolívares.

En Inglaterra existen estos clubs, pero en otra escala, pues su instalación no comprende más que sala de lectura con biblioteca, sala de reunión y salones particulares reservados á los socios mediante previo aviso, para recibir en ellos á sus amistades con comodidad, pues amenudo, en su casa carecen de las necesarias ó no tienen capacidad suficiente; y como allí mismo hay un excelente servicio, por una módica retribución se puede dar cualquier dama el gusto de obsequiar á sus amigas.

Ordinariamente, á estos "Womans club" van muchas señoras á tomar un té ó un lunch, y á leer periódicos.

Audacia y sangre fría

Refiere un periódico suizo que no hace mucho tiempo un oficial vestido con el uniforme de capitán prusiano inspeccionaba la explanada de la fortaleza de Spandau, la más importante de Alemania y la que contiene el famoso tesoro de guerra. Una patrulla, sorprendida de encontrar en semejante sitio á un paseante á quien nadie conocía, lo arrestó y lo condujo á presencia del comandante de la plaza; el misterioso personaje dio inmediatamente su nombre, explicó que era capitán de la guardia real y después de haber hecho verificar su identidad, reanudó su paseo y se retiró cuando lo tuvo á bien, no sin recibir antes las excusas de sus camaradas. Más tarde fue cuando se supo que el oficial de la guardia real por el que se había hecho pasar, no había abandonado á Berlín: cayó en la cuenta de que se había sido víctima de un audaz é ingenioso espía, el mismo que, vestido también de capitán prusiano, se había introducido en el cuartel de Charlottenbourg y llevándose un fusil que no se encontró luego.

La Patti

Adelina Patti refiere en una revista inglesa cómo se hizo cantatriz.

Tenía siete años y su familia se encontraba en una miseria profunda; su padre manifestó un día la intención de vender su última joya: "Oh papá, suplico la niña, no vendas ese hermoso afiler de corbata; déjame cantar en público y verás como salimos de angustias." El padre de Adelina consintió, á su pesar: la joven artista se estrenó en un escenario de Nueva York y triunfó desde el primer día. La miseria huyó de la casa paterna y al cabo de algunos meses, la diva compraba una elegante y confortable quinta para residencia de sus padres.

La Patti en América

Mr. Lionel Mapleson, empresario de teatro ha publicado recientemente algunos detalles curiosos acerca de la excursión de la Patti á Méjico y los Estados Unidos.

Da aquel cuenta del resultado financiero de la *tournee*, y entre otros pormenores, dice, que en Chicago, durante cuatro semanas, se embolsó nada menos que 233.000 dólares.

La moda de tirar ramilletes á las actrices, desechada ya en los Estados Unidos lo mismo que en Inglaterra y Francia, subsiste aún en Méjico. El escenario se convierte en una tienda de flores. Cierto día en que la Patti prestó su generoso concurso para un concierto de beneficencia, todo el proscenio parecía una alfombra de violetas.

Refiere Mr. Mapleson la anécdota siguiente:

Tenía la célebre cantante un perrito de una raza mejicana sumamente rara, que le había regalado el Presidente Díaz, y al cual quería mucho.

El animalito se murió en el viaje, y la diva no encontraba consuelo para su pena.

Una noche acababa de cantar *Lucía*; llovían los ramilletes y Adelina saludaba al público, cuando de pronto, y pasando sobre la batería, le entregaron una cajita toda cubierta de rosas, cuya tapa se abrió por sí misma, y de la cual salió un perrito exactamente igual al difunto.

El diminuto can empezó á dar muestras de alegría no bien abandonó su encierro; la Patti no ocultaba su regocijo y él público aplaudía ruidosamente.

Divorcio en tren expreso

Después de haber vivido algunos años en feliz unión los esposos Taylor, tuvieron algunos disgustos de familia, en Spring Valley (Minnesota), de los cuales resultó su separación. Mme. Taylor se retiró á Lacrosse (Wisconsin), en donde estableció un almacén de modas hasta hoy próspero, en tanto que Mr. Taylor se quedó en Spring Valley, después de haberle prometido á su mujer no solicitarla más, ni defenderse de la demanda de divorcio que ella hizo antes de partir.

Cuando llegó el día del proceso, Mme. Taylor se vio obligada á ir á Spring Valley. Concurrió al tribunal con el abogado y los testigos, pero en momentos en que iba á sentenciarse la causa, el juez recibió un despacho urgentísimo para una ciudad vecina. Qué hacer? No podía obligar á la demandante á hacer un segundo viaje de Lacrosse, pero el tiempo pasaba y el tren iba á partir. Le ocurrió una solución peregrina: invitó á todo el mundo á que le siguiera, y así, el escribano, el ujier, Mme. Taylor, su abogado y los testigos subieron á un wagón con el magistrado. Desde que el tren se puso en marcha, empezó la audiencia en aquel tribunal de nuevo cuño y, cuando siete millas más adelante, el *expres* se detenía en la estación de Wyckoff, Mme. Taylor salía divorciada en forma.

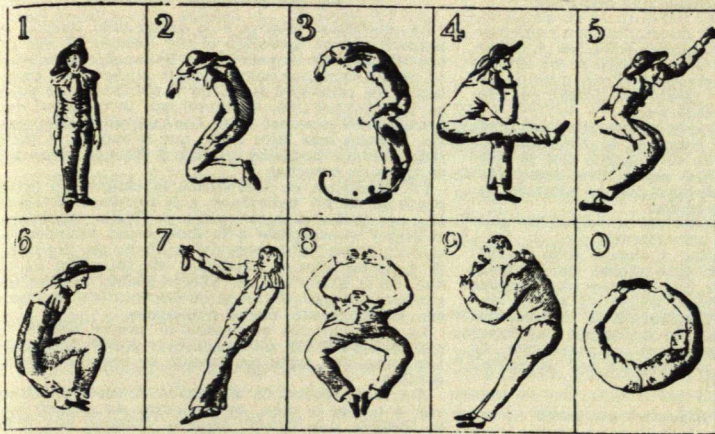
El beso en Australia

Un beso dado en plena calle á una dama, sin tener de ella autorización, constituye en la colonia de Victoria, en Australia, un *indecente asalto*, como acontece en Inglaterra? Parece que no piensan eso los jueces del distrito de Bendigo.

En efecto, acaban de absolver á un joven, llevado ante ellos, por el delito de haberle aplicado inopinadamente dos sonoros besos en las mejillas á una señora que pasaba tranquilamente por la calle. La dama, atónita por aquella muestra de admiración de nueva especie, no tuvo tiempo de protestar; pero un policía pudibundo, testigo estupefacto de la escena, cogió por el cuello al muy entusiasmado caballero y lo llevó en el acto ante los representantes de la justicia.

El lado curioso del asunto es que la sentencia dictada después del interrogatorio, declara que, en contra de la opinión del virtuoso policía, "un beso dado aún con violencia en un lugar entregado al tráfico, no constituye ataque á la moral pública."

El caso es para espantarse en un país en que se habla inglés.



ANTIGUO GRABADO ALEMÁN
Arlequín ejecutando posiciones en figura de cifras.

Talla del diamante

Hasta ahora se había atribuido la invención de la talla del diamante al famoso Luis de Berquen, que nació en Bruges, a mediados del siglo XV. Esta opinión tenía por único fundamento un pasaje del libro de Robert de Berquen (comerciante orfebre en París y descendiente del lapidario de Bruges: *Maravillas de las Indias occidentales y orientales, ó nuevo tratado de piedras preciosas*, 1661. Pero, entregándose a algunas investigaciones con motivo de una "reunión de piedras preciosas" efectuada recientemente en Bruselas, un publicista belga ha encontrado documentos que rebajan mucho el mérito de Luis de Berquen. En la descripción de París, escrita en 1407 por Gilberto de Metz, se refería ya algo de "varios obreros artificiosos que pulían los diamantes en diversas formas." Efectivamente, hacia el siglo XV se perfeccionó la talla europea y el centro más importante de la industria diamantista fue Bruges, capital artística de los Países Bajos, en aquel tiempo. Se puede, pues, asegurar que la gloria atribuida hasta hoy á Berquen corresponde á la corporación entera de lapidarios de Bruges.

Un barómetro viviente

Existe en Park Ride (New Jersey) una profetiza de un género especial: es una señora, Alonzo Campbell, mujer de un rico arrendatario del lugar, que infaliblemente y mejor que los prácticos de la oficina meteorológica, predice las tempestades. Hace algunos años, Mme. Campbell fue herida por un rayo; desde entonces, cada vez que se forma una tempestad, por distante que esté, ella la siente venir; comienza á temblar y á medida que la tempestad se aproxima, parece que pierde la razón; en el momento en que estalla, se desvanece y sólo vuelve en sí cuando han desaparecido las nubes cargadas de electricidad.

Los médicos han ensayado todos los tratamientos para curar á Mme. Campbell de esta singular afección, pero nada han conseguido. Lo único que parece aliviarla un poco es una poción calmante que se le hace tomar antes de que empiece la tempestad; después de esto, permanece en la cama hasta que se serena la atmósfera.

El 13 de julio último, durante una fuerte granizada en el condado de Bergen, todo el mundo se sorprendió de ver tranquilamente en sus ocupaciones á Mme. Campbell; pero ello depende de que la electricidad es la causa de los males de la señora. En la última semana de julio fué necesario hacerla beber una preparación opiada mientras pasaba una tempestad.

Alsacia-Lorena

La policía alemana continúa persiguiendo las muestras que anuncian en francés. Un agente de la casa Mercier, de Epernay, había establecido en el teatro del Edén, en Estrasburgo, un pabellón para el despacho de vino de Champagne que representaba. El pabellón llevaba en su frontispicio el nombre de la casa y debajo esta mención: *Le verre, 50 pf.* La policía ordenó que la palabra "*verre*" fuese reemplazada por la palabra "*glas*," con advertencia de que se le instruiría proceso verbal si continuaba la muestra francesa.

Estudiante holgado

El estudiante más rico del mundo es, sin duda, M. Walter S. Hobart, que actualmente sigue curso en la Universidad de Harvard, en los Estados Unidos. Este joven recibe mensualmente de su familia, como pensión, la cantidad de 250.000 bolívares. Falta saber si las cifras que obtiene en las pruebas universitarias tienen la misma elocuencia.

Curiosa invención

Se trata de una nueva maleta que se ha puesto á prueba en el ejército austriaco y que tiende á reemplazar el morral y la dulzaina. Se espera aligerar así en dos kilogramos la carga del soldado.

Lo más curioso es que este saco impermeable puede convertirse, en un momento dado, en flotador; de manera que con él puede atravesarse tranquilamente una corriente, con armas y bagajes.

Nuevo órgano

En la iglesia de Changhai se ha estrenado un órgano de bambú, cuyos tubos dan sonidos mucho más suaves y agradables que los tubos de metal, con la ventaja además de lo económico del nuevo instrumento.

Entre amigos de confianza

—Hay que convenir, Ricardo, en que somos dos estápidos.
—Hombre, hazme el favor de hablar en singular.
—Bueno; pues hay que convenir en que eres un estúpido.

Entre esposos

—Cuando se muera uno de nosotros, me irá á vivir al campo, entre plantas y flores.
—¿Y si eres tú el que se muere?
—No, hija mía, no; no hablemos de cosas tristes.

MISCELANEA

Los comedores de pelo

Hay muchas jóvenes, muchas mujeres de edad y hasta hombres, á quienes les agrada comerse sus cabellos y tal vez los de los demás.

En algunas autopsias practicadas se ha encontrado gran cantidad de pelo en el estómago de las víctimas.

El doctor Russel recogió cuatro libras de pelo en el estómago de una mujer de treinta años.

En Königsberg se extrajeron cerca de 300 gramos de cabellos del estómago de un sujeto llamado Schöenberg.

En Stokolmo, un hombre muy conocido allí, Berg, tenía 800 gramos de pelo y á un inglés llamado Thornton se le encontró un kilo completo.

Estas masas de pelo les fueron extraídas en vida, mediante operaciones bastante dolorosas.

En Inglaterra, el doctor Swain, después de practicar la gastrotomía, sacó del estómago de una joven de veinte años una masa de cabellos muy superior á la de los precedentes.

La enferma entró en el hospital para curarse un tumor muy grande que ocupaba la mayor parte del abdomen.

El médico tuvo que abrir el vientre. El estómago hallábase distendido de una manera exageradísima. Allí se encontraron..... cinco libras de pelo.

Imposible de todo punto ha sido el poder averiguar cómo habían pasado al estómago, aquellas cinco libras de pelo.

Ocurre con estos enfermos lo mismo exactamente que con los que tienen el gusto de tragarse alfileres; cuyo número es más considerable de lo que se cree; nunca confiesan su debilidad.

Sin embargo, la enferma operada por Mr. Swain acabó por decir que tenía la costumbre de morderse el pelo y que le era imposible desterrar tales hábitos porque una fuerza superior á su voluntad se lo impedía.

Los congresos de Burdeos

Dos congresos notables se han reunido en aquella ciudad.

Uno de ellos es el Congreso nacional de Geografía, presidido por M. Mahy, vice-presidente de la Cámara de Diputados. En él, M. de Azam, presidente de la Sociedad geográfica del Sudoeste, pronunció una breve alocución dando las gracias á los numerosos miembros presentes de la Cámara de comercio y de la sociedad filomática. El presidente pronunció un largo discurso acerca de la cuestión colonial.

El otro Congreso es el de los alienistas neurologistas. Lo presidió M. Berniquet, prefecto de la Gironda. Se reunió bajo la cúpula central de la Exposición. Asistieron: Drouineau, inspector general de las sociedades de beneficencia, delegado del Ministro del Interior; Daney, alcalde de Burdeos; el doctor Joffroy, presidente del Congreso; Calmou, presidente del tribunal civil; doctor Chailau, médico en jefe del hospital militar; doctor Pitres, decano de la facultad de Medicina de Burdeos; doctor Egis, secretario general del Congreso; doctores Ritti, Charpentier, Foveau de Courmelles, Fleury, Babinski, Ballet, Vallon, Brissaud, Raymond, Roubinovicz, Garnier, representante del prefecto de policía.

M. Joffroy propuso pedir el establecimiento de cátedras de enagenación mental en las Facultad de Medicina.

Proyecto de canal entre el mar Báltico y el Mar Negro

Anuncian los periódicos ingleses que el gobierno ruso proyecta la unión del mar Báltico al Mar Negro, por medio de una vía navegable. Para ello, se saldría de Riga, se utilizarían las corrientes del Duna, el Beresina y el Dnieper, para desembocar en Kherson, á las orillas del Mar Negro. No tendrá de canal sino el trayecto del Beresina al Duna: la longitud total será de 1.600 kilómetros y el ancho de 67 m.

Un vasto receptáculo establecido en Pinak permitirá unir la nueva vía al Dnieper y al Vístula, por medio del río Pripijat.

La construcción de este canal requiere el establecimiento de 7 grandes puentes de ferrocarril y 22 puentes de camino.

Los gastos alcanzarán á 500 millones de bolívares; los trabajos durarán cuando menos 5 años y los buques harán la travesía en 6 días, con una velocidad de seis nudos.

Los estadísticos se entregan á veces á cálculos singularmente infútiles.

Un inglés ha contado el tiempo que se necesita para que la tierra esté de tal modo poblada que no pueda proporcionar alimento ni á un habitante más. Para ello se necesitarían 6.000 millones de humanos y apenas somos hoy 2.000 millones, y según el paciente calculador, la tierra tendrá aquella primera cifra de población el año 2.072.

Siquiera está tolerablemente lejana la época en que los hombres comenzarán á comerse unos á otros.



La China será infaliblemente recortada, pero es muy posible que las potencias interesadas en ello se corten mutuamente el pescuezo.

(De *Humoristische Blätter*, Vienne).

Guillermo II electricista

El Hohenzollern, yacht del emperador de Alemania, estacionado en Cowes, ha sido provisto, por indicación del soberano, de un pabellón imperial luminoso, colocado en el extremo del palo mayor y que reproduce, por un juego ingenioso de diminutas lámparas eléctricas de color, la cruz de hierro con el águila, sobre fondo de oro sembrado de águilas y coronas.

Según expresión del periódico que da la noticia, el monarca está encantado de este faro de nueva invención y de fantásticos efectos durante lanoche.

El teléfono en el convento, la luz eléctrica en la iglesia

La Sigrada congregación de obispos y regulares, residente en Roma, ha dispuesto,—con motivo de una consulta á ella dirigida,—que puede instalarse en el convento el teléfono, con la doble condición de que no se use el aparato sino en circunstancias graves y que la "comunicación" se haga en presencia de dos religiosos. A la vez, la congregación de ritos permite que se ilumine la iglesia con focos eléctricos, siempre que esta luz no se emplee en las ceremonias litúrgicas.

Ciclismo

Los ciclistas alemanes están de plácemes, porque un tribunal civil berlinés ha dispuesto que la bicicleta debe asimilarse á un vehículo y, en consecuencia, los transeúntes deben cederles el paso, bajo pena de demanda si no lo hicieren.

La vacuna del croup

RESPUESTA DEL DOCTOR ROUX

En esta Revista publicamos las conclusiones de un informe dirijido al Consejo de higiene pública y de salubridad del Sena, por el doctor Proust, inspector general de los servicios sanitarios, acerca de un "caso de muerte por el suero antidiftérico". Un diario francés continúa tratando el asunto; de él traducimos esta noticia:

Se trataba de una niña que, el 30 de abril último, fue atacada de angina: como se temiera la difteria, se le administró una inyección de diez centímetros cúbicos de suero. El 8 de mayo se presentaron los accidentes eruptivos y el 12 del mismo mes murió. Inmediatamente los doctores Moizard y Proust declararon que, en su concepto, el suero antidiftérico es un medicamento admirable contra el croup, pero debe emplearse únicamente en caso de difteria comprobada, a menos de exponerse a provocar un verdadero envenenamiento.

El doctor Roux ha contestado en el *Bulletin Médical*, diciendo en síntesis que hace más de un año se vienen empleando dosis de 20, 40 y 60 centímetros cúbicos de suero en los casos de difteria y no ha habido ni uno fatal; que no se ha observado bien el caso de la muerte de la niña. No se ha hecho la autopsia, único argumento decisivo y los síntomas del mal no fueron cuidadosamente estudiados; se examinó al enfermo desde el punto de vista de la inyección y los síntomas presentados son exactamente del mal que produce la infección por un microbio llamado *streptocoque*.

En esas condiciones el informe no prueba nada máxime cuando no se ha sometido a una crítica verdadera científica.

"M. Proust, añade el doctor Roux, no se ha fijado absolutamente en la insuficiencia del diagnóstico, en la incertidumbre en que nos deja la falta de autopsia, en la inverosimilitud del hecho de que diez centímetros maten a un niño cuando otros han soportado, sin peligro, dosis mucho más considerables. Se contenta con decir que los casos de intoxicación por el suero son felizmente muy raros; que el remedio es ahora más activo que en los comienzos de la seroterapia y que quizá sea necesario reducir la dosis a cinco centímetros, la semi-dosis mortal. Pero ¿en qué se funda M. Proust para afirmar que el suero es hoy más activo que en octubre último; y qué experimentos lo autorizan para establecer relación entre la fuerza del suero y sus pretensos efectos tóxicos?"

"El Consejo de higiene ha reconocido que el suero es peligroso y que no debe inyectarse antes de estar seguro de que hay difteria. Esta conclusión de MM. Moizard y Proust, que científicamente no puede sostenerse, es importante desde un punto de vista práctico: si se sigue ese consejo, si el suero se aplica cuando la enfermedad haya progresado, veréis con cuanta rapidez aumenta la cifra de la mortalidad; por eso protesto y grito: no escuchéis a Moizard, ni a Le Gendre, ni a Proust; el suero ocasiona erupciones pasajeras, pero no es peligroso ni mata. Cuando os encontréis en presencia de una angina de falsas membranas que supongáis diftérica, proceded sin aguardar el resultado para obrar. Veinticuatro horas perdidas pueden comprometer una existencia. Aplicad en el acto diez centímetros en los casos ordinarios, veinte si la acción se extiende hasta la laringe. Si el enfermo no tiene difteria el suero es ineficaz, pero en manera alguna perjudicial. Observad esa conducta que diariamente salva centenares de enfermos en el hospital de niños, en el servicio de M. Sevestre."

Drama romántico

En un cementerio de Rumania ha ocurrido un suceso extraordinariamente interesante y misterioso.

En él interviene una joven viuda, con un pequeño hijo, y un joven de los más distinguidos de la primera capital rumana.

La referida señora tenía por costumbre visitar la sepultura que guardaba los restos de su esposo recientemente fallecido, acompañada de su precioso hijo, niño de tres años.

Casi á la misma hora colocábase junto á ella, en otra sepultura que contenía los restos mortales de una noble dama de aquel país, el antes aludido joven.

Durante su estancia en el fúnebre recinto, no dedicábase á orar como parecía lógico, sino que contemplaba con adoración de apasionado pretendiente la actitud tristísima de la viuda que, casi sollozando, como si intentara bajar hasta oscuro recinto donde yacen los despojos de aquel sér á quien tanto amaba, hallábase postrada de rodillas sobre el mármol del sepulcro.

Una tarde á la hora á que acostumbraban hacer su visita los personajes referidos, llegaron los tres á un mismo tiempo, cruzándose por primera vez un respetable saludo.

Dentro ya del cementerio acercóse turbadamente el aristócrata joven á la llorosa viudita y después de algunas palabras y súplicas, sacó un revólver y disparó un tiro sobre ella suicidándose después.

Ambos cadáveres cayeron pesadamente y unidos sobre la losa que cubría el sepulcro donde yacen los despojos de aquel sér que ella tanto amó.

El niño corrió despayorido hacia las habitaciones del conserje, en donde cayó al suelo víctima de un terrible accidente.

Los periódicos aseguran que se trata de un verdadero drama íntimo que ha de llamar poderosamente la atención.

El cólera

Dícese que el cólera hace estragos en la Podolia rusa y que los habitantes se oponen á que se construyan hospitales temporales destinados á los cólicos, motivo por el cual ha habido motines que solo ha podido reprimir la tropa.

Las profundidades del espacio

Hasta ahora las medidas de longitud son insuficientes para dar idea de la distancia prodigiosa á que se encuentran los astros. Sir Robert Ball, en un estudio publicado en una revista de Nueva York, mide la distancia á las estrellas por medio del tiempo que emplearía un telegrama expedido á ellas.

Después de hacer notar que un circuito que diera siete veces vueltas á la tierra en la dirección del Ecuador, sería recorrido en un segundo por la electricidad, el autor supone que vayan líneas semejantes al sol y otros astros y calcula el tiempo necesario para el cambio de correspondencia.

A la luna iría un despacho en un segundo; pero para el sol se necesitaría ocho minutos.

Tratándose de las estrellas; el tiempo sería mayor: para llegar una corriente á la *Alpha* del centauro emplearía cuatro años, y hay millares de estrellas tan alejadas que si se hubiese trasmitido á ellas, por telégrafo, la noticia del descubrimiento de América el mismo día que se hizo, aún no habría llegado; y en otras ignorarían á esta hora el nacimiento de Cristo, si hubiese sido comunicado por el mismo medio.

Veinte y siete días en un pozo

Ha ocurrido un hecho monstruoso en Solimán, cerca de Túnez.

Rifieron tres pastores que guardaban dos rebaños; dos de ellos, que eran hermanos, golpearon violentamente al tercero, más joven, de tal manera que lo creyeron muerto y lo arrojaron á un pozo cercano, de ocho metros de profundidad.

No pasaban de quince años de edad los agresores. Al día siguiente fueron al lugar y notaron que su víctima vivía aún; para acabar con él comenzaron á arrojarle piedras, pero no lograron hacerle daño porque el chico se había refugiado en una quiebra del fondo.

Durante veinte y seis días tuvo lugar la misma escena; á pesar de las súplicas las piedras llovían sin piedad.

Un día, el vigésimo séptimo, dos árabes que andaban cazando palomas torcaes, llegaron cerca del pozo y arrojaron en él algunos guijarros con el propósito de ahuyentar la cacería. Del fondo salió una voz pidiendo perdón y socorro; los cazadores, creyendo en la presencia de espíritus, emprendieron la fuga, pero reflexionaron á poco y volvieron á observar con mayor serenidad. Uno de ellos bajó al fondo del pozo con ayuda de una cuerda y subió al joven pastor en un escudo de delgadez increíble; parecía un esqueleto.

El niño, llevado al café moro de Solimán, refirió que había pasado aquellos veinte y siete días sin agua, porque el pozo estaba seco, y alimentándose con el musgo que nacía en sus paredes.

El cadí quiso arrestar á los culpables, pero ya habían huido y solo ha podido entregarse el padre á disposición de la justicia.

Otra vez el anarquismo

Multiplicanse de nuevo los incidentes producidos por la lucha entre el capital y el trabajo. En las minas de Aniche, un obrero despedido, de nombre Decoux, disparó cinco balazos sobre el ingeniero en jefe, durante una fiesta que se daba en honor de aquel. M. Vuillemin fue gravemente herido, pero el delincuente murió víctima de su propio crimen: debajo de los vestidos llevaba una bomba oculta para dispararla contra los administradores, pero estalló en el momento de hacerlo, y lo mató. La opinión pública considera el atentado como un regreso á las violencias anarquistas: la bomba, la pólvora clorata, todo, es imitación de los Vaillant, los Pauwels y los Ravachol. La indignación que el atentado produjo fue tal que el mismo padre de Decoux se arrojó sobre su cadáver tratándolo de asesino y miserable.

Premios científicos

La Academia de Ciencias de Cracovia ha ofrecido dos premios, uno de 2.500 francos y otro de 1.250: el primero para la mejor discusión de las teorías relativas á la condición física de la tierra, y el segundo destinado al estudio de un punto importante de dichas teorías. Las Memorias habrán de ser presentadas antes de acabar el año 1898.

La Academia de Ciencias de Bolonia ofrece, á su vez, una medalla de oro de 1.000 francos de valor á la Memoria que describa el mejor sistema práctico, químico, físico ó mecánico de apagar incendios ó prevenirlos, ó al aparato nuevo que mejor resuelva el problema. Las Memorias pueden escribirse en italiano, en francés ó en latín, y deberán enviarse al Secretario de la Academia antes del 26 de mayo de 1898.

Eslavos y húngaros

Ha habido serios disturbios en Esseg, ciudad principal de Eslovenia, á causa de que los habitantes quisieron impedir los trabajos escénicos de una compañía de húngaros y atacaron, á la salida del teatro, á los espectadores, arrojándoles frutas y huevos podridos. Los amotinados demolieron en seguida el casino húngaro. La policía fue impotente para contener la muchedumbre y la municipalidad hubo de pedir auxilio á las autoridades militares para restablecer el orden. Los soldados cargaron á la bayoneta, hirieron algunos sublevados y arrestaron á otros.

Adopción de un contador horo-kilométrico

No tardará en llegar, á lo que parece, la tan deseada hora de que los coches estén provistos de un contador horo-kilométrico, en beneficio de los viajeros y conductores.

El prefecto del Sena ha aceptado definitivamente un modelo de contador, presentado por los señores Guenet y Husnick, al cabo de numerosos experimentos en todo el curso del mes de marzo de este año y de informes á ellos relativos.

La emigración italiana

La estadística relativa á la emigración italiana demuestra que ha decrecido el año último. El año 1894 han abandonado el país 225.000 italianos, contra 247.000 en 1893. Disminuye sobre todo la emigración permanente; ha privado á Italia de 23.000 habitantes menos en 1894 que en 1893, en tanto que la temporal comprende 1.800 personas más. Los emigrados temporales van á veces más lejos de lo que se supone, á los Estados Unidos la mayor parte y á Buenos Aires otros, en época de cosechas.

La estadística en 1894 estima la emigración permanente en 101.207 individuos, y la temporal en 124.180. Las provincias septentrionales de Italia suministran el mayor contingente á la emigración temporal, en tanto que los habitantes del mediodía de la península y de las islas se expatrian sin intención de volver. En la alta Italia, el Véneto cuenta muchos emigrantes; los que provienen de Lombardia y la Liguria son sensiblemente menos numerosos.

La clase agrícola suministra el mayor número de emigrantes: 53.000 permanentes y 30.000 temporales. Los jornaleros están igualmente en proporción considerable.

Entre los países de Europa á donde los italianos van á buscar la vida, se encuentra en primer lugar la Francia, con 23.240; sigue el Austria, con 23.168. Luego, los países balcánicos, que recibieron el año último 17.393 italianos; Alemania, 16.545; Hungría, 14.886; Suiza, 10.443.

La fuerza del rayo

En la revista alemana *Archiv für post und Telegraphie*, el profesor Hoppe publica un nuevo ejemplo del poder mecánico del rayo. Durante una tormenta que descargó sobre Klausthal, en el Harz, un rayo penetró en una casa y fué á dar en un poste de madera, en cuyo extremo superior había dos clavos de hierro de cuatro milímetros de diámetro que quedaron fundidos completamente. Ningún horno de fragua hubiera podido realizar esta fusión, para conseguir la cual sería necesaria una corriente de 200 amperes de intensidad y de 20.000 volts de tensión. Admitiendo que la acción del rayo hubiera durado un segundo, la potencia dinámica así desarrollada equivaldría á 5.000 caballos; pero si, lo que es más verosímil, se supone que el rayo no obró sino durante un décimo de segundo, habrá de admitirse una fuerza no menor de 50.000 caballos.

Obsequio del Papa

El Pontífice ha enviado al rey Alfonso XIII, como recuerdo de su primera comunión, una cruz de diamantes, pendiente de una cadena de oro, acompañada de un autógrafo que contiene exhortaciones y deseos por la dicha del rey.



SUELTOS EDITORIALES

Enriqueta Faber. — Con este título ha publicado en la Habana el señor Andrés Clemente Vázquez un episodio histórico por muchos conceptos interesante. El protagonista es aquel médico mujer que disfrazada de hombre vivió á principios del siglo en la Isla de Cuba, ejerció su profesión y se casó con una joven de Baracoa llamada Juana de León. El autor del libro ha sabido explotar el argumento sin quitar á la verdad un solo quilate; de tal modo que ha hecho una novela dentro de los límites de lo real.

Abunda la obra en reflexiones filosófico-sociales á que no puede ser insensible el lector y que prestan alas al espíritu progresista de la época.

Recuerdos generosos de aquellos días de aspiraciones científicas aplicadas especialmente á la ciencia agronómica; rememoración de ilustres nombres y hechos cubanos; citas de historiadores y poetas que la civilización ha adoptado por hijos predilectos; narración de los trágicos sucesos que en Europa enlutaron el fin del primer imperio napoleónico; dulces descripciones de las vírgenes selvas que la avidez industrial descuajaba á orillas del Mississippi: todo esto, á que la accidentada vida de Enriqueta Faber dio motivo, fue exhibido con gráfica pluma y elegante estilo por el afortunado escritor á que nos referimos.

Este libro seduce é ilustra; luego es una obra de mérito, y por tanto digna de aplauso. Reciba el señor Vázquez el nuestro, que va inspirado en la conciencia y que le tributamos con mucho gusto, juntamente con las más rendidas gracias por el obsequio que le debemos del ejemplar de su libro, que tuvo la bondad de enviarnos con atenta dedicatoria.

Au Venezuela.—**SOUVENIRS.**—Con este título ha publicado la señora L. Roncayolo un libro que tiene por objeto grabar sus recuerdos del viaje que hizo á Venezuela en 1876, desde el puerto de Saint Nazaire (Francia) abordo del Washington, hasta La Guaira y Puerto Cabello.

En estos puertos comienza la narración de los sucesos referentes á Venezuela y con la narración el interés del libro.

De Puerto Cabello á la Vela de Coro y de aquí á Paraguaná donde permaneció dos años la viajera, contiene referencias de penalidades, de costumbres y paisajes que en su pluma cobran novedad y prestigio.

Acompañábanla su marido y su hija, tierna niña sin más caudal que sus grandes ojos para admirar tantos y tan diversos espectáculos.

Atravesó el Golfo de Venezuela y desembarcó en Maracaibo. Viajó por el gran lago y recorrió en el trayecto del ferrocarril la no pequeña distancia entre la Ceiba y Sabana de Mendoza. Subió la empinada cuesta de la Mocotí, y pasando por los pueblos de Timotes y Chachopo, emprendió el largo pasaje del páramo de Mucuchíes. Visitó á Mérida, San Cristóbal, Táchira y los Valles de Cúcuta. Navegó por los ríos Catatumbo y Zulía y conoció esos importantes lugares que comienzan á sonar como heraldos de la comunicación ferroviaria entre Maracaibo y Colombia.

No podía ser que al través de tantos parajes, tan diversos climas y aspectos, olvidase la viajera sus impresiones, ni mucho menos que dejase de trasladarlas al papel. Esto ha hecho la señora de Roncayolo con serenidad é ingenua alegría. Descúbrase por sobre el tipo inerte y mudo la elocuencia del sentimiento.

En vano se buscará en sus conmovedoras descripciones la exageración retórica, ni una palabra de entusiasmo fantástico; y sin embargo la imaginación y la inteligencia gozan á la vez leyendo los *Souvenirs*.

A la verdad tuvo la escritora á su vista los más hermosos originales, y pudo pintar los paisajes *d'après nature*; pero de aquí resulta un doble triunfo para ella: el sentimiento que es el alma de las descripciones, y el respeto á la prioridad artística de la naturaleza, que es la estética. Así el lector ve las cosas descritas como naturales, sin que el lenguaje haya tenido necesidad de recurrir á las más altas notas del diapasón.

A pesar de todas las penalidades que sufrió y de los peligros á que se expuso, la señora Roncayolo declara después de cada excursión, que ha sido feliz, y tiene gratas expresiones para bendecir á los pueblos, á la naturaleza y á las mismas penas.

Luce además en el libro una serie de juiciosas observaciones hechas al paso, que se refieren á las costumbres y á la conveniencia de practicar unas con preferencia á otras.

Es justo, pues, confesar que los *Souvenirs* componen un bello libro, digno de su objeto y con bastante mérito para recomendar las facultades literarias é intelectuales de su autora.

Réstanos dar las gracias á la señora Roncayolo por su obsequio, y lo hacemos con la satisfacción de que su obra merecerá juicios favorables de todas las personas que la lean.

Cortesía periodística.—Los números 187 y 194 de *La Lucha* de la Habana, correspondientes al 7 y 15 de agosto próximo pasado, traen conceptos que honran á EL COJO ILUSTRADO y frases de aplauso que obligan nuestra gratitud para con aquel colega de la capital antillana. Sirvan estas líneas como expresión de aquella gratitud á los directores de *La Lucha*.

George D. Ross.—Tenemos que lamentar la muerte de este apreciable extranjero, Director del Ferrocarril de La Guaira á Caracas, caballero correcto en sus procedimientos y que ha dejado grata memoria entre nosotros

Idea excelente.—Bajo este título encontramos en el número 29 del bello periódico ilustrado que se publica en la vecina antilla, titulado *La Habana Elegante*, correspondiente al 14 de agosto del año corriente, un interesante suelto editorial que insertamos á continuación con especial placer, tanto por la importancia del asunto que trata, como por ser la idea iniciada por nuestro ilustrado compatriota, el señor H. Pifiango Lara, Cónsul de Venezuela en la Habana y muy estimado amigo nuestro.

Hé aquí el suelto á que nos referimos:

"Digna de todo encomio es toda tentativa para que se aproximen y se conozcan los diversos países hispano-americanos. Si el origen es el mismo, si una es la lengua y unas las aspiraciones de todos ellos: ¿por qué vivir aislados, sin tratar de conocerse unos á otros? Las relaciones entre ellos no han sido hasta ahora sino meramente literarias, y eso, muy poco estrechas y frecuentes. Puedan estas, siquiera, generalizarse y estrecharse, y aplaudiremos de todo corazón. Así aplaudimos la idea que ha concebido el simpático y muy ilustrado cónsul de Venezuela en la Habana, señor Pifiango Lara, idea acogida inmediatamente y secundada por el no menos distinguido cónsul de Méjico, señor Vásquez, de acudir á todos los escritores y publicistas de Cuba en solicitud de sus obras para enviarlas á las bibliotecas nacionales respectivas. De ese modo los estudiosos de Méjico y Venezuela podrán fácilmente formarse cabal idea del estado intelectual de Cuba, como podremos aquí medir los adelantos de esos pueblos hermanos si sus escritores, á su vez y como lo esperamos, nos remiten sus trabajos.

Concebir la idea y ponerla en práctica ha sido un solo acto para el entusiasta representante de Venezuela, que en unión del ferviente representante mejicano ha dirigido ya una bien escrita circular á nuestros hombres de letras.

La Habana Elegante mira con vivísimo interés la noble tentativa, y como desea de todas veras que los señores Andrés Clemente Vásquez y Hermenegildo Pifiango Lara logren realizarla plenamente, excita á los literatos cubanos á que los secunden de buena voluntad, ofreciéndoles los libros de toda índole que puedan presentar, para que esas muestras de nuestra cultura sean numerosas y den idea favorable de nuestra actividad mental y del grado de adelanto que alcanzamos. Generalmente son conocidos fuera de aquí nuestros poetas; pero es preciso que nuestros pensadores y nuestros sabios, que nuestros críticos y eruditos, que todos en fin los que aquí se han dado y se dan al cultivo de cualquier ramo del saber humano, tengan también en la consideración de otros pueblos el lugar que les corresponde."

Miguel Eduardo Pardo.—En el mes de Octubre próximo verá la luz un bonito libro de este compatriota y amigo nuestro. Terminará la impresión á fines del corriente mes.

Tiene alguna novedad de la cual presentaremos muestra en el próximo número.

Diario de Caracas.—Felicitemos á este colega de la capital por haber entrado, el día 4 de este mes, en el tercer año de su fundación.

Autógrafos.—Hemos dirigido á los escritores venezolanos conocidos de nosotros una circular rogándoles nos honren con el envío de un autógrafo para los fines indicados en ella; y lo hemos hecho con la anticipación de cuatro meses, porque necesitamos todo ese tiempo para los trabajos y operaciones indispensables á la reproducción. Suplicamos, pues, se nos envíen los autógrafos tan pronto como sea posible.

Libros y folletos recibidos.—*La ciencia de ser feliz.*—Por Belisario Moncada.—Imprenta Bolívar.—Caracas—1895.

Informe que presenta la Compañía del Gas y de la Luz eléctrica á la Asamblea de accionistas. Caracas.—Tip. "El Cojo."—1895.

Hombres notables de la Revolución del 92 en Venezuela.—Por el señor Juan A. Lossada Pifiango.—Tomo II.—Maracaibo—Imp. Americana—1895.

Enviamos las gracias á los señores remitentes.

Juan Bautista Abreu.—Ha muerto el decano de los músicos de Caracas, honrado ciudadano que formó hogar meritorio. A sus deudos enviamos nuestro pésame.

Rosa Silva de Orsini.—"El Correo de Carúpano," de 24 del pasado, nos trajo la triste nueva del fallecimiento de la venerable señora doña Rosa Silva de Orsini, madre de los señores Juan Antonio, Juan Santos y Agustín Orsini, á quienes enviamos nuestra sincera expresión de condolencia.

Pedro P. Azpúrua Huizi.—Ha tenido la desgracia de perder á su pequeño hijo Manuel Antonio. Al señor Azpúrua Huizi y al señor Dr. Ramón F. Feo y demás deudos damos nuestro pésame.

Desgracia.—No serían bastante elocuentes las palabras de consuelo que lleváramos al hogar del señor Don Ricardo Becerra, por la muerte trágica de su hijo CARLOS.

Llegado recientemente de Norte-América, en donde completaba su educación; joven, ilustrado, inteligente, vigoroso y gallardo, animado por bellas ilusiones y esperanzas, dispónase á partir de nuevo á los centros educacionistas norte-americanos, cuando succumbió, inesperada y dolorosamente, víctima de un accidente fatal.

El respetable hogar de la familia Becerra fue objeto, desde que circuló la triste noticia, de las más vivas demostraciones de afecto y distinguido aprecio por parte de toda la sociedad de Caracas. Nuevo y rudísimo golpe de la adversidad abate una vez más al padre venerable, al ciudadano eminente, servidor de cuatro Repúblicas, Perú, Chile, Colombia su patria y la nuestra, en que ha sido paladín esforzado en el diarismo y la política; otro sufrimiento sin nombre prueba aquella invencible virilidad física y moral. Sean nuestras palabras débil expresión de sincera condolencia al señor Becerra, á su digna esposa, la señora Dolores Hernaiz de Becerra y á su honorable familia.

NUESTROS GRABADOS



Florinda del Carmen Carías

Son sus padres, los señores Santiago Carías y Florinda Adrianza de Carías.

Obtuvo el premio de buena conducta en el "Colegio Nacional de Niñas" de que es directora la señorita Francisca María Adrianza.

Retratos

Honran las páginas de este número los retratos de los señores Generales ANTONIO VAI ERO y JOSÉ LAURENCIO SILVA, Próceres de la Independencia; J. M. MONASTERIOS VELÁZQUEZ, poeta y periodista; doctor MANUEL MARIA PONTE, médico acreditado; y doctor PEDRO CÉSAR DOMINICI, ingeniero, escritor y periodista.

Lección de piano

(CUADRO DE EMILIO J. MAURY)

Esta nueva obra del señor Maury confirma nuestros aplausos; y de tierna sencillez como todas las suyas, escena sencilla del hogar, en que la madre cariñosa es el mejor maestro y de más eficaz enseñanza para la inocente y graciosa discípula.

Ciudad Bolívar

Son vistas de los caneyes construidos en la orilla del Orinoco, para servir de almacenes á la Aduana marítima del puerto guayanés.

El Zulia

Continuemos la publicación de las vistas de este importante Estado. Una está tomada del muelle de Maracaybo, en momentos en que descarga el vapor *Los Andes*; las otras se relacionan con los desbordamientos del río Chama, el punto en que inundó la línea férrea del Zulia, los diques construidos para contener la inundación y el sistema de tarabitas para practicar el paso de una á otra orilla; y una reproducción de la fotografía tomada del lugar en que se está construyendo un pozo artesiano.

Un taller de pintoras en Florencia

El cuadro es un recuerdo consagrado á la gloriosa cuna del Renacimiento, á la antigua Fiesole etrusca. Nada tiene de extraño ese gabinete de pintoras en la ciudad del Arno, que fue madre de los genios más ilustres que produjo la tierra italiana: Miguel Angel, Giotto, Bocaccio, Bruneleschi, Américo Vespucci, Maquiavelo, Cellini; y como para que no faltase esplendor á su grandeza, Rafael, que arroja en el recinto del Palacio Pitti los resplandores de la *Visión de Ezequiel* y santifica sus galerías con la dulzura cándida de su *Madona*.

Latona

(CUADRO DE F. CARO)

En vasos, monumentos, relieves y medallas que dejó la antigüedad se ve esta figura de la diosa de la noche, esposa del cielo y madre de Apolo y Diana. Latona errante, según descripción de Homero, sólo en Delos encontró refugio para dar á luz: nueve días y nueve noches pasa en torturas: en torno de ella, para asistirle, se dan cita todos los dioses, á excepción de Hera, que, celosa, permanece en lo alto del Olimpo, reteniendo á Ilitia, la diosa de los alumbramientos. Nace la criatura, la naturaleza sonríe, los dioses prorrumpen en gritos de alegría y toman á Febo en sus brazos, le lavan en agua pura y le cifan un velo blanco, ajustado con una faja dorada. Hera envía tras la diosa madre á la serpiente Pitón.

Ocampo

En la región de Aragón se encuentra esta posesión del señor Tiburcio Rodríguez España; encierra ricos plantíos de caña de azúcar, poteros y fértiles campos. Las vistas son de la casa del propietario, un grupo y un campamento de cazadores de aquellos lugares.

Los médicos de todo el mundo la recetan. Los niños de todas edades la toman con placer y se crían rosados, sanos y robustos.

Tocuyo, Venezuela, 30 de marzo de 1894.

Señores Scott y Boume.

Apreciables señores:—Hace algún tiempo que uso en mi práctica la "Emulsión de Scott" que ustedes preparan y me ha parecido siempre una buena preparación.

Su sabor agradable, su fácil digestión y pronta asimilación son condiciones que la hacen recomendable en todos aquellos casos en que se haga necesario un "reconstituyente rápido y seguro."

Los niños y las personas más delicadas la toman sin repugnancia.

Soy de ustedes Atto. S. S.,

E. A. MONTESINOS AGUERO.

SEÑORAS! Sólo se falsifican los productos buenos!.....uno en que más predilección tienen los falsificadores es la **Crème Simón** verdadero secreto de **Hermosura**, dando á la piel de la cara y de las manos **Fuerza, Suavidad, Blancura y Afelpado**. Es el único **Cold-Cream** que preserva realmente el **Rostro** contra los efectos de las temperaturas extremas: **Frio Rigoroso ó Ardor del Sol** y también contra las **Picaduras de Mosquitos**.—Deben las señoras completar la **Toilette** diaria con los **Polvos** de arroz y el **Jabón Simón**.

Evítese las falsificaciones, exigiéndose la firma; **J. SIMON 13 rue Grange Batelière PARIS.**

De venta en todas las buenas **farmacias, perfumerías, bazares y sederías** del mundo entero.

CANTO DE BODAS

POR

ENRIQUE GREVILLE

VERSIÓN CASTELLANA

DE

PEDRO SANCHEZ-MARIN

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

(Continuación)

Sin ligarse íntimamente con ninguna mujer, sin crearse ninguna de esas relaciones que exigen confidencias, la esposa de Armor tenía amigas: las unas, de mucha más edad, habían simpatizado con ella, merced á la seriedad de su carácter y á la dignidad de sus costumbres; las otras, ó bien por semejanza de gustos, de ideas, y quién sabe, si también de contrariedades sufridas en silencio. Existían, en fin, en el grupo social de que formaba parte, mujeres que le significaban más simpatía de la que ella les mostraba; pero encontrándolas por todas partes, se veía obligada á tratarlas con agrado.

Entre las últimas, contábase la señora Dutard, casada con un músico de talento, algo mayor que Félix, muy trabajador, que dala lecciones para subvenir á las necesidades de su familia.

Clara Dutard, era una mujer morena, de andar emancipado y resuelto, bantante joven, no muy linda, pero que tenía el don de agradar á los hombres. Rodéabala siempre un grupo en el que se reía mucho y muy alto; su especialidad consistía en decir cosas enormes bajo una apariencia inocente.

Su marido las reía el primero, con aire simpón; fuera de su arte en nada estaba muy fuerte que digamos.

Las personas serias no sabían qué pensar de la señora Dutard; ¿era una desvergonzada, ó una aturdida que hablaba á tontas y locas, ó bien una marrullera que ocultaba su juego bajo cierta apariencia de ligereza? Albina con su habitual prudencia, se reservaba su opinión, sabiendo que era de gran peso para las mujeres de su trato.

Armor hizo en su casa la presentación de su com-

pañero Dutard, que había pedido permiso para llevar á su mujer. El matrimonio Dutard estaba en todas las fiestas, tanto más cuanto que se invitaba á sí propio cuando se prescindía de él, haciéndolo el músico con sencillez real, incapaz de creer en omisiones voluntarias.

Félix se divertía visiblemente con las enormidades de la Dutard, que tenía fama de ser muy ingeniosa; seguramente, que, si se dice todo cuanto se piensa, á menos de ser estúpido del todo, se hace gracia de cuando en cuando. La indiferencia de su mujer por esa clase de agudezas le contrariaba un poco, por lo que solía llamarle irónicamente la señora Razón.

Pasados algunos meses, Félix dejó de extasiarse con la superioridad de la Dutard, lo cual tranquilizó á Albina; desde entonces soportó á aquella mujer con más paciencia; su buen natural la impulsó hasta dispensarle algunos cumplidos, para reparar así la frialdad con que la acogiera en un principio.

Bailábase una noche en casa de una de esas notabilidades del momento, y la reunión ofrecía un aspecto brillantísimo. No era una de esas fiestas obligatorias, digámoslo así, sino una reunión de confianza, en que cada cual se divertía á su modo.

Albina, que había tomado parte en la diversión, descansaba en un gabinete conversando con Desroches y dos ó tres amigas más, cuando vio pasar á su marido llevando del brazo á Clara Dutard. Se acordó de repente que había olvidado preguntarle á qué hora vendría el coche, y se levantó dirigiéndose hacia él; pero como se interpusiera un grupo de gente, perdió de vista.

Ya era tarde. Albina sabía cuán difícil es encontrar á una persona en un salón de baile, y decidió aguardar á Félix en un sitio desde donde pudiera verle pasar. De pronto oyó su voz tras sí, en un corto pasillo muy solitario, que ponía en comunicación dos piezas destinadas á guarda-ropa.

—Mañana á la hora de siempre—decía Armor, en ese tono de voz perfectamente inteligible que algunos toman por misterio.

—Mañana no, es jueves—respondió Clara—y tengo encima á los chicos toda la tarde. Pasado mañana si quieres, pero á las cuatro; él no sale antes de las tres y media, ¡es tan posma! ¿Serás puntual, he? el otro día, por poco nos hace.....

—Estáte tranquila—respondió Armor.

El vals terminaba, las parejas se esparcieron por todas partes: Albina, que en su pasmo no había vuelto la cabeza, hizo un movimiento brusco y vio á su marido acompañando tranquilamente á la Dutard, como si la trajese del buffet.

—¿Qué tiene usted, hija mía?—dijo Desroches aproximándose.—Diríase que ha visto usted algún espectro.

—Creo que sí—respondió Albina esforzándose por sonreír, pero sin conseguirlo.—Acabo de sufrir un vértigo..... Lléveme usted á cualquier parte donde pueda sentarme.

Pronto le encontró un sitio, y se sentó junto á ella.

—¿No se encuentra usted mal? ¿de veras?

—No, gracias. Estoy cual si me hubieran dado un golpe en la cabeza; esto pasará en breve.

FABRICA DE CHOCOLATES SUPERIORES Y CACAO EN POLVO SOLUBLE

"LA INDIA"

Establecida
en 1861

Reformada
en 1895

Situada en el centro productor DEL MEJOR CACAO DEL MUNDO, está montada á la altura de las mejores fábricas francesas; sus productos han obtenido las recompensas más altas en las grandes exhibiciones con

MENCIONES HONORIFICAS

12 MEDALLAS DE MÉRITO, DE ORO Y DE PLATA
Y OBTUVO EL GRAN PREMIO EN CHICAGO, 1893

Depósitos y Agencias en las principales ciudades de las Américas y Europa.

FABRICA: CALLE DE LA ESTACION (CAÑO AMARILLO.) --- MAYOR Y DETAL: AVENIDA SUR, NUMEROS 2 Y 4

Dirección: FULLIÉ & Ca. — Caracas

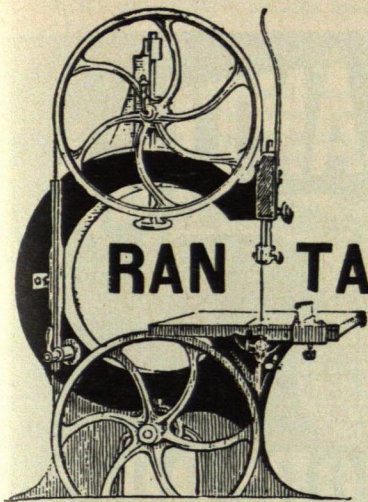
12 MEDALLAS



de mérito, de oro y de plata

CARACAS — VENEZUELA

ESPECIALIDAD: RAMO DE FABRICAS COMO PUERTAS, VENTANAS, TECHOS, ROMANILLAS, ENTABLADOS, ETC., ETC. TRABAJOS EN LAS MAQUINAS COMO TORNEAR, CALAR, ACEPILLAR, ESCOPLAR, ACERRAR, ESPIGAR, TALADRAR, ETC., ETC.—PRECIOS EQUITATIVOS.



RAN TALLER MECANICO DE CARPINTERIA

MUEBLES DE TODAS CLASES.—DEDICAMOS ESPECIAL ATENCION A MOBILIARIOS DE MADERA DE NOGAL. COMPLETA GARANTIA, PUES NADA SE PAGA ANTES DE ESTAR RECIBIDO A COMPLETA SATISFACCION.

EDO. BRAASCH & CA.

Conde a Padre Sierra N. 12—Teléfonos: Viejo N. 1273, Nuevo 47

Desroches la miró con atención, y comprendió al punto de qué género era el golpe que acababa de recibir. Veinte veces le había advertido á Armor, sin otro resultado que sofiones, porque Félix parecía de la raza de los avestruces, que, con sólo esconder la cabeza, gozan al instante de perfecta quietud; además, nunca le habían sorprendido todavía, ¿por qué no seguir así indefinidamente?

—¿Quiere usted marcharse? avisaré á Félix.

—Aún no—dijo Albina—quisiera reponerme antes un poco.

Hizo dos ó tres profundas inspiraciones, mirando en torno suyo, recobró su color habitual. Un gran desprecio se extendía entre ella y su marido como un lago helado, parecíale retroceder por grados ante aquella superficie pesada y fría, alargándose, de esta suerte, la distancia que mediaba entre ambos. Pensaba en esto sin cólera, casi sin turbación, cuando Desroches la sacó de sus reflexiones, preguntándole:

—¿Me permite usted que la presente á alguien que estimo mucho?

—Sin duda—dijo Albina distraída, volviéndose hacia él.

—Es mi joven amigo Lorenzo Pontet; he querido mucho á su padre, suplico á usted un poco de benevolencia para con él.

Albina vio en su presencia á un joven de unos veinticinco años, de mediana estatura y muy bien puesto, cuyos ojos pardos la miraban con evidente respeto y admiración á la vez.

—Los amigos del señor Desroches son nuestros, caballero—dijo—mi marido tendrá mucho gusto....

Esta frase trivial se detuvo en sus labios; ¡parecióle tan extraño hablar de su marido cuando se sentía tan lejos de él! El joven se inclinó dándole las gracias. Desroches observaba con disimulo á Albina, preguntándose cuál sería la profundidad de la herida que acababa de recibir.

—Señora—le dijo—creo que voy á buscar á Félix; usted no se encuentra bien.....

—No, no, se lo suplico á usted; déjele que se divierta.

Sin quererlo, había subrayado con cierta amargura esta última palabra. Desroches no insistió.

Volviéndose hacia Pontet, Albina le hizo sentarse junto á ella, y mediante un gran esfuerzo comenzó á interrogarle, como hacen las mujeres cuando quieren tranquilizar á un tímido.

Lorenzo no olvidó nunca la bondad que le dispensó aquella noche la linda Albina, mujer de un hombre célebre, tan divinamente graciosa con su vestido azul pálido, sus rubios cabellos y correcto perfil; nunca olvidó tampoco la sonrisa de aquellos temblorosos labios, ni la bondadosa mirada de aquellos inteligentes ojos negros; no sabía lo que le pasaba, pero advino que se hallaba herido en alguna de las fibras más íntimas de su corazón. Por sencillo que fuese, este último tenía ojos, y sintió compasión por aquella mujer encantadora, que á pesar de sus sufrimientos, le prestó atención á él, desconocido, torpe y vergonzoso..... Sintió una compasión eterna, y fue luego una de las grandes fuerzas de su existencia.

En aquel momento, se bailaba en ambos salones y

se reía á carcajadas en el cuarto de fumar; las parejas pasaban conversando tranquilamente: los hombres, solícitos ó graves; las mujeres, desdenosas ó coquetas; el piano, ahogado á veces por el ruido, espárcela después multitud de notas que caían como la lluvia de los fuegos artificiales; todo era allí alegre, lindo, brillante.

—¿Hace mucho tiempo que ha perdido usted á su madre?—decía Albina con la cabeza baja, mirando con tal distracción á un pliegue de su vestido, que en realidad no veía.

—Dieciocho meses. Era mi mejor esperanza.....

Albina le miró con aire interrogador.

—Llegará á ser rico para que ella fuese dichosa—continuó Pontet.

—Llegará usted á ser rico..... y se casará usted—dijo la esposa de Armor.

No respondió. El sentimiento de que no se casaría, acababa de entrar en él, como un soplo de viento entra de repente por una ventana abierta.

—No será lo mismo—dijo, viéndose obligado á responder.

El vals tocó á su fin, las gentes iban y venían, Armor se aproximó muy gozoso, según indicaba su rostro lleno de animación.

—¿No bailas, Albina?

—No, estoy hablando. Desroches me ha hecho la presentación de su amigo..... Don Lorenzo Pontet, el señor Armor; los dos hombres se estrecharon las manos.

—¿Para qué hora el coche?

—Para la una..... ¡Diablo! son las dos. En fin, cuando quieras; pero está esto tan encantador esta noche.....

—Aqui me quedo—dijo su mujer.—Ven á buscarme cuando gusted.

Félix estaba ya lejos; Albina le vio inclinarse ante una mujer y hablar galantemente con ella.

—¡Y decir que ahora no habrá ni una sola de la cual esté segura!—pensó la infortunada esposa, mirando en torno suyo.

Pero bien pronto se arrepiñtó de aquella idea injusta. ¡No! Había allí muchas mujeres de las que nunca debía sospechar, y por cierto en mayor número.

Pontet se había separado para no ser importuno; parado á cierta distancia no apartaba sus ojos de Albina, la cual respondía exactamente á todos los ensueños y deseos que él se había forjado.

Era un muchacho fino, muy sensible, bajo la corteza algo dura de los que han cultivado solamente la ciencia; de origen mediano, preñado en varios concursos, tenía á la vez, algo que le hacía sombriamente orgulloso y tímidamente desconfiado, á lo cual hay que añadir un corazón tierno, que no tuvo tiempo para amar, y un alma virgen que no dejó en la inevitable desilusión de los veinte años más que el sentimentalismo romántico, pero no la frescura del sentimiento, un alma hecha para el amor profundo, si bien contenida entre los límites estrechos de la aspereza de los juicios que formaba, no de los demás, sino de sí mismo.

Albina estaba muy favorecida, las jóvenes venían

á hablarle y á estrechar su mano al pasar; los hombres permanecían ante ella algo inclinados respetuosamente: todos enviaban al feliz Armor por tener una mujer tan deliciosa, diciendo muchos que Albina era un bien perdido, toda vez que su marido apenas le hacía caso, y que ella, á su vez, no hacía caso de los demás.

Nadie se hubiera atrevido á decirselo. Armor tiraba bien y era pájaro de cuenta; por lo demás, Desroches, sin parecerlo, era un incomparable guardián, que velaba por ella cual si le perteneciese.

Se hallaba, no sólo bajo la salvaguardia de él, sino bajo la de todos, siendo la mujer respetada y respetable entre cuantas se citaban con orgullo.

Por fin, la concurrencia disminuyó; en la sala de fumar se distinguía sobre el entarimado una roja alfombra, y cuando se ve el color de las alfombras, es señal de que la reunión toca á su término. Armor vino á buscarla y la condujo á casa, donde Albina apenas hablaba, limitándose á responder sencillamente á las preguntas que aquél le dirigía; meditaba un plan que quería madurar antes de ponerlo en práctica.

XX

Al día siguiente, que era jueves, Albina se encaminó á casa de la señora Dutard. Una vez que hubo llegado, se detuvo ante la puerta, no para reunir sus fuerzas sino, para cobrar la suficiente calma; luego subió al cuarto segundo y llamo.

Oíase en el interior un gran estruendo de sillas que caían, de patadas, de risas y de gritos, de todo, en fin, lo que anuncia la presencia de muchachos mal educados en día de asueto. Era tan grande el escándalo, que no oyeron sonar el timbre. Albina se mordió un poco los labios, y tocó más fuerte. El tumulto cesó al instante, siendo reemplazado por un cuchicheo. Una niñera, enteramente desgredada, vino á abrir.

Era la primera vez que Albina la veía, porque en casa de la señora Dutard cambiaban á menudo de criados.

—¿Quiere usted decir á la señora que una conocida suya desea hablarle dos palabras?

La niñera algo turbada, abrió la puerta y fué á dar el recado; después de un breve diálogo sostenido á media voz entre la niñera y Clara, ésta asomó la cabeza por una puerta que estaba entreabierta. Al ver á la esposa de Armor, entró sonriente, tendiéndole ambas manos.

—¡Querida amiga, cuánto gusto en verla por aquí! Perdóne usted mi traje, los niños.....

El traje necesitaba en verdad de excusa; era un peinador claro que en otro tiempo había estado adornado con encajes blancos, los cuales, al presente, se hallaban hechos girones. Pero la frase quedó sin concluir en los labios de Clara ante la actitud de Albina. Oíanse en el comedor las risas ahogadas y el pateo de los niños que tornaban á sus juegos.

—Tengo que hablar á usted—dijo la mujer de Armor reposadamente.—¿Estamos solas?

Clara Dutard frunció las cejas y fué á cerrar las puertas; luego volvió algo inquieta, pero á cien leguas de sospechar la verdad.

—Señora—dijo Albina con su dulce acento—usted es la querida de mi marido.

—¡Qué horror!—exclamó Clara con un gesto de sorpresa muy natural.

La joven continuó sin turbarse:

—He oído ayer en el baile la conversación de usted y vengo hoy precisamente porque estaba segura de encontrar á usted en casa con sus hijos, según usted habla dicho.

Clara dirigió una mirada de angustia hacia la pieza próxima, donde habían comenzado á sentirse los acordes de un piano.

—No tema usted nada; su marido está allí, pero no tengo intención de decírselo; lo que quiero es hablar á usted. El señor Dutard es un hombre honrado y no debo turbar su reposo. Es también valiente, según me han dicho. ¿No ha pensado usted un momento en que su marido y el mío podían encontrarse un día, terminando esto por un desafío?

—¡Señora!..... intentó decir Clara.

—No me interrumpa usted, se lo ruego; por lo visto no es esta la primera vez; si así fuera no tendría usted tanta tranquilidad en medio de su falta..... Rompa usted con mi marido al instante, sin explicaciones.

Clara escuchaba con la cabeza baja.

¿Y si no puedo?—replicó mirando solapadamente á Albina.

—Nuestros maridos se batirán y el escándalo le hará salir á usted de París. Adiós, señora.

Clara Dutard permanecía con la cabeza baja, como si meditase alguna traición. Albina pudo convencerse de que nada había conseguido.

—Si usted no me obedece—dijo disponiéndose á abrir la puerta—contaré su historia á todos nuestros amigos.

—Y no la creerán á usted—repuso la Dutard sin cambiar de actitud.

—¿Sí? ¿No me creerán á mí, que nunca he mentido?

Clara la detuvo con un gesto.

—¿Y si nuestros maridos se batan?

—Usted lo habrá querido, con lo cual sólo conseguirá de honrarse.

Albina saltó, pero Clara volvió á llamarla.

—Va usted á dejar de recibirme; ¿qué dirán las gentes?

—Permítame á usted que deje nuestra tienda á mi cargo. La semana próxima daré una comida, á la cual no será usted invitada; esto deberá bastarle.

Albina se marchó sin mirar tras sí. En las habitaciones interiores se oía al músico trabajar en un concierto de Liszt; en otra pieza los chicos pateaban arrancándose mutuamente los cabellos.....

—¡Qué vida!—pensó la mujer de Armor tomando el camino de su casa.

En la esquina de la calle de Boulogne se detuvo. En aquellos días de invierno Juana estaba pocas veces en la tienda. Después de dirigir una mirada al interior de aquella, Albina se decidió á entrar.

—¿Cómo está Juana?—preguntó á la frutera.

La mujer, levantándose, acercó otra silla maquinalmente.

—Regular, señora, muchas gracias; hace algunas semanas que está desganada y tiene tos, la ve el médico y no dice nada, pero á nosotros nos tiene con cuidado.

La pobre mujer hacía esfuerzos para no llorar.

—¿Puedo verla?—dijo Albina.

—Sí, señora, si quiere usted molestarse en subir. No está bien puesta nuestra casa, pero la tengo limpia. Sus hermanos han ido á paseo con el maestro.

La esposa de Armor subió la tortuosa escalera que conducía al entresuelo, y empujó una puerta. El cuarto que se ofreció á su vista no era grande, pero estaba sumamente limpio. Echada en la cama de sus padres encontrábase Juana, y una niña de la vecindad trataba de entretenerla con varios juguetes, sin conseguirlo.

Juanita, que pronto cumpliría seis años, estaba delgada pero muy linda. Sus ojos eran demasiado grandes para aquella carita, y sus transparentes manos de princesa se hallaban pálidas y enflaquecidas. Al ver á Albina hizo un movimiento para levantarse; ésta la cogió en sus brazos con indecible emoción, pensando que así hubiera estado Juan de haber vivido débil y enfermo.

—¿Me quieres?—dijo á la niña que le había rodeado el cuello con sus bracitos, estrechándola apasionadamente.

LA TRASATLÁNTICA



Capital responsable

Bs 37,500,000.

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

CESAR MÜLLER

Agente General en Venezuela

AVISO MUY IMPORTANTE

Teniendo muy en cuenta los intereses de nuestros clientes y para facilitarles el reconocer á primera vista sus **LEGÍTIMOS** productos

El Sr. Legrand, Propietario de la
PERFUMERIA ORIZA, de París

tiene el honor de prevenir su clientela al por mayor y al detalle que á partir del 1° de Enero de 1896 serán puestas á la venta sus principales especialidades:

l'Oriza-Oil, l'Ess-Oriza et l'Oriza-Powder

MODIFICADAS en su aspecto exterior y en su forma, con el objeto de impedir las innumerables y detestables falsificaciones de sus tan conocidos productos.

ACEITE HOGG



Puro de HIGADOS FRESCOS de BACALAO
El más activo, el más agradable
y el más nutritivo.

curan **ANEMIA, TÍSIDIS, RAQUITISMO, ESCROFULA, etc.**
El Aceite de HOGG es recetado por los primeros médicos del mundo desde hace medio siglo.

(Frascos TRIANGULARES) Farmacia HOGG, 2, Rue Castiglione, PARÍS, y Puenos.

EMULSION HOGG



Con los Hipofosfitos de Cal y de Soda
Deliciosa Crema preparada con el Aceite HOGG
para las personas que no pueden tomar el aceite,
puro. Sirve de golosina á los niños.



—¡Oh, sí!—respondió la pequeña agazapándose sobre su hombro.

La señora Maison las miraba sonriendo entercida.

—Es raro que la quiera á usted tanto; no habla más que de usted, y creo que desde hace algunos días, estaba disgustada porque no la vela.

—¿No la saca usted?—preguntó Albina, acariciando las piernecitas rectas y delgadas como cañas, sin indicios de pantorrilla.

—¿Cómo sacarla? ¡No tenemos tiempo! De no estar en la tienda, sería otra cosa.

—¿Quién la asiste?

—El doctor Régner..... ¿Le conoce usted?

—Algo..... Es una bella persona.

Y un buen médico, señora, ¡oh, sí!

Albina meditaba, teniendo en sus brazos á Juanita, que jugaba con los azabaches de su abrigo. Miraba en torno suyo, maravillándose de no sentirse extraña en aquella habitación tan sencilla, donde todo revelaba una vida metódica y honrada. Una puerta entreabierta dejaba ver otro cuarto.

—¿Es esa la habitación de los niños?—preguntó la esposa de Armor.

—Sí, señora.

Continuará



Se vende en la casa de

D. DAVID RICARDO,

Y SU HIJO

S. DE JONCH RICARDO

y en la "Farmacia Capriles"

ESQUINA DE LAS MARRONES

TABLAS DE MONEDAS

En EL COJO

ÚLTIMO MODELO DE LA CASA

LEOTY

8, Plaza de la Magdalena,
PARIS

Los Célebres

Corsés

LEOTY

Perfectamente modelados,
higiénicos, y de uso cómodo,
están adaptados á todas las
señoras elegantes.

Se los puede procurar directamente en París.

Se ruega á las Señoras escribir directamente á
M^{me} LEOTY, ó vagan á su casa, 8, Plaza de la Magdalena

MATERIAL DE HORNOS DE TEJAS Y LADRILLOS
RECOMPENSADO EN LAS EXPOSICIONES
G. LACROIX (A. & M.)

477, quai Valmy, PARIS

Se envía franco el
resumen del catálogo y
por 1 franco el catálogo
completo.

Especialidad de
pólenes de hierro,
sistema Rodocan.

Túnel metódico para enjugar, privilegio s. g. d. g.
Hornos para cocer los productos cerámicos.

DEL DICHO AL HECHO

Hay Gran Trecho.

No porque alguien diga que su preparado es "tan bueno como" ó "más barato que" la Emulsión de Scott, debe el paciente dar oído á sus argumentos y jugar con su salud. La Emulsión de Scott es la preparación original; única recomendada por los principales facultativos y Academias de Medicina. Es el resultado de larga experiencia y estudio. El nombre **SCOTT** es garantía de la pureza de ingredientes y de la perfección del conjunto. Exíjase la **Emulsión de Scott** y recházese todo frasco que no sea de la de **Scott** con la etiqueta representando al hombre con el bacalao á cuestas. Todo frasco que carezca de esa etiqueta es falsificado ó imitado. La

Emulsion de Scott

Es el remedio más adecuado para curar la Tísis, Escrófula, Anemia, Extenuación, Clorosis, Raquitismo, y todas las enfermedades en que haya Debilidad y pérdida de Carnes y Fuerzas. Esta medicina cura alimentando, reconstituyendo el sistema, devolviendo las fuerzas perdidas—*creando* carnes! Para los débiles la Emulsión de Scott es una Providencia. Tan segura como permanente, es siempre digna de confianza. El procedimiento de emulsionar el aceite con las hipofosfitos de un modo efectivo, es nuestro arte. Para preparar una Emulsión perfecta se necesita algo más que mezclar los ingredientes al acaso. Se necesita estudio, práctica y cautela, tres requisitos empleados siempre en la preparación de la Emulsión de Scott. Procúrese en todas las Farmacias y Droguerías.

SCOTT y BOWNE, Químicos, Nueva York.

VIOLET FRÈRES
THUIR (Pyrénées-Orientales) FRANCIA

Casa única para el **BYRRH** Con Vino de Málaga



El **BYRRH** es una bebida cuyas virtudes tónicas no se necesita indicar.

Hecho con vinos añejos de España especialmente generosos, puesto al contacto de sustancias amargas inteligentemente escogidas, contiene todos los principios de estas sin tener sobre el estómago la acción nociva del alcohol que hace la base de la mayor parte de las especialidades ofrecidas al público.

Es a la vez gustoso y absolutamente irreprochable al punto de vista higiénico.

El **BYRRH** puede tomarse á todas horas: la dosis de un pequeño vaso de Burdeos como tónico; mezclado con agua en vaso grande, como bebida de refresco.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS 1889
MEDALLA de ORO (la mas grande recompensa concedida)
En CARACAS: G. STURUP Y Cia, Sucesores y en las buenas Casas.

EPILEPSIA

HISTÉRICO

CONVULSIONES

ENFERMEDADES

NERVIOSAS



¡Curacion frecuente!

¡Alivio siempre!

CON EL USO DE LA

SOLUCION ANTI-NERVIOSA

DE

Laroyenne

VENTA POR MAYOR

PARIS, 1, Boulevard Denain, 7, PARIS
FARMACIA DUREL

DEPOSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

GRAN SURTIDO DE CASIMIRES

Franceses é Ingleses

CAMISAS ULTIMA NOVEDAD

ROPA INTERIOR FINISIMA

de hilo, seda y lana

Medias Medias-Haute Nouveauté

PAÑUELOS ELASTICOS
PERFUMERIA

TELEFONO VIEJO, N. 1925



GRAN SASTRERIA DE PARIS — **CAMILO SIRET** — GRAN SASTRERIA DE PARIS
ENTRE LA TORRE Y EL PRINCIPAL—PLAZA BOLIVAR—CARACAS

CUELLOS - PUÑOS - BOTONES

BASTONES-PARAGUAS

y artículos de fantasía para regalos

ESPECIALIDAD

en uniformes militares, levitas
y casacas

Expediciones para el Interior

LOS CORTADORES DE LA CASA SON FRANCESES

TELEFONO VIEJO, N. 1925

Gran Fábrica de Chocolates y Cacaos

La materia prima de nuestra fabricación es el cacao conocido universalmente por el nombre de **CARACAS**, el cual goza de reputación, hasta ahora indiscutible, como el mejor del mundo.

PABLO RAMELLA Sucs.

CARACAS - VENEZUELA

DE VENTA EN TODAS LAS PANADERIAS DE RAMELLA

LA LEGITIMIDAD Y LA HIDALGUA

REAL FABRICA DE CIGARRILLOS

PAQUETES DE PICADURA DE TODAS CLASES

PRUDENCIO RABELL

CON SUS MARCAS ANEXAS

LA HONRADEZ, EL NEGRO BUENO Y EL FENIX

AGRACIADO POR REAL ORDEN DE SU MAJESTAD

EL REY DON ALFONSO XII, CON EL USO DE SUS REALES ARMAS

Los productos de esta Fábrica son elaborados con hojas selectas procedentes de las mejores vegas de Vuelta Abajo, escogidas escrupulosamente por persona inteligentísima en el ramo.

Los cigarrillos son elaborados á máquina, tanto los Elegantes y Panetelas como los Corrientes; lo cual, además de su reconocida calidad y buen gusto, garantiza el aseo y limpieza en su elaboración.

Hay constantemente un surtido general variado y fresco de Elegantes, Panetelas, Bouquets, Bouquet Imperial, Especiales, Camelias Medio Gigante y Gigantes en papel de algodón, trigo, hilo, arroz, pectoral, berro, pulpa y pasta de tabaco, orozuz y chorrito.

Al que lo solicite se le envían precios corrientes de los artículos de la Fábrica y se sirven los pedidos con esmero y prontitud.

DIRECCION: Calle, Rabell. Teléfono, 1.016. Correo, Apartado 117.

PASEO DE TACON (CARLOS III), 193, HABANA

La Fábrica de HIELO
de las casas de CAMPO

produce en 10 minutos de 450 gramos á 5 kilos de Hielo artificial empleando una máquina que sirve siempre.

J. SCHALLER, 332, rue Saint-Henri, PARIS
Prospectos: G. STURUP y C. Saunier, en Caracas.



Tengo el gusto de participar al público en general, y á mis relacionados en particular, que el establecimiento de peluquería y barbería

"SALON DU MONDE FASHIONABLE"

ha sido notablemente reformado y puesto á la altura de los mejores de Paris, y con un personal entendido, capaz de dejar satisfecho el gusto más refinado.

En esta innovación no he omitido gasto alguno, con el único deseo de poder atender del mejor modo posible á mis numerosos favorecedores.

Y he agregado entre otras cosas, un aparato antiséptico para desinfectar todos los útiles del servicio, por medio de un baño que garantiza el aseo más riguroso.

NOTA.— Como siempre, peinados de última moda, y á domicilio para señoras.

LOUIS CAZAUBON

N. 16 — PAJARITOS A LA PALMA — N. 16